

Ana Blandiana

LAS CUATRO ESTACIONES

PERIFÉRICA



Sinopsis

Aparecido en 1977, después de ser rechazado por la censura debido a sus «tendencias antisociales», *Las cuatro estaciones* fue el primer libro de relatos de la prestigiosa autora rumana Ana Blandiana, de quien ya publicamos en *Periférica* el también extraordinario *Proyectos de pasado*. Como éste, *Las cuatro estaciones* se inscribe en la nutrida tradición fantástica de la literatura de su país, a la vez que dialoga con otras tradiciones, de Poe a Kafka. Blandiana se sirve de lo fantástico para denunciar, de manera encubierta, la dimensión grotesca de la existencia en un estado totalitario; es decir, estos cuatro relatos pertenecen tanto a la literatura fantástica como a la literatura de testimonio: la narrativa de Blandiana combina el tono confesional de un diario realista con las incursiones de una imaginación visionaria. Si la parábola de «La capilla con mariposas» denuncia los efectos de una fascinación utópica que falsifica los valores espirituales, «Queridos espantapájaros» es una inocente súplica que incita a la insurrección de la conciencia, dirigida a todos aquellos que están al servicio de las fuerzas dictatoriales. A su vez, «La ciudad derretida» refleja la visión apocalíptica de un mundo ardiente y «Recuerdos de infancia», por último, dibuja la crónica sutil de una época: la quema de libros emprendida por el padre de la narradora evoca la represión comunista durante los años cincuenta.

Título Original: *Cele patru anotimpuri*

Traductor: Patea, Viorica

©1977, Blandiana, Ana

©2011, Periférica

Colección: Largo recorrido, 23

ISBN: 9788492865352

Generado con: QualityEbook v0.73

Ana Blandiana

Las cuatro estaciones

LA CAPILLA CON MARIPOSAS (EL INVIERNO)

Me ha faltado siempre eso que se suele llamar memoria, la capacidad de registrarlo todo sin distinción; esa atención continua que diez años más tarde te permite recordar la frase banal que el compañero de mesa ha pronunciado entre el primer y el segundo plato. Nunca estoy totalmente presente en un lugar y, por eso, aunque sea capaz de intervenir en una conversación, como si realmente tomara parte en ella, unas horas más tarde ya no puedo reproducir ni una palabra; es más, necesito hacer un esfuerzo para recordar siquiera que existió tal conversación. Lo que recuerdo de los acontecimientos es un cierto sentimiento general, un estado de ánimo, un determinado color que no siempre se ajusta a la realidad y que en pocas ocasiones encaja de verdad con la situación, excepto cuando mi subjetividad se sobrepone por casualidad a la realidad objetiva. Me quedo con algunos detalles absurdos e inconexos, tan desprovistos de significado y tan deslavazados que, más tarde, cuando los reúno de manera artificial, descubro una imagen totalmente distinta de la real y que a veces no la refleja en nada. Recuerdo un encuentro con alguien porque guardo en la memoria el modo en que se pasó la mano por el pelo después de saludarme; más en concreto, lo que recuerdo es la forma en la que el pelo, tal vez por la suciedad, tardó en abrirse al pasar los dedos, oponiéndoles una cierta resistencia. Recuerdo los veranos pasados en mi infancia en casa de mis abuelos porque me viene a la mente una rudimentaria e impresionante máquina para desgranar el maíz —tan oxidada que, si la tocabas, el dedo se volvía de color ladrillo—, olvidada detrás del cobertizo de las herramientas y que, incluso en aquella posición ridícula, tirada encima del caballete de cortar madera, conservaba cierta distinción herida y cierto misterio. Nunca entendí cómo lograba echar por un orificio los granos y por otro las panochas sin confundirse, sometiéndose con docilidad a la rotación de la inmensa manivela que yo era incapaz de mover. Igualmente recuerdo una zapatilla vieja de mi abuelo colocada bajo la pata coja de una mesa pegada a la pared del establo, y sobre la que se preparaba la comida para los patos.

De esta manera, este mundo por el que paso se deforma y se acumula dentro de mí, hasta el punto de no poder reconocerlo, convertido en un álbum de

imágenes inconexas y extrañas, congeladas y fragmentarias, y en una sucesión de estados emocionales que dependen más de mí que de él. No obstante, en algunas raras ocasiones, el mundo se revela de repente a través de un movimiento tan asombroso, con leyes tan acordes con mi devenir, que mi atención irrumpe de golpe en un estado de intensa concentración y sobreexcitación en el que cada gesto, cada sonido y cada color quedan grabados para siempre, sin la más mínima posibilidad de olvidarlos jamás. En esos momentos todo parece tan distinto de lo que experimento habitualmente y de cómo vivo cada día, que pienso con horror que sólo existo de verdad en esas raras ocasiones de explosión interna y que, en realidad, sólo he vivido en esta tierra unas veinte o treinta horas. El resto del tiempo lo he pasado durmiendo, o tal vez sumida en una densa niebla a través de la cual, por entre mis párpados medio abiertos, atisbaba de vez en cuando algún fragmento incomprensible. Por lo tanto, es evidente que este tiempo no habría que sumarlo al cómputo de mis años y, si me preguntasen qué edad tengo, debería responder que unas veinte o treinta horas.

Aquella tarde no parecía distinta a las últimas tardes: estábamos a principios de febrero, y el sol pegaba con intensidad, de manera anormal y casi malsana. En casa, los radiadores continuaban calentando de lo lindo, cumpliendo dogmáticos su deber hibernal, y no podíamos abrir las ventanas por culpa del olor sofocante que desde fuera penetraba, incomprensible y siempre imprevisiblemente, a las horas más inesperadas y absurdas.

Como siempre, la aparición del olor constituyó la señal y el pretexto para salir de casa. Claro que podía cerrar herméticamente las ventanas. Con el tiempo había perfeccionado un sistema completo para tapar e impermeabilizar las grietas y los agujeros de trinquetes, cerraduras, umbrales y bisagras. Pero la impaciencia de salir cuanto antes de casa y de la zona envenenada resultaba más poderosa que el instinto de seguridad. La invasión olfativa funcionaba como un pretexto serio para interrumpir el trabajo. Y, de manera inexplicable, el olor era menos intenso fuera que dentro, a pesar de que desde dentro se tenía la impresión de que sería mucho más difícil aguantarlo en el exterior.

Fui corriendo unas decenas de metros hasta el pasaje y lo atravesé deprisa esquivando a las parejas que habían transformado los alrededores de la cervecería

en un punto de encuentro tradicional, en el que, al abrigo de la lluvia o del frío, se podía esperar tranquilamente a una amiga. Hacía más calor de lo habitual para aquella época del año y los abrigos colgaban inútiles sobre los hombros y alrededor de unos cuellos que asomaban sudorosos y desnudos entre las bufandas sueltas, dando un aire deprimente e inexplicablemente promiscuo a la gente y volviendo a los hombres más feos y cansados de lo que eran en realidad.

Cuando salí de nuevo a la calle me sentí liberada, no solamente de la aglomeración subterránea o del miasma misterioso de la casa, sino también de algo agobiante y mucho más difícil de definir, que empezaba a percibir solamente en el momento de escapar. Se apoderó de mí una repentina sensación de libertad y buen humor, esa euforia traviesa que te da el no tener preocupaciones y que suele aparecer precisamente cuando las preocupaciones se amontonan de manera exasperante y el subconsciente se rebela para concederse unas vacaciones prohibidas. De hecho, creo que justo en el instante en que salí del pasaje y se me cambió de repente el humor, empecé a vivir con intensidad: todos los sentidos me advertían de que estaban alerta y que cumplían con gusto su obligación. Pasaba por delante del estadio aún inacabado, y que probablemente mantendrá este aire provisional todavía mucho después de que lo terminen con ese extraño muro de celdas que se parecen a las de un panal, cuando, de repente, me encontré cara a cara con un ratón. Por muy ridículo que parezca, digo que me lo *encontré* porque no lo vi de pasada como un objeto, sino que me lo encontré como a una persona: nuestras miradas se cruzaron y nos escrutamos mutuamente. Me fijé en él porque me miraba; de otro modo no hubiera vuelto la cabeza. Tenía un aire tan rebelde y cómico, casi arrogante, que por un momento se me ocurrió lanzar un *miau* largo y amenazador. Desistí. Su presencia allí, en las escaleras de la avenida principal, era demasiado insólita, y su situación demasiado desesperada como para ponerlo a prueba. Quise cogerlo y depositarlo sobre la hierba, donde seguro que se habría desenvuelto con más facilidad. Me hubiera gustado tocar su piel sedosa y caliente, pero, como su estupidez fue más grande que mi bondad, se escapó corriendo como un loco entre las ruedas de un autobús. Es curioso que me acuerde de todo esto con tanta precisión. Recuerdo que, sin verlo, y aunque había muy pocas posibilidades de que fuera así, tuve la certeza de que ni el autobús ni otro coche que atravesaba el bulevar atropellarían al ratón, sino que alcanzaría la otra orilla... y que además encontraría cobijo; lo que quiero decir es que tuve la seguridad de

que tenía un nuevo motivo para continuar de buen humor.

Pocos placeres me hacen alcanzar tanto la felicidad como el pasear sin rumbo por las calles, el poder perderme sin motivo alguno y sin ninguna finalidad, desafiando al tiempo, cuyo transcurso no consigue mancillarme. Obviamente, salgo del bulevar. Miro los edificios con atención y alegría. Me divierte el estuco más extravagante. Me encanta la cornisa más inocente. No sé si este andar sin rumbo por las calles me provocaría el mismo placer si viviera en una ciudad verdaderamente bonita. Las obras maestras de la arquitectura me emocionarían, me obligarían a ponerme seria, harían que me deslizara desde el simple mirar hasta la seria contemplación. Me apremiarían a sustituir mis pensamientos errantes por las ideas precisas de su belleza. Estas casas, que han surgido al azar, sin una planificación concreta, y sin la costumbre de la disciplina, alineadas por aproximación, algunas tímidas, escondidas detrás de los árboles, otras amontonadas con arrogancia en la calle, me tranquilizan, me divierten y me liberan. Sobre todo, me encantan las casas un poco redondeadas, con unos cuantos escalones, adornadas con columnas, guirnaldas y otras formas de yeso, pintadas en colores pastel con un aire aristocrático y virginal, que se parecen extraordinariamente a las tartas de mazapán. O las que, construidas en perpendicular, tienen sólo dos ventanas a la calle y numerosas puertas que dan a un patio tapizado con piedras de río, entre las que crecen verdolagas en verano, y que delante de la verja de forja ostentan orgullosas una fuente artística de hierro fundido, que en la mayoría de los casos no funciona. Me entusiasman también las casas verdaderamente bellas y majestuosas que se levantan sobre el suelo con dos niveles de ventanas amplias y regulares, con una gran entrada abierta hacia una plataforma cubierta por un divertido porche de hierro y vidrio a la que conduce un camino en forma de semicírculo que espera el paso de las carrozas. Al fin y al cabo, lo que es bonito en estas casas, que son ya viejas sin tener más de un siglo, es la ausencia de estilo, su resignación a desaparecer poco a poco y la falta, a pesar de su orgullo, del deseo de sobrevivir. Las acequias de las calles están bordeadas de acacias —plantadas probablemente en fila, o mejor dicho, heredadas de los grandes jardines que alguna vez rodearon estas mansiones ahora avasalladas por la ciudad—, lo cual confiere a este decorado un aire de decrepitud natural, una sensación no tanto de decadencia, como de inminente desaparición en la naturaleza. Siempre que me paseo por el barrio, me gusta imaginármelo decaído y

abandonado, con serpientes enroscadas detrás de las verjas e invadido por lagartos y malas hierbas que crecen entre el asfalto. Me gusta soñar cómo se hundan poco a poco en la tierra, primero los escalones, luego las paredes, los tejados, hasta que entre la alta hierba sólo se ven las chimeneas solitarias que desaparecen poco a poco también, lo mismo que un navío que se hunde y cuya última señal es el mástil. Es evidente que ninguna casa se desvanece en un mar de hierba tal como yo me lo imagino, y en realidad, si alguna decidiera venirse abajo, en poco tiempo la reemplazaría un bloque cuadrado, confort incrementado, propiedad privada. Pero estas imágenes herbívoras forman parte del placer de mis paseos, un gozo ligeramente ilícito, como todos los placeres.

En realidad, lo que me encanta es poder perderme casi sin pretenderlo. Como ninguna calle es paralela ni perpendicular a otra, por mucho que conozcas el lugar, siempre puedes confundirte y acabar en un punto en el que ya no sabes dónde estás. Como no iba a ninguna parte, cada confusión me encantaba, y me ponía eufórica al descubrir que en vez de ir hacia la Feria de Ganado, como suponía, llegaba a Gradina Fecioarei. De hecho, la mayoría de las veces llegaba allí. Un instinto inexplicable sin intenciones especiales me empujaba siempre hacia aquel parque minúsculo, situado entre un teatro, un restaurante, una iglesia de religión indefinida y unas casas con las persianas siempre bajadas. Existía sin duda cierto misterio precisamente en la composición tan heterogénea de esos edificios que rodeaban unas pocas decenas de árboles extraños, con unos troncos blancos parecidos a los abedules, pero más fuertes que ellos. Producían, de una manera un tanto inapropiada, unos frutos redondos del tamaño de una pelota de tenis, que, sólo después de que cayeran las hojas, se veían suspendidos de unos rabos delgados como un hilo, lo que daba a todo el conjunto un extraño aire oriental. Sin duda había también cierto misterio en el nombre del parque, que no tenía relación con leyenda alguna del lugar, pero que te hacía pensar en sucesos románticos. De todos modos, a pesar de la presencia de un teatro y de un restaurante, el lugar era tranquilo y taciturno, poseído por el mutismo de los edificios, probablemente deshabitados, y de una iglesia, siempre cerrada y perteneciente a una confesión difícil de identificar.

Aquella tarde di una vuelta al parque con una predisposición juguetona, alegrándome de que la tierra entre los árboles aún conservara algo de nieve, que

brillaba exuberante en el ocaso. La luz rojiza fluía por el decorado totalmente blanco suavizándolo con un inverosímil matiz violado. Como de costumbre, no encontré a nadie. A través del cristal del restaurante se veían sólo algunas caras cansadas ya desde el mediodía y avejentadas por la comida. Había cogido de no sé dónde un trozo de madera, una rama seca, y me divertía pasándola por todos los barrotes de una verja mientras caminaba. Escuchaba el sonido seco producido por la madera que golpeaba el hierro con una especie de ritmo profundo e imprevisible que sintonizaba perfectamente con mi ritmo interior y me transmitía una perfecta sensación de libertad.

En realidad, era una libertad que empezaba a aburrirme. Sentía que algo iba a ocurrir. El sol se ponía, las sombras de los árboles se perfilaban con creciente aspereza en la nieve y, sin entender por qué, me sentía cada vez más hastiada ante mi ridícula alegría sin causa. Había decidido volver hacia casa cuando, al pasar por delante de la verja de la iglesia —que era más geométrica que las demás y producía sonidos más bajos, graves y, casi, amenazantes—, la rama con la que jugaba empujó la puerta, que empezó a chirriar, leve e inválida, girando lentamente sobre las bisagras. Entré casi sin querer. El hecho de que se abriera aquella verja, que parecía no haber tenido nunca una puerta —tan irrevocablemente estancada parecía la gran cerradura, con su mecanismo oxidado desde hacía decenios—, era algo tan extraordinario y sensacional en sí mismo, que, sin pensarlo, entré en el patio diminuto. Ya no me sorprendió que, sólo con rozar levemente la puerta de la iglesia, ésta se deslizara lentamente hacia un lado; entré con naturalidad, incluso con la sensación de que me estaban esperando.

En la iglesia nevaba. Por un instante no me pareció nada extraordinario, incluso me alegré, con esa euforia casi automática e independiente de mis circunstancias anímicas que me produce siempre la nieve. Sin embargo, no pude evitar extrañarme luego ante el hecho de que en un edificio de aspecto tan intacto como el de aquella iglesia, de un estilo arquitectónico raro y casi desconocido, pudiera nevar de forma tan imperturbable y mágica. Tuvieron que pasar varios minutos para darme cuenta de que fuera no nevaba y de que, por lo tanto, el tejado no estaba roto; de que, por el contrario, me encontraba en una de esas situaciones extraordinarias que se iban a grabar en mi mente para siempre y hasta en los más mínimos detalles, y que se transformarían más tarde en una obsesión que nunca

entendería. No podría decir que tuve miedo. La lógica nunca me ha sido simpática, de modo que su ausencia no podía asustarme. Si había algo que me molestara, si algo me producía irritación, era sólo una especie de inseguridad, la sensación de que esta nevada no se producía sólo para mí, que existía pura y simplemente, que caía antes de que yo hubiera entrado en la iglesia y quién sabe desde hacía cuánto tiempo; tal vez desde siempre. Quiero decir que si hubiera creído que este milagro se había producido exclusivamente para mí, para mi placer y conversión, todo me habría parecido maravilloso y, de alguna manera, normal. Pero pensaba que no era así, que el milagro existía por sí mismo, que no buscaba impresionar a nadie, que sucedía pura y llanamente; y esta independencia, esta existencia autosuficiente, y que al mismo tiempo contravenía sin escrúpulos las leyes más elementales de la naturaleza, me parecía monstruosa, me ponía nerviosa y me indignaba. No obstante, no podía haber nevado desde hacía mucho tiempo: el suelo estaba cubierto por una capa fina, casi transparente de nieve; en cierto modo, esta revelación me tranquilizó un poco y me hizo preguntarme si, tal vez, mi impresión era falsa, y si no habría empezado a nevar justo cuando yo había entrado.

A pesar de las largas vidrieras, en las que estaban dibujadas figuras y escenas incomprensibles, aunque obviamente cargadas de un sentido propio escondido, el edificio era oscuro y mucho más pequeño de lo que uno se podía imaginar desde fuera. Era más una capilla que una iglesia propiamente dicha; una capilla formada por una sola nave central alargada y bastante baja, con los extremos redondeados, quizás por la oscuridad, pero en cualquier caso sin el aire rígido que los contornos evidentes y las formas cuadradas le daban al aspecto exterior de la construcción.

Lo que me llamó la atención desde el principio fue algo en el fondo de la nave que se parecía a un iconostasio. Me extrañó, ya que no se trataba de una capilla de rito ortodoxo, como lo demostraban con creces los extraños dibujos de las vidrieras y las formas desconocidas de las paredes. Y, sin embargo, allí, al fondo, divisaba, a través de la nieve y de la oscuridad cada vez más densa, un muro lleno de colorido y, tal vez, brillante, acaso un altar decorado con plata e iconos. Avancé unos pasos para ver mejor y me paré, un poco desconcertada: a causa de la nevada y, quizás, de la oscuridad variable, tuve la sensación, más bien sentí antes de ver, de que el altar no era inmóvil, que su superficie se estremecía

por olas que se agitaban lentamente. No conseguía percatarme de nada más, pero sentía, con un miedo incipiente, que acababa de empezar el camino hacia el misterio. Abrí el bolso a tientas, buscando una caja de cerillas, aunque estaba casi segura de que, una vez más, se la había prestado a alguien que no me la había devuelto. Para mi sorpresa y mi alivio la encontré, la saqué rápidamente del bolso y, durante una fracción de segundo, pensé que tal vez sería mejor renunciar, darme la vuelta y salir; sin embargo, mientras lo pensaba sabía que, por muy recomendable que fuera, no iba a hacerlo y que, en realidad, tampoco dependía de mí. Ese segundo precavido sólo consiguió ralentizar mis movimientos confiriéndoles una cadencia un tanto ritual: un poco emocionada saqué una cerilla de la caja, la cerré con cuidado, palpé sus bordes rugosos, localicé la cabeza del fósforo, esperé una última fracción de segundo y la encendí.

Al principio sólo vi la llama, demasiado cerca de mis ojos; después alejé la mano estirando completamente el brazo, tratando de ver más lejos. Me pareció que era sólo una impresión mía: tan breve e increíble fue el espectáculo que vislumbré antes de que se apagara la cerilla. No eran iconos. Era una pared o una mampara alta que se estremecía con ondulaciones lentas y que estaba cubierta por completo de... Busqué con impaciencia otra cerilla, que encendí de inmediato, alejándola todo lo que pude. Sí, eran miles de alas de mariposas que se mecían al unísono, miles de mariposas posadas sobre aquel muro o mampara vertical, sobre aquel supuesto altar, colocadas de tal modo que, de frente, desde donde me encontraba, sus cuerpos no se veían y únicamente se vislumbraban los bordes de las alas, que formaban una superficie casi compacta, estriada, sombreada, con un movimiento difícil de describir parecido a... La cerilla se apagó de nuevo, y cuando, apresurada, cogí una tercera, mis dedos palparon en la oscuridad las cerillas que me quedaban. No eran muchas. La encendí. No, no acababa de entender a qué se parecía aquella superficie viva y amenazadora. Y, sin embargo, sabía que me recordaba algo, algo que no conseguía desenredar del caos de mi mala memoria. De manera curiosa e independiente de mi voluntad, desconcertándome a mí misma y consciente de que ya nada de lo que hiciera iba a depender de mí, a sabiendas de que ya no podía parar ni impedir nada, avancé unos pasos, con la cerilla en la mano alejándola todo lo que podía para acercarla hasta el extremo de las alas, que —me dio tiempo a observarlo pero no a sorprenderme— dejaron de moverse. Y creo —aunque ya no lo recuerdo bien, pues en mi memoria existe en este punto una falla oscura, un

paréntesis—, creo que sentí un titubeo apenas perceptible pero real, antes de acercarse a la llama unos centímetros más y dejarla arder. Ningún grito, ni alarido, ningún chillido, por muy bestial e impetuoso que fuera, me había parecido antes tan espantoso como aquel zumbido débil que se oyó en el momento de la combustión. Era un sonido triste, parecido al chirrido de una ventana, multiplicado miles de veces y repetido constantemente como en un canon. En el mismo instante, un copo de nieve se derritió en la llama de la cerilla y la apagó: el intervalo que tardé en encender otra, aquel minuto de oscuridad y runruneo, fue, tal vez, el tiempo más espantoso que he pasado en esta vida.

A la luz de la nueva cerilla vi otra vez aquella superficie compacta y viva descomponiéndose con unos aleteos tan lentos que te cansabas de seguirlos, ya no había nada que pudiera asustarme más. Incluso mis sensaciones cambiaron totalmente. Desprendiéndose unas de otras, las mariposas empezaron a moverse a solas por la nave. En su vuelo abrían las alas y desvelaban colores tan maravillosos y formas tan insólitas que la intensidad del asombro y del placer sobrepasaban con mucho la sensación de que la amenaza no había disminuido en absoluto durante ese cambio de decorado. Es curioso, pero con la danza mi cerilla se hizo superflua. La capilla estaba suficiente pero misteriosamente iluminada, sin que se percibiese ninguna otra fuente de luz, lo cual sugería que existía una conexión indiscutible entre la superficie de las alas tan intensamente coloreadas y la ocasión que se me concedía de verlas. No obstante, ni las alas ni los cuerpos de las mariposas parecían luminosos, aunque, al efectuar algunos movimientos, los gusanos portadores de tan maravillosas alas emitían unos reflejos metálicos de un amarillo rojizo, como si estuvieran hechos de bronce o de oro muy antiguo. El zumbido no cesaba, pero dejó de aterrorizarme. Sentía con cierto orgullo, e incluso con regocijo, que corría algún peligro, pero esta conclusión parecía más bien divertirme y la arrinconé en la periferia más mísera de mi conciencia, lo más lejos posible de aquella contemplación llena de una felicidad ambigua ante la belleza que se desplegaba ante mí.

Al principio me maravilló descubrir que las alas de las mariposas llevaban los mismos dibujos que las vidrieras y, aunque no podría explicarlos, ahora me parecían cargados de un sentido comprensible y cercano a mí, incluso cómplice. Las mariposas giraban a mi alrededor, como en un circo aéreo o un desfile, con la

evidente intención de que alguien las viera y admirara. Ponían cuidado en dar vueltas lentas y complicadas, aparecían desde distintos ángulos para mostrarme todos los aspectos posibles de su belleza. Había en su movimiento algo profundamente sensual y lascivo que me producía escalofríos y me hacía temblar las rodillas. Creo que me di cuenta en el momento en que me encontré con los ojos de la primera mariposa y, luego, de la segunda. Cuando fui consciente de que me miraban todas de una manera directa —hasta entonces creo que ni siquiera sabía que las mariposas tenían ojos— me avergoncé, bajé los párpados, me desprendí de aquellas visiones fantásticas y recordé que estaba dentro de una iglesia.

Había llegado el momento. Cuando volví a abrir los ojos, primero miré la superficie de la que se habían desprendido las mariposas, para ver si se trataba de una pared, una mampara o un iconostasio. Apenas me dio tiempo. Siguiendo un orden oculto, percibido sólo por ellas, o carente de significado en ausencia de mi mirada, retomaban su posición de la misma manera lenta y musical. Y entonces el paisaje que se abrió ante mí fue realmente extraordinario: el altar —porque era un altar extraño, que no se parecía a ningún otro, decorado con santos de colores oscuros, pero con enormes ojos azules, tan luminosos que parecían ciegos—, el altar estaba siendo reconquistado despacio y sin prisa, y lo que yo veía en aquella fase intermedia de la toma era una mezcla pagana de santos y mariposas, y aquellos nuevos seres eran más difíciles de imaginar que las sirenas y los centauros. Un rostro sublime con una nariz alargada y unos labios doloridos tenía un ojo lila que expresaba más bien asombro que sufrimiento, mientras que en lugar del otro ojo una mariposa malva batía las alas orladas de negro a modo de párpados; una santa Magdalena humilde y de pie, envuelta en sus cabellos largos hasta los tobillos, tenía sobre la cabeza una mariposa roja de rayas blancas y negras, una mariposa inmóvil y sentada un poco de lado con el aire frívolo y juguetón de un sombrero puesto sobre la oreja; un donante, vestido con una larga túnica real y que en algún momento debió de sujetar una iglesia en la mano, sostenía ahora una espléndida mariposa verde con manchas amarillas como el veneno, detrás de la cual, pegada por encima de sus antenas, aún se divisaba la cruz en lo alto de la iglesia votiva. El conjunto no adquiriría un aire cómico, como podría suponerse, sino que tenía algo de excitante y profanador. Con cada segundo que pasaba, las mariposas ganaban terreno, y durante un breve momento sólo quedaron sin cubrir la oreja de un santo y un ojo enorme y azul, lejano y

espantoso. Las mariposas se habían transformado de nuevo en una masa estriada y ondulante, silente, cuyo lento vaivén intuía más que veía en la oscuridad cada vez más densa de la capilla, apenas iluminada por los escasos y descorazonados copos de nieve.

De repente, sentí que ya no tenía nada que buscar allí, que el espectáculo se había terminado. Era evidente que había sido un espectáculo para mí, y quién sabe si el ojo que hasta el último momento había quedado descubierto no me miraba con la intención de enviarme un mensaje. No lo había entendido y tampoco sentía que debiera tener remordimientos por mi falta de perspicacia. Me marché caminando de espaldas y encendiendo aún una cerilla, echando la última mirada asombrada y posesiva a la capilla con mariposas. Afuera todavía no había oscurecido, pero —sorpresa fantástica y desagradable— ¡estaba nevando! Caía una nieve deplorable y sucia que empapaba las calles con un fango asqueroso e inevitable. Esta nevada daba la vuelta a todo dentro de mí, cuestionaba el gran regalo que parecían haberme hecho aquellas fuerzas fantásticas; hacía mezquino aquel milagro que, mientras no se había mezclado con lo real, me había parecido normal, pero que ahora, de repente, se volvía ambiguo y sospechoso.

Y de golpe se apoderó de mí el terror. ¿Qué eran esas mariposas? ¿De dónde habían venido? Si la nieve era real y había llegado al interior de la iglesia por no se sabe qué medios, ni por qué hendidura, las mariposas podían ser también verdaderas y, por tanto, peligrosas. Lo que había parecido ser una representación poética, halagadora y desarrollada según extrañas leyes acompasadas a las de mi alma, lo que había teñido el aire de una gran metáfora no descifrada y, por eso, aún más bella, amenazaba de repente con ser algo real, algo terroríficamente real. Era palmario que un peligro inminente planeaba por encima de la ciudad, esta ciudad antigua sin ser vieja, y de sus habitantes, de los que sólo ahora empezaba a sentirme responsable. Tenía que hablar con alguien, prevenirle de lo que sucedía en la capilla, de lo que podía ser el comienzo de una invasión y las primeras horas de una tragedia.

En la calle no había nadie —¿quién iba a pasear con un tiempo en el que no dejarías fuera de casa ni siquiera a un perro?—, pero en el teatro y en el restaurante seguramente habría alguna persona, y podría encontrar a quien explicarle con todo

detalle la historia de este extraño y sospechoso encuentro. Eché a correr atravesando el parque hacia la otra esquina de la plaza, donde podía encontrar a alguien. La nieve se había posado sobre los troncos blancos, volviéndolos aún más blancos, y sobre las bolas redondas, haciéndolas aún más esponjosas. Parecía no haber ninguna relación entre la nieve que se acumulaba exuberante y estética entre los árboles y la que se apresuraba a fundirse en el suelo con un masoquismo repugnante. Se me ocurrió que, si alguna vez se abría una investigación en contra de la nieve, el testimonio de los árboles sería totalmente distinto al del suelo y no se podría llegar a ninguna conclusión. Al bajar la mirada descubrí a un viejo sentado en un banco, que contemplaba al igual que yo las ramas con una tranquilidad indiferente dibujada en su cara arrugada, no exenta de serenidad y belleza. Parecía apenado y, a la vez, resignado mientras contemplaba el juego gracioso de las ramas y de las bolas blancas, pero además tenía algo difícil de definir, una expresión que tardé algunos minutos en determinar: era la expresión de un espectador. Era probablemente uno de esos viejos que viven con sus hijos y que se sienten inútiles, que pasan todo el tiempo posible fuera de casa para no molestar, para no ser una carga. Claro que no era el hombre más indicado para ayudarme, pero era el primero que encontraba, y quién sabe si no estaba más dispuesto que otros a escuchar algo que parecía incomprensible.

Me acerqué a él con la esperanza de que el ruido de mis pasos llamara su atención, pero se quedó inmóvil, con la nuca dentro del cuello de su abrigo, mirando hacia arriba, sin fijar la mirada en ningún objeto, sumido en una contemplación tranquila e inquietante.

—¡Señor! —le grité—. ¡Señor!

Sentí que me había oído desde el primer instante, pero tuve que llamarle varias veces, con una insistencia apremiante hasta que finalmente bajó la frente para mirarme asombrado y lejano.

—Señor —dije—, le ruego que me disculpe por interrumpir su contemplación, pero aquí al lado ocurre algo extraño y amenazador y necesito hablar con alguien y hacer algo.

Por un instante quise renunciar, tan distraída e indiferente era su mirada,

pero me di cuenta de que no me quedaba otra opción.

—En esa iglesia de aquí al lado, usted seguramente la conoce, en realidad ni sé a qué rito pertenece... en esa iglesia nieva. No, no quería decir eso; la nieve, como usted mismo puede ver, es natural, pero las mariposas, no estoy segura de si son reales o no; quiero decir que el altar está cubierto enteramente por mariposas, después de que sólo quedaran por un momento al descubierto una oreja y un gran ojo azul. Me doy cuenta de que no me explico muy bien, pero créame, por favor, porque yo tampoco tengo las cosas claras. Al principio he pensado que se trataba de una maravilla hecha sólo para mí; no puedo explicarlo, sería demasiado complicado, una aparición como ésta no me hubiera asustado; pero ahora, sabe, a causa de la nieve, ya no sé qué pensar, y, si las mariposas son reales, entonces representan un peligro de verdad. Imagínese, en esta estación, cuando no debería haber ni rastro de mariposas...

Estaba claro que no conseguía asustarlo, ni siquiera lograba llamar su atención. Le rocé la manga del abrigo con una especie de exasperación.

—¿Señor, no me oye? La iglesia está llena de mariposas. —Me miró, por primera vez, con una especie de ambigua compasión (sería difícil decir si estaba dirigida hacia él o hacia mí aquella compasión), me miró durante un buen rato, quizás durante un minuto, y después habló despacio, como para sí mismo:

—Si sólo fuera eso...

Pero ¿qué más podía haber? El viejo dirigió la mirada de nuevo hacia las ramas como indicando que la audiencia que me había concedido se acababa; sentí que si no hacía algo, la amenaza a mi alrededor se volvería incontrolable, y la realidad se escaparía a mi control.

—¿Pero qué más hay? —le pregunté—. ¿Qué puede ser más grave y más absurdo que una iglesia llena de mariposas en el mes de febrero? Son mariposas grandes, extraordinariamente bellas, no crea que se trata de unas pobres polillas escuchimizadas.

El viejo parpadeó unas cuantas veces, tal vez molesto, tal vez sólo

somnoliento, y repitió, ahora con solemnidad, como si fuera una máxima o una fórmula sacerdotal:

—Si sólo fuera eso.

Pareció quedarse dormido de repente, y en aquel momento resonó el zumbido que había oído en la iglesia. Pero ya no era débil e insinuante, crecía minuto a minuto, arreciaba como si estuviera producido por cientos de millones de mariposas o, mejor dicho, por millones de abejorros. Pero yo sabía que eran las mariposas, y me daba cuenta, a la vez, de que las que había visto eran insuficientes para producir aquel complejo y atmosférico sonido. Porque lo que oía se transformó en una especie de continuo chirrido universal. Sin querer, miré atrás: la iglesia parecía más abandonada que nunca, oscura e insignificante, con sus ángulos raros y sin armonía. Ese zumbido que crecía a mi alrededor, que se me clavaba en las sienes, que me palpitaba en la garganta y me provocaba unas náuseas insoportables, parecía ajeno a aquel edificio tranquilo y anodino, cerrado hacía mucho tiempo, y construido según las leyes arquitectónicas de quién sabe qué rito religioso.

El restaurante estaba completamente vacío, desolado y desértico bajo la luz recién encendida. Era esa hora ambigua en que los últimos clientes diurnos se han ido y los primeros clientes nocturnos no han llegado aún, cuando sólo queda algún borracho, en una esquina, para quien estas divisiones pedantes del tiempo carecen de sentido. En esta ocasión no había ninguno; ni siquiera se veía al personal —el camarero y la mujer de la barra—, que se había retirado, quizás, a la cocina. En toda la estancia había una sola mujer de servicio, delgaducha y baja, casi como una niña, que barría, de mala manera y con la mente ausente, los dos pasillos entre las mesas. No me miró cuando entré, ni sé si se percató de mi presencia. Estaba ajada, en cierto modo fuera del tiempo, podía ser una adolescente envejecida o la madre aún inmadura de varios niños. Cuando me paré cerca de ella, intentó esquivarme y siguió barriendo, como si yo fuera un objeto común en su camino; ni siquiera paró de barrer para mirarme mientras hablaba con ella.

—Sabe —le dije—, tal vez no debería dirigirme a usted; quizás ni siquiera tiene tiempo, pero lo que tengo que decir es importante para todos nosotros.

Quiero decirle que en esa iglesia de ahí cerca, la que está delante del restaurante, ocurre algo inusual; o sea, por muy extraño que le parezca, créame, la iglesia está llena de mariposas, las he visto con mis propios ojos, las puede oír también usted; escuche su zumbido, es mucho más fuerte aquí que en la iglesia, es imposible que lo produzcan solamente las mariposas de la capilla, pero allí existen con seguridad, las he visto. Deberíamos hacer algo, creo... —terminé, sorprendida por la extraña indiferencia y el desprecio de aquella mujer que, al ver que había acabado, me dijo en voz baja, sin mirarme y sin cesar de barrer:

—Como que no tengo otra cosa mejor que hacer que ocuparme de las mariposas...

—Pero, por Dios, mujer, estas mariposas no son algo normal, ¿cuándo se han visto mariposas en el mes de febrero?, y encima abandonadas en una iglesia; pueden ser peligrosas. Usted tendrá también que proteger a sus hijos —añadí, exasperada por su indiferencia.

Entonces, durante una fracción de segundo, levantó los ojos hacia mí.

Me dejó helada por el cansancio infinito que se traslucía en su mirada. Y algo más tarde, cuando ya no creía que fuera a responder, oí su voz como un murmullo:

—Si sólo tuviera que protegerlos de las mariposas...

Había algo desmoralizador y desconcertante en ella que me volvía insegura e indecisa. Me di la vuelta para salir, avergonzada sin motivo alguno y dudando de mis propios temores, pero afuera el zumbido se había intensificado hasta parecerse a un avión cada vez más cercano. Embargada por una especie de impaciencia a causa de tantos presentimientos, eché a correr hacia el teatro. No se había acabado el espectáculo de matiné. En el *hall* las luces estaban encendidas, pero en la puerta no había nadie. Después de entrar, vi a una mujer con uniforme de cuello negro levantarse del sofá y correr hacia mí para detenerme. Pero yo ya había pasado más allá de la cortina que camuflaba la puerta de aquella sala repleta de gente. Y solamente entonces, apretujada por los jóvenes que estaban de pie junto a las butacas, me di cuenta de lo absurdo de mi propósito. ¿Qué es lo que

intentaba hacer? ¿Subirme al escenario para soltar un discurso? En el escenario se desarrollaba una función, y sólo ahora, observando, me di cuenta de que era un espectáculo de ballet, en el que hombres y mujeres, vestidos con mallas negras y largas capas de colores sujetas en los hombros y los brazos, evolucionaban al ritmo de una melodía ritual, abriendo y cerrando lentamente las alas. Era algo bastante aburrido y sin sentido, pero al mismo tiempo no dejaba de sentir escalofríos ni me liberaba de la sensación de que, a pesar de todo, esos movimientos y esa música tenían un significado que se me escapaba. De cualquier manera, si quería dirigirme a alguien o, tal vez, a la sala entera, a pesar de que estaba cada vez menos segura de que fuera a hacerlo, tenía que esperar hasta que finalizara aquella danza, que el público seguía con el aliento entrecortado. Es curioso que, aunque en el escenario no sucedía nada indecente, unas ondas inexplicablemente lascivas se propagaban hacia la sala, dominándonos y sin dejarnos entender lo que sucedía. Por supuesto, conocía esta sensación, aunque no sabía por qué; lo único que recordaba es que me hacía daño y que necesitaba cerrar los ojos y no olvidar que me encontraba en una sala de espectáculos. No tuve que hacer un esfuerzo demasiado grande. La música se detuvo de repente y empezaron los aplausos, frenéticos y prolongados, repetidos en varias oleadas. Estaba empeñada en no abrir los ojos hasta que acabaran, pero el final no parecía inminente, y con insistencia se escuchaban las ovaciones y los gritos llenos de entusiasmo.

De repente abrí los ojos y comprendí. No sé si mis oídos consiguieron discernir en el ruido general alguna palabra, o si mis sensaciones confusas y de mal augurio finalmente se decantaron y consiguieron establecer puentes y vínculos entre las ideas. Entendí bruscamente que las capas de colores representaban las alas de las mariposas, que la sensualidad amenazante que emanaba del escenario había nacido en la iglesia, en los ojos desconocidos de las mariposas. Pero ¿qué sentido podía tener esta parodia del misterio? ¿Y cómo se explicaba esta admiración desatada? Y, sobre todo, sí, sobre todo, ¿cómo es que sabían de la existencia de las mariposas? Para imitarlas, para ridiculizarlas en este escenario de circo, tenían que haberlas visto; a fin de colorear aquellos largos retazos de telas para las capas, tenían que conocer, primero, sus alas violáceas, amarillas, rojas. Pero entonces, tal vez, todos ellos sabían más que yo acerca de las mariposas, quizás todos estaban en connivencia con ellas. Recordaba ahora con precisión aquel momento en la capilla en el que había sentido que, si no cerraba los ojos,

estaría perdida y bajo el poder de las mariposas; sentía de nuevo la frialdad amenazadora con la que, tras mi rechazo, habían vuelto a ocupar su lugar en el altar. Claro que todos estaban poseídos por un misterio que yo había rechazado: un misterio penetrante al que había ofendido y que no tardaría en vengarse.

Espantada, miré alrededor. Percibía únicamente las caras congestionadas y el ruido infernal de los aplausos, sobrepuesto al zumbido que penetraba a través de las puertas de la entrada, que al final del espectáculo estaban abiertas del todo. Salí corriendo, sudando, aterrada por las ráfagas que azotaban mis oídos.

Tenía la sensación de que había estado, como mucho, media hora en el teatro, pero ahora, al ver la capa imponente de nieve que se había acumulado en mi ausencia, empecé a dudar no solamente de mi memoria, sino también de mi capacidad de pensar. Todo era blanco y esponjoso como en un sueño y ante esta belleza inmaculada me sentí de repente abatida y serena. ¿Qué es lo que me podía ocurrir? ¿Que moriría? Pero la muerte bajo esta capa de nieve sólo podía ser maravillosa. Iba despacio, atravesando el parque y contemplando en los senderos vírgenes las huellas de mis pasos, que la nieve disolvía casi de manera instantánea, pensando en lo agradable que era sentir cómo desaparecían los recuerdos, al igual que las huellas en la nieve, cubiertos por un olvido purificador e inmaculado.

El viejo seguía durmiendo en el banco donde lo había dejado, blanco por la nevada, parecido a una estatua o a un hombre de nieve. Pensé despertarlo para que no se helara, pero en su cara llevaba inscrita una serenidad tan solemne que sólo me atreví a sentarme cerca de él en el banco.

No soy consciente de cuánto tiempo estuve así. No estaba dormida, pero la serenidad y la ausencia mate de colores me envolvían en una especie de lienzo a través del cual el paisaje se dibujaba con líneas suaves e idealizadas. No dormía; es decir, mi cuerpo no se había quedado dormido dejando, como suele suceder, al espíritu libre para perderse y construir nuevas vidas y soñar; todo lo contrario: mi cuerpo, despierto, miraba con un distanciamiento sereno a su alrededor, mientras que el espíritu se había quedado dormido, mecido por el balanceo rítmico de los copos y por el sueño o la muerte del viejo. Reinaba una somnolencia difícil de describir pero que recuerdo en sus más mínimos detalles y con un placer para el

que no tengo palabras, como uno de los momentos de mi vida en que he estado más cerca de la felicidad. No sé cuánto tiempo duró. El tiempo mismo parecía cernerse encima de mí desde el cielo, me cubría con una capa blanca, cada vez más gruesa, cada vez más aislante. En un momento se acercaron al camino tres niños, o acaso tres adolescentes: las dimensiones se volvían inciertas y engañosas por la nieve.

Avanzaban a ciegas, intentando coger los copos de nieve con las pestañas cerradas, inmóviles. Con la lengua fuera para poder degustarlos, con las manos extendidas para que se posaran en ellas. Parecían unos ciegos extraños, y emitían unos sonidos guturales llenos de felicidad, aunque quizás amenazantes; debido tal vez a su risa inarticulada, ya que sus lenguas no dejaban de seguir aquella particular caza de copos de nieve. Se detuvieron cerca, delante de mí, y se dieron la vuelta para admirar las huellas de sus pies impresas con exactitud en la nieve. Parecían casi aterrados por su nitidez.

—¡Hagamos cruces! —gritó gravemente uno de ellos. Escogieron un lugar intacto en el que se alinearon de cara hacia mí y durante un largo segundo permanecieron inmóviles, con las manos abiertas a los lados, en esa posición de gimnasia banal o de comienzo de vuelo.

—¡Uno, dos... —dijo el que había dado la primera orden, y que ahora se encontraba en el medio. Su inquietante voz alargaba cada sílaba—... tres! —y en la última letra se dejaron caer todos de espalda tan bruscamente que, por un instante, me vino a la mente la imagen de aquellas dianas de circo de hojalata recortada que pueden abatirse con una escopeta alquilada por un leu¹. Pero el momento envuelto en misterio y solemnidad ahuyentó enseguida la imagen profana. Los niños se quedaron tendidos en el suelo, sumergidos en los montones de nieve, que habían cedido bajo el peso de sus cuerpos. No hablaban y no se movían, traspasados por una especie de piedad sensata y serena. Cuando finalmente se levantaron, lo hicieron con cuidado para no estropear sus huellas en la nieve, y se alejaron unos pasos para contemplar con atención el dibujo que había quedado. Difícilmente se podía imaginar algo más emocionante. No, no parecían cruces. Probablemente, durante la caída los brazos extendidos habían cambiado su posición horizontal, elevándose imperceptiblemente, de modo que ahora el dibujo sugería más bien

formas captadas durante el vuelo, unos Ícaros que se hubieran lanzado en bandada hacia aquel cielo de nieve. Me quedé mirando a los niños de cerca: curiosamente no podía establecer ninguna relación entre sus cuerpos y las huellas que habían conseguido dejar allí; la imagen en la nieve les era muy superior, era capaz de sugerir ideas y sentimientos que ellos con seguridad no entendían. De hecho, el silencio con el que contemplaban aquellas imágenes era la prueba evidente de que ellos mismos sentían esta desproporción. Fue un momento de enorme pureza emocional, pero al mismo tiempo sentía que algo maléfico planeaba en el aire, que algo se estaba preparando. Los niños o los adolescentes, o incluso los hombres (ahora parecían mayores), se decían cosas al oído; de repente, con un brillo malicioso en los ojos, dijeron algo en voz baja, algo que yo ya no podía oír. Irrumpieron al mismo tiempo con una risa retorcida y casi procax —cómo podía haberlos tomado por niños al principio— que me provocó un escalofrío punzante en las rodillas. Reían como locos, enseñándose unos a otros las imágenes voladoras, y sin poder articular nada a causa de los espasmos de la risa. Rodaban por la nieve sujetándose la barriga y a plena carcajada. Paraban de reír sólo para recobrar el aliento. Señalaban con el brazo. Asentían con la cabeza con una especie de demencia y, entre estallidos parecidos a unos ronquidos, pronunciaban como en un hipo una palabra incomprensible, siempre la misma. La entendí sólo más tarde, cuando, después de calmarse, se alejaron saltando como unos sátiros por la nube de nieve arremolinada gritando con voz ronca:

—¡Parecen mariposas! ¡Se parecen de veras! ¡Son incluso mariposas! ¡Somos mariposas! ¡Somos mariposas!

No, las imágenes en la nieve no parecían mariposas. Podría jurar que la última cosa a la que podían parecerse en este mundo era a las mariposas. Cerré los ojos extenuada. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Quién orquestaba todo este mundo dominado por colores voladores y con ojos envenenados de voluptuosidad? ¿Qué podía hacer? No podía ni siquiera entender. Y sólo en aquel momento, mientras en mis oídos se perdían los gritos cada vez más lejanos de los tres, me di cuenta de que habían pasado cerca de mí, que se habían parado delante de mí, aunque no parecían haberme visto. No obstante, está bien así, recuerdo que me dije a mí misma con una alegría tranquilizadora. No me han visto. Estoy cubierta de nieve y quizás ya no existo. Pero sabía que no era así. Podía abrir los ojos en cualquier

momento y ver lo que ocurría a mi alrededor. Seguía nevando. Nevaba incluso más fuerte, con una especie de tenacidad serena. Va a cubrir a los voladores, pensé apenada, y los busqué con los ojos, pero no los encontré. Me levanté aterrada. Di unos pasos a la izquierda y otros a la derecha. No se veía nada. Alrededor del sendero y bajo los árboles la nieve era alta, esponjosa, estaba impoluta. Aunque la superficie era plana, al mirarla persistía la sensación de volumen, como si hubiera crecido, redonda, hinchándose como una masa con levadura. Sin embargo, por muy densa que fuera la nevada, era imposible que hubiera cubierto en tan poco tiempo las formas cavadas en la nieve. De nuevo perdí la noción del tiempo, empecé a dudar de mi memoria y de mi propio juicio. ¿Quizá el momento en que cerré los ojos duró horas, días enteros, sin que me diera cuenta, o es que lo sucedido antes, la aparición de los tres y su forma de ángel, se había desarrollado en otro plano, detrás de mis párpados cerrados y cómplices durante el sueño? En el banco no había nadie y no se veía nada, excepto el hoyo del que me había levantado, parecido a la huella reciente de una extracción maxilar. El viejo, si es que existió alguna vez, había desaparecido hacía mucho en la niebla blanca de su propia inexistencia.

Me fui despacio hacia casa, con el alma vacía y tranquila. Pasé cerca del teatro. Parecía muerto desde hacía mucho tiempo, pero su destino me resultaba indiferente. El restaurante emitía aquel ruido impuro e indescifrable que producen los lugares en los que se reúne gente alegre. Por entre las cortinas corridas se filtraban algunos rayos que formaban charcas de luz en la acera. Por supuesto, la iglesia seguía imponente y oscura, abandonada tal y como siempre yo la había conocido. Pasé despacio por delante de la verja y vi el gran candado de la puerta al final de una cadena que entrelazaba los barrotes. Estaba oxidado, y parecía que nadie lo hubiera abierto en meses o años. Por supuesto, no me extrañaba. Caminaba como un autómata, con esa especie de indiferencia que a veces se parece a la fuerza, y sabía que si nada ni nadie se cruzaba en mi camino podía seguir sin desviarme, y sin fatigarme, hasta el fin del mundo. Mi cansancio no estaba en mis pies. De hecho, en otras circunstancias había observado ya que, en mi caso, el cansancio se vinculaba a la imperiosa necesidad de andar, y que los momentos de crisis iban seguidos por largos períodos de dromomanía.

El caminar me calma, y relaja el arco demasiado tenso del pensamiento o del

corazón. Ahora no estaba en tensión, sino, más bien, agotada. Había pasado por emociones tan contradictorias en las últimas horas —¿o días?— que mi alma se negaba a reaccionar. Quería dormir, y no pensaba que esta necesidad de dormir fuera la prueba de que no había dormido, y que, por tanto, no había soñado, hasta entonces. Al fin y al cabo no habría sido tan seguro. Hay mañanas en las que te levantas más cansado que cuando te fuiste a la cama. Lo que sabía con seguridad es que —sueño o realidad— lo que había vivido se iba a quedar grabado irremediabilmente en mi memoria sin poder olvidarlo, y que hasta el final de mis días iba a llevar el peso de estos sucesos. Estaba cansada de vivir tantas horas —¿pero tenía acaso el derecho a calcular el fluir de este tiempo interior según las referencias banales del cosmos, según el crepúsculo mojado por la nieve y el mezquino encendido de los tubos fluorescentes?—, me sentía cansada por la edad, que probablemente había aumentado en el sueño.

Como de costumbre, el ascensor estaba estropeado; nuestro edificio lograba con bastante frecuencia que los cuatro ascensores estuvieran averiados, así que subí las escaleras hasta el séptimo piso a regañadientes y con la impresión de que no iban a acabarse nunca. Curiosamente, al acercarme al séptimo piso, al subir incluso un poco más hasta mi apartamento, sentí de nuevo el olor del que había huido, que se imponía de manera alarmante. De nuevo la bombilla del pasillo estaba fundida, así que, hasta que conseguí abrir la puerta y encender la luz, anduve a tientas, ahogada casi. En el *hall*, el olor era insoportable, había incluso una especie de niebla, de humo, y el suelo parecía cubierto por un fino polvo de polen. Escuché muy cerca un ruido extraño y, llena de pánico, abrí la puerta con brusquedad. Mi gato estaba retrepado en la mesa, con los músculos tensos: sujetaba con dientes y garras una inmensa mariposa azul y negra. Encima de su piel, y sobre el mantel de tela, caían del cuerpo de la mariposa grandes gotas de una sangre pegajosa y oscura, como una pintura en la que hubieran mezclado los colores de las alas. Durante unos instantes miré aquella escena muda, con mis ojos clavados en los asombrados ojos del gato.

QUERIDOS ESPANTAPÁJAROS (LA PRIMAVERA)

Puede que no estéis acostumbrados a que alguien se dirija a vosotros tan directamente. Vuestro entorno guarda siempre un halo misterioso, que da pie a ese oportunismo embarazoso y desconfiado y, sobre todo, jocoso que seguramente conocéis muy bien. El que os hable como si fuerais humanos (y quién sabe si no lo sois en cierta medida, a pesar de todo) se explica, en lo que a mí se refiere, por mi poca inclinación —tan antinatural como absoluta— a ese hábito adulator que os rodea. Lo que me ata a vosotros es un sentimiento permanente, una fascinación casi enfermiza, que cesará únicamente el día en que llegué a comprenderos. Vuestra presencia en esta llanura tan anhelada me une a vosotros mediante un vínculo más fuerte que el amor o el odio: la imposibilidad de entenderos.

Noto cómo estoy olvidando. Siento cómo, con cada hora que pasa, se va borrando de mi mente una sensación más, otro personaje, otro sentimiento, y me quedo suspendida en este presente eterno e inexplicable, cuya relación con el resto del tiempo se ha esfumado. Olvido con impaciencia, con voluptuosidad, incluso con cierto tesón, pero sé que no se trata de una enfermedad, sino de un estado de ánimo, una felicidad somnolienta que me hace vivir hechos y sucesos sin observarlos siquiera, por lo que no hay nada más normal que olvidarlos. Pero no olvido, como se podría suponer, los detalles, para conservar sólo una imagen general y esquemática de una situación o, simplemente, el enunciado pálido de su existencia; olvido incluso los datos esenciales, olvido que algo sucedió, y en el caso de que aún mantenga una leve duda, una sensación confusa de que algo realmente existió, se debe a que se me han quedado grabados algunos detalles extraños en la mente: la sensación de una piedrecilla en la suela de la sandalia, el pliegue desagradable de la barbilla de alguien mientras hablaba, una abeja posada en un brazo desnudo hasta el codo.

No me aterra tanto el hecho de estar aquí sin entender el cómo y el porqué, y sin saber si podré irme de este lugar alguna vez —esta lista de condicionantes que no dependen de mi voluntad me espanta y me encanta en igual medida—, como me asusta la inseguridad molesta de si lo que estoy viviendo sucede de verdad, y

de si lo que estoy viendo a mi alrededor no son más que simples sombras, ya que yo misma, la de ayer y de anteayer, y la de todos los años precedentes, no soy, hoy por hoy, más que una sombra inconsistente que vacila en una memoria marcada por caprichosos flujos y reflujos controlados por astros desconocidos.

Creo que todo empezó en el mercado, o tal vez un poco antes, en el momento en que me desperté y me di cuenta de que era 20 de marzo y recordé que en los años bisiestos ésta es la fecha del equinoccio de primavera. Claro que la fecha en sí no tenía mucha importancia; fue sólo una especie de señal, el último detonante de una tensión que se había estado acumulando desde hacía varios días sobre mí, no tanto en mi alma, como en cada una de las fibras del material del que estoy hecha. Pero lo que resulta verdaderamente enojoso de las molestias físicas es que siempre acaban por traspasar al espíritu toda la carga de ese dolor que tiene causas concretas y científicamente comprobables y lo transforman en una tristeza indefinida y sin motivo, que permanece incluso después de que cese el sufrimiento del que nació de manera tan absurda. Durante los últimos días, mi cuerpo —cada vez más difícil de controlar, y más torpe a causa de un cansancio mucho más que físico— y mi sangre, que avanzaba con creciente inseguridad por los túneles febriles de las arterias, me habían anunciado este acontecimiento que tenía que alegrarme, pero que yo acogía con una enfermiza intranquilidad carente de motivo alguno, aunque no de significado. Claro que la fecha exacta del comienzo de la primavera no tenía mucha importancia, aunque este año las incomprensibles convenciones astronómicas la hayan adelantado un día, pero fue el pretexto que provocó el estallido de esas tensiones acumuladas, hastiadas de sí mismas y enfrentadas a todas las leyes inmutables y entusiastas del mundo.

En el momento en que, al abrir los ojos, me di cuenta de que era el equinoccio de primavera, justo entonces, empezó todo, ese día que quizás no acabe nunca y de cuyo milagro me siento, tal vez injustamente, responsable.

Ahora que me dispongo a contároslo, me doy cuenta de que se me ha olvidado —¿quién sabe?— hasta lo esencial, y tengo la impresión de que los aspectos insólitos podrían provenir, incluso, de las lagunas de mi atención y de mi memoria. La fantasía, aprovechando la fatiga de la lógica, habrá podido completar apresuradamente estas lagunas con manchas de colores capaces de cambiar todo el

aspecto de los acontecimientos. Aunque no lo creo. Lo fantástico no se opone a lo real, es sólo su representación más llena de significados. Y aunque mi memoria racional esté realmente plagada de olvidos, la sensorial y la de los sueños conservan su precisión plena, a la vez que permanecen en un perpetuo y alucinante estado de vigilia. Puedo fiarme de ellas.

Me desperté más cansada de lo que me había acostado, como si durante la noche mi cuerpo hubiera tenido que aguantar, él solo, el esfuerzo agotador del paso de una estación a otra. Me levanté con una tensión que tenía que haberme extrañado, si no se hubiera apoderado de mí, ya en el mismo momento de despertarme, el sentimiento de que algo iba a suceder, un acontecimiento difícil de concretar ante el que ni las prisas sobaban ni el entusiasmo estaba fuera de lugar. Acababa de salir de un invierno sombrío y posesivo que había exprimido las últimas fuerzas capaces de sostenerme dentro de sus fríos muros. A su término me encontraba aún viva, pero tan débil e indefensa que, al igual que una presa sumisa y fácil, sólo esperaba dejarme llevar por los sueños y por los fantasmas despiadados de la primavera.

De todas las estaciones, la primavera es la más difícil de soportar, pero no estoy segura de si esta dificultad deriva del hecho de que asistimos al nacimiento explosivo, doloroso y sensual de la naturaleza o, más bien, de que, como pobres habitantes de ciudad, estamos alejados de este acontecimiento crucial del universo por unos rígidos muros de aislamiento que nuestro cuerpo percibe como una barrera y nuestro espíritu como una opresión. Quiero decir que dudo de si sufrimos porque la ciudad nos separa de la primavera o porque no consigue protegernos de ella lo suficiente. De todos modos, con la llegada de la primavera, mi cuerpo busca con fervor, con afán masoquista o tan sólo liberador, los lugares en los que poder entregarse; y lo hace con una humildad tanto mayor cuanto más limitadas son sus fuerzas, hasta el punto de no poder ofrecer en el altar primaveral ávido de sacrificios más que una masa casi aletargada de una sustancia viva y delirante.

Lo primero que tenía que hacer era abandonar rápidamente mi casa, separada del suelo por siete pisos de piedra, vidrio y materiales plásticos, y salir a la calle, que, aunque revestida de asfalto, podía conducirme hacia un lugar donde

la tierra estalla ante los ojos, donde la tierra se puede ver, oler y palpar. Porque la primavera no consiste tanto en un apaciguamiento de la atmósfera como en una revuelta, una insurrección anual de la tierra, y aunque os parezca extraño —si es que en realidad tenéis capacidad para percibir que algo es extraño o no—, voy al mercado para presenciar esta transfiguración y poder participar en ella. Los parques me atraen menos; son demasiado sofisticados, demasiado sometidos al hombre como para poder señalar con precisión la hora exacta de la naturaleza; sus flores provienen de invernaderos y soláriumos en los que la primavera ha sido prefabricada y ensamblada. (Los parques me atraen solamente en otoño, cuando, antes de morir, después de una vida entera repleta de esfuerzos, las plantas, a fin de parecer más bellas y más perfectas de lo habitual, renuncian inesperadamente a cualquier disfraz y se entregan con una especie de alivio a la desaparición, adquiriendo, sólo entonces, una belleza libre y delirante.)

En cuanto el aire empieza a oler, intranquilo y afrodisíaco, a primavera, las calles me dirigen con una fuerza secreta hacia los mercados, y se transforman en canales que me vierten, como si fuera un río rebelde, en el mar del mercado. Eso mismo me pasó aquella mañana, cuando, antes de pensar adónde ir, la propia calle empezó a conducirme hacia el mercado más cercano.

No es un mercado demasiado grande. Un cuadrado de asfalto con largos puestos de hormigón resguardados por grandes arcos también de hormigón; forma un reino gris sin dueño y con un orden palpable; una arquitectura deprimente color ceniza con una finalidad difícil de descubrir. En invierno es, quizás, el más triste de los rincones desoladores de la ciudad. En ese desierto helado y húmedo, las mesas vacías, sucias aquí y allá por los jugos de los frutos del verano, albergan a alguna frágil anciana, envuelta en un gran chal de color marrón, con gruesos flecos que te incitan a acariciarlos como si fueran colas de gatos, que vigila dos montoncitos de zanahorias escuálidas, medio pochas, y algunos apios ajados con las raíces enmarañadas y encogidas, parecidas a las cabezas de unas gorgonas enanas, pero no por eso menos maléficas. Al final de la fila de puestos, en medio de charcos casi helados de salmuera, grandes barricas de berzas fermentadas y pepinillos esparcen su penetrante olor de encurtido removido por las manos amoratadas de frío de las silenciosas campesinas. A lo largo del invierno pasé por allí en varias ocasiones, a fin de controlar este paisaje invariable. Mis periódicas

incursiones son el único método de poder sorprender la milagrosa transformación de la primavera justo en el momento repentino en que aparece. Basta con faltar dos o tres días para perder el comienzo, ese instante mágico del que más tarde nace todo. No podría decir cómo se explica o en qué consiste exactamente ese momento detonante; todo lo que os puedo decir es que, súbitamente, las alargadas mesas de hormigón, con sus cubiertas igualmente de hormigón, reviven y adquieren sentido y finalidad en la nueva estación. Está claro que se construyeron exactamente con la forma adecuada para el despliegue de esta paradisíaca riqueza de hierbas, plantas y hojas, de todas estas savias que aún circulan por los tallos arrancados de la tierra, reacios a morir e indecisos ante qué nueva forma tomar. Coles, lechugas, espinacas, verdolagas, hojas de parra, de tilo, perejil, eneldo, violetas, jacintos, narcisos. Todavía ningún fruto, nada maduro; sólo tallos, hojas, flores; en un desenfreno que surge de la noche a la mañana como una hemorragia vegetal, incontenible, imparables, dolorosa, tal vez mortal.

Llegué al mercado en medio de esta barahúnda herbal y empecé a moverme entre los puestos, contemplando con fascinación el verdor de las plantas, ese verde aún tan claro, tan próximo al blanco, al amarillo o a la nueva transparencia, ese color delicado y crudo del que no me atrevería a decir que es realmente verde, así como no me atrevería a decir que la espuma inmaterial de la que está modelado un recién nacido es carne. Lo mismo que no se puede hablar de un color tampoco se puede hablar propiamente de un olor. Las frutas, los tubérculos y las semillas tienen un olor específico, cada uno distinto del otro, un olor adulto, amoroso, un olor a supervivencia y a reproducción, propio de cada uno, pero esa mañana estas hierbas aún adolescentes, estas hojas y sus tallos no olían más que a tierra, como los niños sólo huelen a leche. Era evidente que fui al mercado por la misma razón que en otras ocasiones: porque sabía que allí podía encontrar la tierra, la tierra que invadía de manera ilícita las fronteras de hormigón de la ciudad y que se desplegaba en su aspecto más emocionante encima de las macizas mesas del mercado. Observaba la tierra entretejida con delicadeza entre las hierbas y destilada finamente en las hojas, y tal vez por el cansancio o por la concentración con la que miraba, experimenté un ligero mareo que fue creciendo progresivamente hasta apoderarse de mis sentidos. Era una turbación casi erótica y, no obstante, pura e inmaterial, que conocía desde hace tiempo, desde que en primero o segundo de primaria, Olaru Aurel, mi compañero de pupitre —su

padre, mecánico de locomotoras, le llevó en una ocasión hasta Bucarest, donde las casas son mucho más altas y casi todas las chicas son rubias y tienen rizos—, me tiraba de las trenzas humildes y castañas para que le soplara en los exámenes. ¿Cómo podría explicaros esa sensación o ese sentimiento? Más que una alegría era una especie de histeria muda de todos los sentidos vibrando al unísono, proyectada a cámara lenta y cuyo efecto alcanza la intensidad del dolor en ese momento en que las lágrimas, a punto de estallar, son tan incontrolables como confusas. De hecho, creo que me eché a llorar. De repente, ya no podía mantenerme en pie y me dejé caer encima de una cesta inmensa de lechugas, cubierta con una gran tapa de mimbre cosida alrededor con un grueso alambre oxidado. Suponiendo que alguien me hubiera preguntado en ese momento si me encontraba mal, no creo que hubiera podido contestarle con sinceridad. Por supuesto que me sentía mal; sin embargo, si quería ser sincera, tenía que confesar, al mismo tiempo, que estaba muy bien. No me dolía nada, simplemente notaba que la tierra ascendía a través de mí, avasallándome. Y como la sensación de esta invasión sensual era demasiado brusca y violenta, tuve que sentarme y dejarme caer sobre la cesta de lechugas.

Entonces empezó todo. Sí, ahora recuerdo con precisión que todo comenzó en ese instante, con ese malestar que era de hecho un placer violento, con ese momento de desorientación y de abandono. No creo haberme desmayado y, sin embargo, sé con certeza que me desperté, es decir, que, sin haber tenido la sensación de que estaba perdiendo la conciencia, tuve la percepción clara de que la estaba recobrando justo en el momento en que hube de mirar con atención un rostro demasiado inclinado sobre mi cara como para poder distinguir en él algo más que una mancha blanquecina con dos hendiduras azules, hipnóticas. No duró más que un instante demasiado breve como para poder percibir si era la cara de un hombre o de una mujer, de un joven o de un viejo, de un amigo o de un enemigo. Antes de poder percatarme del interés que le había hecho acercarse tanto a mí, se levantó con un gesto impulsivo, como si quisiera echarse hacia atrás la melena caída, se dio bruscamente la vuelta y echó a correr a través de la multitud que se había congregado alrededor. ¿Pero llevaba melena? Quizás sí, y tal vez rubia, porque, además del blanco y del azul, me quedó en la retina el recuerdo de unas irisaciones luminosas, acaso de unos cabellos dorados, o de una aureola. Claro que en esto pensé solamente mucho más tarde, mientras le estaba siguiendo y sólo veía

delante de mí, de vez en cuando, una especie de fulgor amarillo, una coronilla que se movía y desaparecía con rapidez entre la muchedumbre. Entonces, en ese momento, porque no fue más que un segundo, me sentí primero escandalosamente abandonada y traicionada, y a continuación, en la siguiente fracción de segundo, salté de mi cesta de lechugas, lanzándome a la persecución absurda de un ser desconocido al que no sabía cómo reconocer, y al que no sabría decir qué me ataba. Porque era evidente que algo me ataba a él. Sin saber por qué, y sin entender lo que sucedía, sentía la necesidad y la obligación de correr casi a través de la masa de gente que llenaba las calles a esa hora de la mañana, de apretar el paso o de ir más despacio según lo hiciera aquel ser misterioso que estaba siguiendo, a quien divisaba en pocas ocasiones, pero cuyos movimientos percibía e imitaba. Atravesé un viejo barrio detrás de la plaza, ese barrio vetusto y meridional de edificios antiguos, de no más de dos pisos, desconchados como por la lepra y con los cristales empapelados de un azul descolorido por el sol de los veranos transcurridos, con fachadas destartadas, letreros medio borrados por las lluvias con propaganda de productos de antes de la guerra, y en los que se anunciaba la aparición de marcas olvidadas hace decenios. Marchaba por calles atiborradas de gente, que trepidaban con el traqueteo de los tranvías. Pasaba delante de cooperativas oscuras especializadas en la recolección de plumas, la reparación de persianas o el afilado de tijeras y cuchillas para las máquinas de picar carne; caminaba junto a quioscos con buñuelos espolvoreados con azúcar y siropes vendidos en vasos de medio litro, y al lado de minúsculas cafeterías con delicias orientales —*baclava*, *sarailie*²— que nadaban en miel y en aceite de avellanas tostadas. Deambulaba como un autómatas y me quedaba boquiabierto delante de todos los escaparates ante las piezas de máquinas oxidadas, gorros de piel apolillados, confecciones de punto anticuadas, trozos polvorientos de percal a precio de saldo, botones de madera hechos y pintados por encargo, corbatas sucias, fotografías reproducidas sobre medallones de porcelana para las tumbas, cepillos y escobas, sombreros. Me regocijaba sin motivo por cada cosa que veía, avanzaba sin preguntarme adónde iba, ni por qué, ni detrás de quién. De vez en cuando, atisbaba la coronilla rubia que estaba persiguiendo, pero no era más que una comprobación inútil de aquel punto de referencia que captaba de buen grado y con una alegría secreta. La primavera me habría invitado a callejear de todas formas — siempre le ofrecía mis errantes paseos como unas agotadoras y magníficas ofrendas depositadas a sus pies—, y el hecho de que ahora la casualidad, que solía

escoger mi camino, se viera sustituida por una realidad —¿quién sabe si más racional?— no tenía por qué asustarme o contrariarme. De hecho, desde el momento en que vi esa cara indescifrable inclinada sobre la mía, supe que aquel ser indefinido que había tomado posesión de mí no era ajeno a la profunda rebelión que se estaba fraguando en la tierra y en el aire, y esta marcha, claramente conspirativa, hacia una meta misteriosa no podía ser más que una estratagema para poder recorrer la ciudad aún no liberada por la primavera. De hecho, el día no tenía los atributos de la primavera. El cielo estaba cubierto por una capa espesa de neblina —digo neblina, y no nubes, porque no tenían la forma y la dignidad de las nubes, sino que bajaban deshilachadas, vacilantes y confusas hasta los tejados humedecidos por su contacto—, pero la luz mate y blanquecina atravesaba los rostros de la gente dándoles unos reflejos esmaltados y una especie de esperanza sin palabras que no podía defraudar. En realidad, a pesar de estar atrapada por el trabajo y por las preocupaciones cotidianas, la muchedumbre se movía a mi alrededor con una intensidad poco común en comparación con otros días, y con una exaltación que no se podía atribuir a otras razones. En el horizonte lechoso de las neblinas, los rostros no me parecían hermosos, eran más bien lívidos, como a la luz de los tubos de neón, cuando las arrugas se vuelven más pronunciadas y desagradables de lo que parecen en el resplandor sin fisuras del sol; sin embargo, ahora, cuando los vuelvo a ver en mis recuerdos, descubro en ellos aquella exaltación insólita que los transfiguraba, y —perdonadme por decíroslo— daría lo que fuera para que en lugar de cualquiera de vosotros —tal como os encontráis ahora con los brazos abiertos en este gesto tan ambiguo de abrazar o maldecir— estuviera una de las muchas personas a cuyo lado pasé, echándoles sólo una mirada, en aquella lejana mañana de un día interminable. A decir verdad, siempre he echado de menos a la gente cuando me encontraba sola sin quererlo; y, por el contrario, he deseado con pasión, e incluso con desesperación, estar sola cuando la gente se apretujaba a mi alrededor. Andar, pasar por una calle aglomerada, deslizarme sin detenerme entre la multitud que no tiene tiempo para disgregarse en individuos es —ahora me doy cuenta de ello— un compromiso ideal entre estas dos situaciones irreconciliables. Entiendo ahora por qué me gusta tanto patear las calles, chocando con la gente pero sin acercarme a ella, ya que así puedo quedarme sola estando acompañada, y puedo no estar con ella mientras la gente está conmigo. Pero está claro que esa mañana no pensaba en algo así; por el contrario, tenía una actitud un poco traviesa, irresponsable y soñadora en exceso como para

poder pararme a contemplar algo; iba ligera, a punto de reírme, y dispuesta a emprender el vuelo. Era como si la debilidad que me había embargado en el mercado, ese peso casi mágico que ascendía desde la tierra a través de mi sangre, hubiera exorcizado para siempre en mí la materialidad, el poder de la materia sobre el espíritu que apenas se sujeta en su débil envoltorio y está a punto de desprenderse, feliz y sin compromisos. Me sentía como si estuviera enamorada — pero ¿de quién?; ni siquiera sabía si la silueta que, tal vez, había desaparecido hacía mucho tiempo en alguna calle lateral pertenecía a un hombre—; o, simplemente, me encontraba mareada por algún alcohol ligero, que envenena y alegra en igual medida. Porque, sí, tengo que confesar que, aunque jugueteaba y no quería darle importancia, sentía cómo crecía en mí, lenta y apenas perceptible, una amenaza abstracta, pero amenaza al fin y al cabo. Probablemente existía sólo en un plano tan profundo de mi conciencia que ni yo misma la había reconocido, y no me había dado cuenta de ella hasta algo después. Pero entonces, en aquella calle por la que aún circulaban los tranvías —pero que perdía gente a medida que nos alejábamos del centro—, mi relación con la silueta alta de melena rubia hasta los hombros, que avanzaba sin volver siquiera una vez la cabeza, se volvió cada vez más obvia. Aunque para cualquier observador era evidente que yo le seguía a él —digo él, aunque no estoy segura, y no estuve en ningún momento segura de que se pudiera llamar así a un ser tan impreciso—, para mí era patente e indudable que él me obligaba a seguirle; quiero decir que, digno, indiferente y casi inmaterial por la forma en que volaba delante de mí, era él, por muy absurdo que parezca, el que me seguía a mí. Y así, de repente, con una especie de impulso malévolos, tal como sucede solamente en el amor, se me ocurrió ponerle a prueba, y, sin pensarlo dos veces, entré en la primera tienda.

Era una de esas cafeterías con sólo una o dos mesas y un mostrador siempre lleno de pasteles sofisticados con nombres poéticos, verdaderas arquitecturas de masa y mantequilla coloreadas de rosa, azul y verde claro cuyos colores te hacen pensar más bien en jabones que en auténticos manjares comestibles, de modo que esta asociación irónica te quitaba el deseo de probarlos. Pedí un zumo de naranja, lo pagué y, con el vaso en la mano, volví hacia la puerta. No era más que una prueba en la que no tenía nada que perder o ganar; quería sólo ver si un ser que no conocía y del que no esperaba nada, volvía a buscarme, pero mientras aguardaba el resultado de esta experiencia tan absurda sentí cómo me temblaban los dedos

que sujetaban el vaso. Intenté controlarlos y llevarme el vaso a la boca, pero el borde de cristal sonó al chocar contra los dientes y renuncié. Estaba segura de que vendría; recuerdo con certeza mi confianza. ¿Entonces, por qué temblaba? Tal vez por la emoción de saber quién era, y sobre todo por poder averiguar de este modo si él me seguía o si, por el contrario, yo le estaba siguiendo a él. Me doy cuenta de que, planteado así, el problema parece casi ridículo, pero tenéis que entender la confusión y la intimidación que nace entre el perseguidor y el perseguido, el que asusta y el que es asustado. Estaba convencida de que vendría, y sin embargo, cuando le vi pasar por delante del escaparate, cuando le conocí antes de reconocerle —¿de hecho, cómo podía haberle reconocido?—, sentí cómo me mareaba, noté que otra vez la tierra ascendía por mi cuerpo mientras yo me volvía pesada, desde los talones, hasta los tobillos, las rodillas y la cintura. Me apoyé en la barra y esperé. No mucho. Volvió en menos de un minuto y se paró delante de la puerta, con la espalda hacia la calle, mirándome. Era más alto que yo y, como estaba a contraluz, no se veía más que una silueta frágil, casi adolescente, con la cabeza irisada por la luz del día y con los ojos abiertos, mucho más abiertos que el resto de la cara, contemplándome con un reproche intenso, casi insoportable. ¿Qué era lo que me reprochaba? ¿La inocente estratagema a través de la cual le había desenmascarado? ¿El hecho de que le siguiera? ¿El que me siguiera él mismo? ¿Que le hubiera dejado o que no le hubiera dejado que me siguiera? No conseguía entender, y al mismo tiempo, sentía que aquella mirada me ataba a él definitivamente, y que la evidente culpabilidad que él me atribuía me sojuzgaba para siempre. Percibí que no podía más, que iba a bajar la mirada y, al mismo tiempo, sentí que, si no tenía fuerzas para resistir, si renunciaba en ese momento, saldría derrotada para siempre, sin entender por qué y sin esperanza alguna. Yo también me quedé mirándolo y preguntando *¿por qué?, ¿por qué?*, pero mis labios no se movían, como tampoco lo hacían los suyos; entonces, con las últimas fuerzas, en una especie de movimiento desesperado, como si pidiera ayuda, di unos pasos hacia él: aquello —me percaté en el mismo instante— lo espantó, porque hizo un movimiento brusco de retirada, tan brusco que se olvidó de los dos escalones que había subido hacia la puerta de la cafetería y estuvo a punto de caerse de espaldas; pero consiguió estabilizarse, y me miró un segundo con una especie de desesperación amenazadora o suplicante, una mirada alucinada que podía ser tanto de amor como de odio. Luego hizo un gesto extraño e inesperado: se agarró de la plataforma de un tranvía que pasaba en ese momento.

A continuación, las cosas sucedieron a la velocidad del rayo. La impresión de que se había agarrado al tranvía la tuve en realidad sólo una fracción de segundo después. En cualquier caso, vi cómo hacía un gesto para sujetarse bien a la barra trasera de la plataforma. Pero la velocidad del tranvía era quizás demasiado alta, puesto que, acto seguido, vi cómo perdía bruscamente el equilibrio: sus pies abandonaron el contacto con la tierra y se dejó arrastrar mientras se sujetaba con toda su fuerza con la mano tendida hacia arriba. Salí corriendo tras él y le grité que soltara la mano, que se dejara caer, pero no pareció escucharme; probablemente estaba muerto. Es curioso, su cabello rubio parecía algo más largo, se había soltado y le cubría totalmente el rostro en ondas que se agitaban con cada trompicón de las ruedas. Pero más curioso era el hecho de que, aunque el tranvía parecía ir muy rápido, yo conseguía correr a su misma velocidad; sin alcanzarlo pero sin alejarme de él, y, sobre todo, sin cansarme. De hecho, ¿cuánto pudo haber durado esta carrera? ¿Un minuto, dos? De repente, me di cuenta —y entonces mi espanto ya no tuvo límites— de que, en realidad, la mano tendida no se sujetaba a la barra del tranvía, y de que, a menos de medio metro detrás de él, tenía la mano apretada en el aire, lo que no le impedía dejarse arrastrar a gran velocidad por el suelo. Sólo en ese momento caí en la cuenta de que todos sus aspavientos no habían sido más que una pantomima, una copia absurda y vana de gestos verdaderos, una imitación perfecta, una ilusión irreprochable que se volvía realidad. Cuando, al final, como consecuencia de los gritos aterrados de los pasajeros, el tranvía se detuvo, él se levantó despacio en medio del círculo de curiosos asustados, agarrándose al borde del tranvía, apoyándose en él pero dejando una capa protectora de aire entre la mano y el punto de apoyo. Cuando consiguió ponerse en pie, pudimos comprobar que estaba milagrosamente ileso. Pero fue sólo un momento. Por un instante su imagen permaneció inmóvil, como en una película. Luego se volvió inconsistente y vaporosa, aunque conservó durante unos instantes su forma precisa y el matiz de los colores (llevaba —finalmente tuve tiempo de fijarme— un traje blanquecino de corte impreciso, que tanto podía ser la túnica de un ángel como un simple impermeable, un poco más largo de lo normal, por encima del cual el pelo rubio tenía un tono apagado, casi triste). Poco después su imagen se volvió cada vez más pálida, borrosa, hasta que se disolvió completamente en el aire. La gente se dispersó sin que nada llamara su atención y el tranvía prosiguió su recorrido. Era un tranvía tan viejo y trasnochado que parecía un elemento decorativo. También

tuve tiempo de fijarme en él.

Pero la atención crispada, atontada, con la que yo registraba todos los detalles de mi alrededor era la expresión indirecta de mi miedo a pensar en lo que él estaba sintiendo. Era una culpa profunda y agazapada en mi cuerpo, que me dolía al más mínimo sobresalto como si alguien lo golpeará, una culpabilidad tan total e irreversible que no tenía sentido intentar comprenderla. Me había equivocado en algo; no tenía ni la menor duda al respecto; en algún punto que no conocía, había infringido unas desconocidas leyes supremas y ahora recibía mi castigo, un castigo cuyo horror todavía no era capaz de evaluar. No iba a poder redimirme jamás del reproche lanzado por los ojos de aquel ser que había desaparecido de modo tan extraño, y que me había quemado hasta lo más profundo del cerebro, porque no sabía a qué se refería, y esa incapacidad absoluta ante el misterio me paralizaba en medio de la calle. Estaba en una especie de plazuela en la que la calle se ensanchaba, como un riachuelo que forma una charca para luego continuar su curso igual de estrecho. Estaba justo en el centro, sobre los raíles del tranvía. Alrededor, las casas parecían igual de lejanas y de feas, destartaladas, con adornos deplorables y balcones absurdos, sin flores, pero decorados con ángeles de yeso y guirnaldas. Estaba muerta de cansancio bajo el cielo transparente y libre de las neblinas matinales, cuyo resplandor resultaba alegre y agotador a la vez. Me entraron ganas de dejarme caer sobre la tierra y dormir. Pero el suelo no era de tierra, sino de adoquines, cubiertos por un fango untuoso esparcido uniformemente sobre las piedras cuadradas y abombadas. Detrás de mí un tranvía se acercaba con un chirrido nervioso. Al principio hice como si no lo oyera; luego, en el último momento, bajo la lluvia de insultos del conductor, di un pequeño paso atrás antes de decidir adónde ir.

Tenía que seguir adelante. No necesariamente para continuar el camino de la extraña criatura que me había llevado hasta allí, sino porque más lejos, tal vez mucho más lejos, estaba la tierra, el campo libre en el que se oía crecer las plantas. Seguí adelante con el sentimiento de que de este modo cumplía con mi deber, incluso como si tuviera prisa por satisfacer una obligación a hora fija, y, curiosamente, justo en esos momentos, por primera vez desde que me desperté, dejé de tener la impresión de que algo insólito estaba ocurriendo o iba a ocurrir. Ya no esperaba nada, había penetrado en el milagro y me parecía familiar; a medida

que me adentraba en él perdía la perspectiva de la realidad y el terror lleno de asombro que se deriva de comparar el milagro con la realidad.

No quiero decir que la amenaza que había crecido dentro de mí desapareciera, que se hubiera disuelto en el trágico e incomprensible accidente al que había asistido; pero con él, con el terror y la culpa que me embargaron allí, se produjo un ligero deslizamiento del tiempo: el futuro se hizo presente y ya no exigía que me esforzara en impedir que se hiciera realidad, se había consumado. De todas las dificultades, me había liberado de la más penosa. En realidad, no podría decir que me sintiera mejor, ni que en ese momento fuera más fácil que antes; simplemente sabía que ya no podía dar marcha atrás y eso parecía simplificarlo todo de repente.

Seguí yendo adelante y, aunque parecía que las calles de la ciudad se acababan allí, lo que empecé a ver no era el campo abierto que soñaba, sino una aglomeración arquitectónica mucho más acentuada, un barrio nuevo que comenzaba de golpe, separado de las calles antiguas por una avenida ancha, como un corto respiro tras el cual todo se lanzaba hacia arriba en un impulso sin brillo, pero no carente de grandeza.

Los bloques de diez pisos que se alzaban cerca de las improvisaciones de la periferia no parecían estar relacionados con ella; se diría que no tenían su mismo significado y que no pertenecían al mismo reino. Aunque albergaban, es evidente, a mucha más gente que las casitas bajas del arrabal, la presencia del hombre me pareció allí mucho menos dominante: faltaban el desorden y la desigualdad humanos. Los edificios, hasta donde alcanzaba la vista, eran idénticos: los mismos diez niveles de hormigón pintados del mismo color pastel agradable, pero con cierto aire provisional; todos con las mismas tres entradas y letreros complejos compuestos de cifras y letras cuya conexión no correspondía a ningún significado evidente; todos con los mismos balcones comunes, con los mismos marcos y candados y con los mismos lavaderos suspendidos en el undécimo piso. Parecería como si una inexorable fuerza superior hubiera clasificado a todas estas familias y hubiera establecido el orden de su colocación unas sobre otras, su lugar en el espacio y, tal vez, en el tiempo, el modo en el que debían evolucionar y moverse por entre estos inmensos puntos de referencia de cal y cemento. Probablemente

toda la gente se había ido a trabajar y los niños estaban en la escuela. Nada parecía moverse o vivir en estos panales gigantes sobre los que las calientes nubes de primavera habían descendido como si quisieran tocarlos. Yo avanzaba sin rumbo fijo entre los edificios, siguiendo la dirección de las sendas de asfalto que serpenteaban vacilantes de una entrada a otra. Había un silencio tan grande que tenía la impresión de poder oír cómo la niebla frotaba contra las paredes rugosas y cómo dejaba enganchados en las hendiduras sus largos jirones de seda sin hilar. Y en ese silencio tan poco propio de una ciudad, en esa uniformidad tan cansina e inquietante para el alma, vi de repente algo que parecía salvarlo todo, algo que, al menos teóricamente, podía constituir el argumento de una salvación.

Una de las entradas a un edificio estaba adornada con telas negras —que en la atmósfera saturada de niebla parecían más bien grises, de un gris polvoriento y siniestro—. Delante esperaba mucha gente, más de veinte o treinta personas, vestidas también de negro. Probablemente habría un muerto; un entierro. Y, de repente, ese elemento no programado del paisaje, ese acontecimiento independiente, destruía la geometría del cuadro, contradecía su uniformidad y lo humanizaba todo. Una carroza fúnebre negra y plateada, con dos caballos enjaezados, avanzaba por la calleja; era un vetusto carro de pompas fúnebres, con angelitos y pompones plateados, con paredes de vidrio grueso y columnas salomónicas en las cuatro esquinas, una auténtica carroza con sus caballos cubiertos por mantas negras con borlas y penachos imponentes, de tonos mates. Avanzaba despacio. El espacio del ataúd estaba vacío, y dos viejitos solemnes y escuchimizados iban en el pescante. Su aparición, obsoleta y tradicional, era tan asombrosa en aquel lugar, tan disonante con todo lo que la rodeaba, que en vez de entristecerme me transmitía la sensación de la victoria del hombre. En ese cuadro formado por líneas quebradas en ángulos rectos y repetidos hasta el infinito, la muerte —que no es más que un punto, un momento alimentado por el terror en las creencias y las costumbres, en poemas y filosofías— representaba un elemento inconformista, el único elemento imprevisible e imposible de controlar en un sistema de determinaciones tan perfectas. Y aquella carroza, emisario afectado y pretencioso de la muerte, con su decoración pomposa y un punto ridícula, daba vida a los cubos de hormigón, que parecían animarse: las ventanas se abrían y en ellas aparecían cabezas inocentes de abuelitas y viejecitos que se movían como en los dibujos animados mientras seguían, más con nostalgia que con miedo, más con

curiosidad infantil que con una impaciencia macabra, el paso del mensajero solemne de la inexistencia, que, arrastrado por dos caballos, chirriaba titubeante sobre sus cuatro ruedas.

¿Cómo se explica esta relación entre la primavera y la muerte? ¿Cómo se explica que el volumen de esquelas en los periódicos de gran tirada se duplique con la desaparición de las últimas nieves? ¿Cómo se explican las cinco o seis necrológicas de escritores y académicos que aparecen en las primeras páginas de las revistas culturales con el rebrote de las primeras hierbas? ¿Y los dos o tres viejos que desaparecen de las colas en la tienda de la esquina? ¿Qué relación existe entre la primavera y la muerte, si no es ese parentesco profundo que existe entre la vida y la muerte, que la naturaleza nos echa en cara en sus momentos más exaltados como una prueba espléndida de su perfección y equilibrio? Pero, sea cual sea su sentido profundo esencial, esta relación es para mí tan natural que la aparición de las gitanas vendiendo cestitas con los primeros lirios me lleva a revisar con más atención las páginas de anuncios de los periódicos.

La carroza se detuvo delante de la entrada enlutada, y por las escaleras estrechas del edificio, al son de un cántico en sordina, bajaron a trompicones un ataúd de madera amarilla, recién lacado, demasiado modesto y simple para el faetón, que pese a su decrepitud conservaba una prestancia intimidatoria y la confianza en su antiguo esplendor. Ante la total indiferencia de los demás, me uní al cortejo que se había formado y que empezaba a avanzar despacio entre los edificios, parándose de vez en cuando, en raras ocasiones, para que el cura, que estaba delante, con la casulla encima del abrigo inmenso y el gorro encasquetado hasta las orejas, pudiera recitar rápidamente una oración cuyos versos acababan en notas alargadas y temblorosas. Al paso de la comitiva fúnebre, se abría de vez en cuando una ventana, y una viejecita se santiguaba de prisa y permanecía luego con una mirada vacía e inexpresiva. He supuesto que el muerto tenía que ser un anciano, porque el cortejo estaba formado en su gran mayoría por gente mayor. En la primera fila, una pareja de jóvenes acompañaba a una mujer de pelo blanco, cubierta con un anticuado sombrero provisto de velo, mientras miraban un poco incómodos a su alrededor. Nadie lloraba, y solamente la mujer del velo dejaba oír en ocasiones un largo suspiro, que bien podía ser la señal de que se le habían agotado las lágrimas derramadas durante horas o el signo convencional de un

dolor obligatorio que se resistía a aparecer. Después de haber esperado recogidos en un silencio casi indiferente el descenso del ataúd, el resto de los asistentes, en su mayoría hombres, se puso en marcha detrás del carruaje. Hablaban en voz baja, y sólo enmudecían, respetuosos y al parecer asombrados, cuando el cura detenía el convoy durante unos minutos y recitaba una oración alargando enfáticamente las últimas sílabas. Se hablaba sobre todo acerca de uno de los yernos del difunto, que debía de haber ascendido recientemente; lo cual era cierto: la prueba era el coche con chófer que seguía al séquito. Al final de este convoy, más bien pobre, que serpenteaba de manera antinatural entre los edificios, un Dacia³ negro se arrastraba, manteniendo con dificultad una velocidad tan reducida. Pero, tal como observaban también los viejos chismosos, aquel negro no tenía nada de mortuario; por el contrario, estaba fuera de lugar y era algo opuesto a la muerte. Suponía un signo de prosperidad y no de desaparición, y su fuerza y brillo conferían una nota confusa al suceso que estaba teniendo lugar y al marco general, un matiz demasiado complejo para ser entendido a primera vista, y que, hasta su plena comprensión, parecía ambiguo y falso en aquel contexto.

Nos dirigíamos probablemente hacia un cementerio, aunque la existencia de un camposanto entre estos edificios que no tenían más de diez años, parecía bastante improbable. Quizás íbamos a dar con uno en el límite de la ciudad, en un descampado, y la idea de llegar al campo raso me estremecía con un placer que la visión de la muerte no conseguía atenuar en absoluto. Pero, para mi asombro, surgió entre los edificios, de repente, una pequeña y frágil iglesia de aldea, más bien fea y sin un estilo concreto, con el tejado cubierto de hojalata nueva, que brillaba con un orgullo enternecedor. Era, sin duda, la iglesia de algún pueblo que, alguna vez, debió de extenderse en el lugar que ahora ocupaba el barrio, y que debió de quedar engullida por la ciudad en expansión; sería tal vez lo único que quedaba de aquel antiguo asentamiento: una iglesia sin la suficiente personalidad para convertirse en un símbolo, pero demasiado evidente para no tener algún significado. Contando, incluso, con el campanario, llegaba sólo hasta la quinta planta de los edificios que la rodeaban y que parecían espantarla, aunque, evidentemente, no le hacían ningún daño. Era modesta, carente de cualquier decoración y, ¿cómo diría?, funcional, si se puede utilizar esta palabra para caracterizar una iglesia. Quiero decir que ni la construyeron ni la conservaron para manifestar el orgullo de sus feligreses o para cumplir funciones artísticas o

filosóficas, tal como sucede en el caso de tantas catedrales, monasterios o capillas célebres. Era solamente una iglesia, ni más ni menos, un lugar en el que se cumplían esos ritos —bautizos, bodas, entierros— en cuyo significado y finalidad nadie tenía ni tiempo ni ganas de pensar, pero que nadie podía dejar de practicar sin sentirse excluido de la larga fila de generaciones que los ha respetado regularmente durante siglos.

Detrás de la iglesia se encontraba el cementerio. Un cementerio simple y normal, situado con naturalidad junto a la iglesia como en cualquier otra aldea, pero que allí, en aquel bosque de hormigón, aparecía absurdo y se entremezclaba torpemente con la realidad. No era muy grande, sino más bien de dimensiones reducidas (probablemente era el cementerio del antiguo pueblo al que había pertenecido también la iglesia), y no tenía verja; sus confines se establecían bruscamente, sin miramientos, a través del cerco de los edificios, cuyos balcones y ventanas se abrían hacia él como hacia un parque habitual en el que la muerte no es más que un elemento secundario. Este asedio sin piedad a la muerte, esta falta de escrúpulos de la vida, que avanza sin complejos en el territorio del enemigo que se comporta como si hubiera sido vencido, me provocaba un acuciante sentimiento de desagrado, como me pasa siempre cuando me encuentro ante una mentira que no puedo desenmascarar, pero cuya exhibición me subleva y me hace daño. La ceremonia proseguía con su monocorde letanía de oraciones y sus cantos adormecedores alrededor de la fosa excavada en el suelo, mientras que el ataúd abierto por última vez mantenía un precario equilibrio sobre el vacío. El muerto era en verdad un viejo, realmente muy viejo, con una figura severa e inflexible como la de todos los muertos, pero con un cuerpo casi inexistente, embutido en un traje que le quedaba muy grande y en unos zapatos que sus pies no lograban rellenar. Los hombres de edad que durante todo el camino habían conversado en voz baja sacaban ahora de sus bolsillos papeles doblados para leerle al desaparecido unos elogios retóricos y llenos de florituras literarias. El muerto había tenido una gran alma y un gran carácter, había sido un gran hombre, un ejemplo para los demás y un precursor; pero todas aquellas palabras grandilocuentes pronunciadas con rotundidad se estrellaban como pompas de jabón en los perfiles severos de la pobre criatura que ya no era un ser, pero que aún significaba algo, en ese momento, ahí, en el asedio impío de los panales de hormigón. Su emblema era la derrota, la derrota total, sin condiciones, sin

esperanza y sin sentido. La severidad de su rostro agudo y ascético era tanto más superflua cuanto más evidente era que no podía imponer nada a nadie y que su desaprobación ya no impresionaba. No esperé hasta el final del entierro. Sentí una impaciencia, una convulsión agradable pero casi insufrible, y tuve la impresión de que había sido necesario llegar hasta allí, que mi intuición había acertado plenamente al seguir el cortejo, pero que el entierro no era el propósito que me había llevado hasta aquel lugar.

Primero escuché los pájaros. Probablemente llevaban ya un rato cantando, pero yo empecé a oírlos de repente en un momento concreto, como si alguien hubiera pulsado un botón que me facilitara la percepción sonora del mundo. Había decenas, cientos o, tal vez, miles de pájaros que cantaban al mismo tiempo, interrumpiéndose recíprocamente en una algarabía melódica y asombrosa. Todos esos silbidos, exclamaciones, gritos, trémolos, todos esos gemidos, suspiros y carcajadas eran, tal vez, cantos, o quizás querellas, conversaciones y declaraciones de amor o de odio, expresiones de alegría y de sensualidad no disimulada. Y por fin salió el sol y disolvió la niebla. Surgió tranquilo, como si su aparición fuera algo normal, que no se hubiera retrasado y que no se hubiera hecho esperar, aunque yo podría jurar que había pasado una eternidad desde el alba. Al calor del sol los pájaros daban rienda suelta a su vitalidad triunfadora de manera tan ruidosa y tan ostentosa, que tuve el grato presentimiento de que sólo yo podía ser el objeto de ese espectáculo. De hecho, aunque al principio no podía verlos, en un momento dado ellos mismos se presentaron delante de mí volando, saltando, dando vueltas, rozándome con las alas y los picos, girando a mi alrededor, posándose una fracción de segundo encima de alguna tumba para irrumpir de nuevo con una agitación amenazadora que parecía alcanzar toda la atmósfera. En torno a mí todo se había vuelto giratorio y avanzaba acompañándome mientras yo, con una intensidad casi sensual, albergaba de nuevo la impresión de que alguien me perseguía y de que algo iba a suceder. De hecho ya estaba sucediendo. ¿Todas esas flores y florecitas, los brotes, las hojas de hierba y las ramas habían estado allí hasta ese momento y los descubría justo entonces, como si alguien hubiera levantado el telón, o es que sólo entonces en esos últimos momentos habían irrumpido en una mágica orgía vegetal moviéndose casi como animales en una persecución desatada por la savia? ¿Y las yemas estremecidas a punto de estallar en hojas, como si todas se hubieran puesto de acuerdo en ofrecer una pequeña representación cronometrada hasta el

más mínimo detalle, capaces de robar las almas y de exaltar las mentes hasta el delirio? Existía, de todos modos, una complicidad evidente entre los pájaros y las plantas, poseídos por el mismo frenesí, por la misma impaciencia que sin duda era el prelude de otra cosa, por la misma ambición testaruda de someterme a su estado de espíritu para incluirme por completo en él. No tenía motivos para resistirme ni la capacidad de hacerlo. Olía a tierra tan intensamente que el olor se volvía casi carnal, y con cada inspiración sentía un leve mareo que rápidamente se me pasaba. Como resultado, este juego de vértigos me hizo sentir que el mundo se tambaleaba a mi alrededor, como si estuviera ebrio de una felicidad que yo ya no tenía tiempo de analizar o entender. ¿Pero qué había que entender en estos misterios eternos e incorruptos? ¿Es que mi sangre estaba creciendo al mismo tiempo que la savia? ¿O es que la savia de estas plantas era capaz de marear al igual que la sangre? ¿O, tal vez, era el sentimiento de que todo estaba preparado a propósito para mí, para mi salvación o mi perdición y, en ambos casos, el orgullo loco y casi malsano me henchía el pecho al pensar en la importancia, injustificada, que me otorgaban estas fuerzas tan secretas y poderosas? Olía a tierra, así como debió de haber olido en el momento de la creación del mundo, un olor a tierra madre, y los muertos —más recientes y más antiguos, más hermosos y más feos, más jóvenes o viejos, victoriosos o vencidos— que la alimentaban con sustancias orgánicas y con sentimientos que la renovaban siempre y la volvían unos millones de años más joven no conseguían entorpecer en absoluto esta poderosa felicidad, casi física, que esparcía olor a tierra. Me senté en la lápida de una tumba, fatigada de tantas sensaciones y demasiado emocionada con tanta vida, vencida por ese cansancio dulce y casi triste, esa fiebre desgarradora y tentadora que llaman *astenia primaveral*.

Siempre me he preguntado si el letargo que nuestros cuerpos padecen en primavera —ese vacío de voluntad y de fuerza que nos embarga con la aparición de los primeros brotes de hierba y que dura hasta que la primavera vence de manera definitiva y nos libera cuando ya no tiene miedo de nosotros— no es una especie de simulacro de la muerte, una imitación suya en una especie de ritual mágico preparado de antemano, un engaño de nuestro cuerpo que siente el parentesco entre la primavera y la muerte y que la imita para sustraerse al ojo asesino de esa fuente de vida. De todos modos, me sentía bien. Me sentía como en casa en aquel cementerio que combinaba de manera perfecta todos los estados de

la materia, y donde la vida y la muerte eran victoriosas por igual. Tal vez, aquel ser que había desaparecido a causa de mi falta de fe, aquella criatura misteriosa que me había buscado en nombre del amor y de la primavera, no había querido enseñarme otra cosa. Escuchaba a lo lejos los cánticos apenas musitados y adormecedores del sacerdote, mientras que a mi alrededor resonaba el himno sabio y exuberante de los pájaros y la brisa levantaba de la tierra mojada el olor divino de la creación perpetua, que provenía de las profundidades más escondidas del planeta. Escuchaba los cánticos ingenuos y entristecedores del entierro, pero no llegaba a penetrar el sentido de su dolor, y casi envidiaba al viejecito difunto y severo, que descendía a la tierra viva, allí donde se prepara con tanta fuerza y sabiduría la irrupción de la nueva vida. Creo que envidiaba al viejo vencido, porque, mientras yo sólo tenía la engañosa sensación de que mi sangre fluía a la tierra a través de las plantas de los pies, la suya, helada sólo durante un instante, se lanzaría por los caminos maravillosos de las transformaciones naturales y fluiría por entre las piedras, arrastrada por la lluvia y purificada por los tallos de las plantas hacia otros florecimientos más felices.

Detrás de mí oí un suspiro, o quizás sólo una respiración profunda y, luego, alguien se echó a llorar. Pero era un llanto extraño; no podía ser el de un adulto: era demasiado largo y regular, acompasado concienzudamente con la respiración, a lágrima viva, casi voluptuoso; una de esas llantinas que solamente los niños saben hacer. Volví la cabeza, pero no había nadie, aunque el llanto seguía oyéndose; es más, se oían varios lloros de distintas voces y, tal como sucede con los niños, su llanto no contenía nada de tristeza; existía pura y simplemente en sí mismo, incluso me provocaba al escucharlo una especie de buena disposición traviesa. Tal vez el llanto había existido desde antes, pero la algarabía de los pájaros me había impedido percibirlo, y sólo después, cuando se calmaron (me abandonaron de repente, como si hubieran querido llevarme allí a propósito, y luego, pasando a un segundo plano, se dispersaron sin dejar de cantar, siempre alegres), el llanto se volvió cada vez más obvio, más fascinante y, en cierto modo, inquietante. Tenía que descubrir de dónde procedía, sobre todo porque en un momento dado las voces empezaron a diversificarse y, aburridas de tanto llorar, algunas empezaron a balbucear e incluso a reírse: risas tintineantes y cargadas de alegría, infantiles, no solamente por su sonido, sino también por su ausencia de motivación. Provenían de algún lugar muy cercano, pero en las proximidades no

había nadie, lo cual, sin embargo, no me hacía pensar que estuviera en medio de un misterio insondable. Eran unos niños, estaba segura de eso, y sólo podían encontrarse escondidos muy cerca, detrás de una mata o de una lápida y, sin embargo, era asombroso que no pudiera descubrirlos, ya que, según el número de voces, parecían tener edades y comportamientos diferentes. Se dieron cuenta de que los estaba buscando porque, divertidos y con el mismo descaro infantil que puede alcanzar la impertinencia sin perder la gracia, empezaron a comentar traviosos mis tentativas fallidas de encontrarlos.

No tenía intención de darles ánimos contestándoles, y tampoco quería darme por vencida y pedirles que divulgaran su secreto. Pero ¿dónde podían estar? Me giré completamente. Me había quedado sola en todo el cementerio, majestuosamente florecido bajo el sol conquistador. ¿Dónde podían estar? Lo extraño era que no tenía la sensación de presenciar un misterio, sino de que era víctima de una broma o una farsa. Me sentía engañada y, encantada por ese juego, me obstinaba en descubrir el truco. Algo que no parecía muy fácil. Cansada, quise sentarme un momento en el borde de una lápida caída, pero justo en el segundo en que me disponía a hacerlo, una voz furiosa y cómica por su irritación lanzó un grito agudo justo cerca de mí, o incluso debajo de mí, si puedo decirlo así.

—¡Eh, ten cuidado! ¡Mira por dónde pisas, por Dios, que no eres la única en el mundo!

¿Qué demonios? ¡Dios mío! Miré hacia abajo. ¿Cómo podría contaros mi descubrimiento, cómo podría explicaros lo que vi para que me creáis? No os diré que la hierba hablaba o que las flores... Eso no habría sido nada, y os lo podríais creer sin gran esfuerzo. Y eso era, de hecho, verdad, pero no toda la verdad, era solamente una parte, una pequeña e insignificante parte de la fantástica verdad que estaba contemplando como tonta, boquiabierta, no solamente de asombro, sino también por la maravilla, por un encanto inimaginable. A mis pies, entre la hierba y las flores, incluso cerca de mis zapatos y más lejos, encima de otras tumbas, en todas las tumbas y en todo el cementerio, crecían en la hierba, sobre los tallos delgados, o bien escondidos en el cáliz acogedor o en los pétalos protectores, cabezas de niños vivos, cabezas vivas que hablaban o lloraban o sonreían, cabezas de niños recién nacidos (no, no creo que sea una expresión afortunada) y también

de niños mayores, de ojos inteligentes dispuestos a entenderlo todo, de niñas con el pelo largo y ondulado o recogido en trenzas, y cabezas de niños que movían impacientes los labios y los párpados. Lo que me asombraba, lo que era extraño y maravilloso al mismo tiempo, era su volumen desigual. Algunas eran del tamaño de un guisante, otras del de las cerezas o del de las manzanas, incluso del tamaño de los membrillos, pero todas, sin excepción, independientemente de su dimensión, eran perfectas y vivas, y creaban un juego fabuloso e incomprensible. No sabía si las cabezas del tamaño de un guisante iban a crecer y llegarían a ser tan grandes como las manzanas, o si las que parecían membrillos habían sido al principio como los guisantes. Únicamente entendía que a mi alrededor, de un extremo al otro del cementerio, crecían niños reales y vivos, aunque pequeños como símbolos graciosos y sobrenaturales, niños que me miraban curiosos y, al parecer, enfadados porque, finalmente, los había descubierto. Me miraban con mucha atención, y eran tantos que, por último, me asustaron. Como no sabía qué decirles, pero sabía que tenía que decir algo, dije:

—Me llamo Doina.

Pero, aunque mi nombre sea simple, y aunque la frase no tuviera segundas intenciones, provocó una auténtica conmoción. Una especie de estremecimiento como el de las hojas mecidas por el viento pasó de boca en boca, un murmullo quizás asombrado o solamente respetuoso...

—Se llama Doina. Se llama Doina. Ha dicho que se llama Doina.

Sorprendida por el éxito de este comienzo, me aventuré a continuar.

—¿Vosotros cómo os llamáis?

Pero esta pregunta natural fue seguida por una serie mayor de carcajadas, una risa repetida que al parecer se recreaba en sí misma, como si sus mágicos emisores disfrutasen terriblemente con esta interrogación tan chocante. Quizás tenía que precisar:

—No sé qué sois. Hasta que no os he visto ni se me había pasado por la cabeza que existieran criaturas como vosotros sobre la tierra.

No era cierto. Tras el primer asombro tuve que confesarme que no era la primera vez que los veía. Su imagen despertaba en mi mente ecos conocidos —los bajorrelieves de las catedrales góticas con ramas que finalizan en criaturas humanas, grabados medievales con recién nacidos que emergen de los cálices de las flores, miniaturas orientales con árboles de los que nacen cabezas de niños y dioses furiosos que crecen sobre los tallos de las plantas—, pero ¿cómo podía explicárselo y qué conexión podían tener esas fantasías exaltadas de los místicos soñadores con la realidad irrevocable y cubierta de rocío que se extendía a mis pies? Así que continué:

—Ni siquiera sé quiénes son vuestros padres —pero me interrumpieron.

—Es normal. Nosotros tampoco lo sabemos.

Ya no comprendía nada en absoluto —algo que no era difícil de comprobar.

—Chicos, ella no entiende —dijo una voz pequeña que no conseguía identificar, pero que parecía compadecerse de mí.

—¿Cómo que no entiende, es que ella no ha pasado por lo mismo?

—Claro que no he pasado por esto —grité fuera de mis casillas—, nací en una casa con gente, no crecí en un cementerio.

—¿Qué quiere decir que «has nacido»? —preguntó una voz asombrada y circunspecta, sin mucha simpatía.

—Mi madre me trajo al mundo... —expliqué irritada, pero con una repentina sensación de incomodidad. Y añadí para reforzar—: Igual que nacen todos los niños...

Eso fue demasiado. Mis últimas palabras provocaron tal alboroto de risas, gritos y voces que tuve la sensación de estar amenazada por la alegría ofensiva de mi alrededor y retrocedí con cuidado unos pasos.

—¡Tan grande y aún se cree el cuento de la madre! ¡A esta edad aún no sabe cómo se viene al mundo!

Después de tantas risas recuperaron su voz normal y empezaron a maravillarse sin pudor y no sin cierto desprecio. Lo raro era que yo misma, al verme confrontada con esta maravillosa visión empecé a dudar de todo lo que sabía —aunque quizás la expresión sea inexacta—, puesto que me di cuenta de que existían muchas maravillas más allá de mis conocimientos. Los antiguos lo habían intuido todo mucho mejor. En el silencio siguiente la voz amistosa de antes me explicó despacio, como si se dirigiera a mi nivel de entendimiento, como a un niño:

—Los niños nacen de la tierra, esto lo sabe cualquier crío. Sólo después de que crecen lo suficiente, cuando están a salvo de todo peligro, se desprenden de la tierra; vienen los padres y los eligen y se llevan a su casa el niño que les ha gustado, y después comienzan a contarles cuentos sobre cómo se hacen los niños y otras cosas para atarlos más y que no intenten volver. Es raro que no te hayas enterado hasta ahora; normalmente los niños no se creen desde el principio estas historias, o acaban sabiendo la verdad por el descuido de algún vecino o por alguna conversación entre los padres.

—No, no lo sabía —dije tartamudeando. Y sin acabar de creerme del todo su verdad, la mía empezó a parecerme menos interesante y más dudosa.

De este modo la muerte adquiriría un sentido verdadero; el circuito de los elementos sería algo real. No sabía qué decir y no sabía realmente si tenía que decir algo.

—Tú también podrías hacerlo —oí.

—¿Cómo? —Me asusté incluso antes de entender lo que quería decir.

—Tú también podrías recoger un niño...

—Oh...

No había pensado en esa posibilidad.

—No tendría el valor —le confesé—. No conozco los secretos de la gente mayor. No sé comportarme como ellos. Sola, no sabría qué hacer, ¿cómo podría enseñarle a un niño lo que debe hacer? Lo siento —añadí, por cortesía.

—No pasa nada —me dijo, y me pareció que lo sentía.

—¿Te parece mal? —le pregunté—. ¿No estáis mejor aquí?

—Se está muy bien —me contestó—, pero, sabes, tengo mucha curiosidad para saber cómo se vive allí.

Era una niña con una cabeza muy redonda de rizos castaños un poco enmarañados y unas mejillas llenas de pecas pálidas, apenas visibles.

Creo que esta vez me tocaba a mí reírme. Pero no lo hice. La conocía de alguna parte. Estoy convencida de que ya la había visto. ¿En alguna fotografía antigua? ¿En algún espejo? ¡Oh, recordaba su curiosidad, la conocía tan bien! E incluso me pareció que ya había oído alguna vez su historia. Le hice un gesto con la mano que me resultó difícil de traducir —de lamento, de abandono, de comprensión.

Salí del cementerio pisando con cuidado, feliz por descubrir este nuevo aspecto del mundo, por la fuerza de la tierra, el poder del aire, por las plantas y los pájaros.

Iba por aquel barrio de edificios iluminados por un sol casi en el cenit, un barrio cuyas ventanas se habían transformado en espejos exuberantes y que ahora resultaba embriagador debido a la invasión migratoria de los alumnos libres a mediodía. Todo parecía distinto a como había sido por la mañana, todo era tónico, festivo, brillante; incluso las pobres flores de los balcones se habían animado a dar algunos brotes y los bordes del asfalto habían empezado a reverdecer tímidamente. Todo florecía, todo crecía, todo estaba vivo, y en un momento determinado me pareció, pero, claro, fue solamente una impresión y, de hecho, vosotros podríais convencerme de ello, que el hormigón mismo, sorprendido por la euforia de su entorno, había empezado a germinar. El sol golpeaba en los ojos y me llenaba de lágrimas, pero seguía mirando a través de ellas, sin acabar de creer que el hormigón pudiera crecer piso a piso en una carrera alocada con las pobres plantas vencidas desde el principio. Todo era bello, todo parecía exultante y lleno de enseñanzas —los edificios nuevos, el mercado de verduras, las calles con tranvías antiguos—, pero yo sólo vivía para encontrar el campo, andaba para

hallar su libertad sin fronteras, su naturaleza sin limitaciones, su belleza sin normas. Eché a correr hacia el límite, o lo que yo me imaginaba que debían de ser los confines del barrio, sin poder atisbar el vacío que me imaginaba más allá de la gigante vegetación de cal y ladrillo que llenaba todo el horizonte. Corría hacia el campo como hacia la salvación, cada vez más desesperada a medida que estaba menos segura de que la ciudad tuviera una frontera. Corría chocando con puertas, edificios, portales, letras y cifras que no me decían nada y sólo me intimidaban con su seguridad incomprensible.

Y creo que después de cierto tiempo me habría rendido, creo que no hubiera resistido más y que no habría podido seguir respirando si no hubiera percibido el olor a hierba mucho antes de poder atisbar el final de la ciudad. Era ese olor a la hierba alta que aparece al borde de las ciudades, esa fragancia un poco amarga, como si estuviera envenenada, de la hierba salvaje y vengativa que brota justo en el lugar en el que se acaba la última placa de cemento. Reconozco ese olor entre miles de fragancias y aromas. Ese olor ha perfumado mi infancia y para mí significa la esencia misma de la libertad. Después de respirar el olor intenso y no domesticado de la hierba, seguí corriendo fortalecida como por una transfusión de energía, mientras que a mi alrededor —y no me estaba engañando— los edificios crecían enloquecidos por la primavera, crecían desamparados y enternecedores en su torpeza mineral y en su ambición imitativa, mientras los niños, maravillados por el espectáculo, gritaban con entusiasmo y bailaban con placer. La primavera había llegado igualmente para los niños, y desde ese momento, la primavera iba a significar para ellos también ese crecimiento del hormigón, esos tallos de cemento, ese florecimiento de cal y de mosaicos. Iban a estar atentos a los sobresaltos de las armaduras de hierro y se emocionarían ante el florecer del mármol, así como yo espero la aparición de los tallos frágiles de hierba y me enternecen las primeras flores del campo. Todo cambia, todo se transforma, todo fluye, no puedes verte igual dos veces en el mismo espejo, no puedes bañarte dos veces en el mismo río. Seguí corriendo y empecé a llorar. Las lágrimas descendían saladas hasta la boca abierta para respirar. Corría ahogada por el llanto, y daba gracias al cielo por haber nacido algunos decenios antes, en un tiempo en el que todavía había tragedias y bosques, sufrimientos y pastos, y porque no llegaría a ver cómo desaparecen completamente de la tierra los pájaros y los pecados, las flores y la imperfección. Tal vez exageraba. Quizás todo iba a ser mejor en el mejor de los mundos posibles

en la tierra, pero aquel día inacabado, que apenas había llegado al mediodía, me había robado hasta el último aliento mientras corría enloquecida hasta caer agotada con la cara escondida en la hierba, en el linde entre la ciudad y el campo. Permanecí así mucho tiempo, sin pensar en nada, invadida por una felicidad para la cual no tenía palabras, y sintiendo a través de las ráfagas de viento que revolvían mi cabello cómo la superficie de la tierra empezaba desde mi cuerpo y se extendía hasta el horizonte y, tal vez, mucho más allá. En realidad, este «mucho más» no cuenta; lo importante es siempre lo que puedes abarcar con la vista. No anhelaba el campo infinito, sino la llanura concreta cuya orilla me había esforzado por alcanzar, para sentir no tanto la autonomía absoluta, como la inmensidad de lo que puedes alcanzar con la vista, la libertad del pelo revuelto por el viento, y de los escarabajos que trepan heroicos por el borde de mi zapato. Estaba con la cara oculta en la hierba, oliéndola como a una criatura, recobrando el aliento perdido, frente a tantos prodigios antes de poder alegrarme realmente del todo al levantar la vista.

Y entonces os vi. Un ejército de espantapájaros a cual más ingenioso y sofisticado, esparcidos estratégicamente en la llanura delante de mí. Primero pensé que erais una de mis múltiples pesadillas, una de mis dudosas alucinaciones o una de esas maravillas poco convincentes de las que soy siempre testigo. Empecé a correr entre vosotros, a tocaros, a imploraros que desaparecierais, para que me dejarais el campo libre y la primavera virgen.

Queridos espantapájaros, puede que no estéis acostumbrados a que alguien se dirija a vosotros de forma tan directa y humana, pero, al fin y al cabo, ¿no sois vosotros también una especie de hombres? ¿No lleváis ropa, sombreros y bufandas agitados por el viento? ¿No lleváis vestidos, puros, pipas y uniformes? Es verdad que en vuestro interior, en lugar del cuerpo de carne y hueso, no ha quedado más que un trozo de madera rígida y chirriante, pero al fin y al cabo, el traje hace al hombre, y tal vez el alma se os ha quedado atrapada en el palo que os sujeta, en la ropa que ondea amenazadora en el viento. Porque tenéis que tener un alma, no tengo duda de ello, un alma mala o buena, simple o compleja, pero existente, porque de otro modo no podríais manteneros aquí bajo el viento y no tendríais por qué hacerlo. Queridos espantapájaros, por favor, decidme, ¿por qué lo hacéis? ¿A quién queréis asustar? ¿A quién queréis espantar? ¿A quién queréis meterle el

miedo en el cuerpo? A causa de vuestra ropa larga ya no se ven los horizontes, vuestros sombreros inmensos impiden que vea el cielo, los tallos de trigo empiezan a doblarse y las rojas amapolas se han marchitado desde hace mucho. ¿A quién defendéis? Os miro. Sois feos y lamentables, tristes imitaciones de hombres, ridículos simulacros del terror. Sois unos adefesios espantosos. Estáis clavados en la realidad, y la realidad quizás se asuste de vosotros. ¿Pero la irrealidad? ¿Y los sueños, las alucinaciones y las maravillas de los que soy testigo sin cesar? Me habéis quitado el campo, es verdad, pero ¿qué podéis hacer en contra de los terrenos sin límite que siempre puedo imaginar? ¿Cómo vais a poder seguir espantando a los pájaros de mi mente, cómo vais a poder marchitar el trigo que me crece en el sueño y las abejas que vuelan en mi imaginación? Os miro y creo que no os odio. Incluso si conseguís derrotarme, sólo siento compasión por vosotros, un desprecio triste. Y, sin embargo, fascinada no por el mal que hacéis sino por la imposibilidad de entenderlo, no puedo desprenderme de vuestro rostro. ¿Por qué lo hacéis? ¿Para quién lo hacéis? Me levanto para irme y me vuelvo una y otra vez —y tal vez así sucederá hasta el fin de mis días— para miraros nuevamente y suplicaros: queridos espantapájaros...

LA CIUDAD DERRETIDA (EL VERANO)

Existe gente que cuando da un paso, cuando come una manzana, hace estos gestos de verdad, los experimenta y envejece con cada uno de ellos. Para ellos un mes es un mes, una noche una noche, un segundo realmente un segundo. Para mí el tiempo fluye complaciente, como de lado, escurridizo e indiferente, sin querer dominarme e imposible de controlar. Me muevo, hablo, avanzo como en una neblina suave que redondea los contornos, lima las aristas y deja que todo se deslice en un vuelo impersonal, en el que es precisa una dolorosa concentración para aferrar algún instante y obligarlo a detenerse en mi vida. Esto sucede en raras ocasiones... En general, el tiempo se me escapa y me escabullo de él en un proceso recíproco de no adhesión. No envejezco.

Pero lo que parece una suerte no es más que un dormir prolongado, interrumpido por sueños y despertares tan parecidos entre sí y tan difíciles de distinguir, que el mismo sueño, lejos de constituir una dulce contemplación del no ser, se convierte en una intranquilidad nebulosa, acosada por el miedo a las confusiones, perseguida por el pavor a los malentendidos fatales sobre los que se podrían construir universos condenados de antemano. Los dolores, igual de agudos en ambas orillas del sueño, no demuestran nada. El tiempo no pasa. O pasa, pero evita tocarme con una especie de embarazoso y péfido servilismo.

No obstante, hay un lugar en el que puedo obligarlo a que se me someta, en el que mi atención, de regreso de su infinito errar por tantos cielos deshabitados, se concentra de repente y me anuncia que este instante me está pasando a mí, lo estoy viviendo, está presente y cada célula de mis nervios y cada fibra de mi cuerpo lo homologa y descubre en estos raros oasis que existe.

Desde la infancia —mi extraña infancia, que ardía entre los terremotos casi físicos de los descubrimientos y las tormentas de los amores precoces desgarrados por los celos salvajes, mi extraña e insaciable infancia deseosa de consumir en inclinaciones incomprensibles y vértigos insignificantes las reservas de pasión y de *presencia* de toda una vida— el mar me ha transmitido una extraordinaria acuidad

de los sentidos, un sentimiento casi alucinante de vivir la experiencia del momento. Los movimientos de las olas son capaces de hipnotizar mi mirada, de volverla una goma elástica, que se acorta y se alarga atraída hacia el mar abierto por el retroceso repetido del agua, hasta que la tensión acaba estallando en mis ojos; colores sin belleza, pérfidos, extendiéndose lascivos unos sobre otros en un deslizamiento perpetuo e inseguro; y sobre todo esos olores pútridos y complejos, las vaharadas en que la descomposición animal y vegetal se confunde en el miasma universal de la desaparición que, mucho después de haber renunciado a la vida, no decae todavía en su fascinante y asquerosa obscenidad; esos olores que sugieren de manera tan intensa una muerte excitante, esa podredumbre sensual capaz de revolucionar y mezclar el pensamiento elevado del no ser con unos escalofríos febriles que devastan las ensordecedoras cúpulas de carne de los palacios enterrados en nuestro interior...

Todos los sentidos, los ojos, los oídos, la lengua entumecida por la eterna sal, la piel oscurecida por el sol y excitada por el viento, descubrían con precisión el tiempo como una pirámide infinita de segundos sabiamente contruidos unos encima de otros. Cada uno era un fruto redondo escogido con cuidado para no derrumbar la pirámide y al que yo le absorbía toda la savia disfrutando de su color, olor, forma y sabor hasta que no quedaba más que una piel transparente y fatigada, un poco sucia y pegajosa, que tiraba al pasado para escoger luego otro segundo. El mar no me fascina por su infinitud —su majestuosidad, su fuerza y todas esas metáforas y símbolos que adornan con encajes de espuma su rostro insondable—, sino por su capacidad de transformarme en un cuerpo eminentemente vivo, atento, que atraviesa el tiempo. Tal vez esa sensación profunda de felicidad proviene de la intuición de que existe un sentido superior, una fuerza más alta cuya última e insignificante manifestación es esta destreza mágica de hacer que las puntas de mis nervios exacerbados entren en resonancia y vibren plena e intensamente. Quizás la existencia escondida de una razón ilimitada, cuyo símbolo —¿por qué no?— es esa extensión sin fronteras de las aguas, me hacía sumergirme feliz, libre del freno humillante de la vergüenza, en el mundo de mis sentidos, perturbados y orgullosos de su propia existencia.

Hacía dos días que había llegado al mar en un estado de extraña somnolencia, provocada, acaso, por un agudo cansancio del cuerpo, o tal vez por

un prolongado agotamiento del espíritu que salía en pos de infructuosas cruzadas, pero que se veía obligado a retornar siempre sobre sí mismo, ya que prefería fingir que era incapaz de entender antes que comprender de un modo definitivo y sin esperanza. Había llegado al mar, claro que me daba cuenta de ello, había visto el agua, la arena y los pájaros, había sentido el sabor del viento salado, pero lo hacía todo con una especie de premura ausente y con los ojos siempre medio cerrados y apenas dignándose a mirar, siempre deseosos de regresar al sueño, a ese sueño apagado que oscurece largas horas del día y de la noche, un sueño concertado con el golpe de las olas, que apenas percibía. Claro que se trataba del sueño propiamente dicho, de ese entierro en mantas y almohadas, en capas de plumas y algodones, esa misma muerte necesaria y provisional. Pero al mismo tiempo había también otro sueño: el de mi existencia desarrollada según leyes al parecer semicatalépticas, que cambian las proporciones del mundo y vuelven el oído indiferente al rugido del huracán pero le hacen seguir de manera obsesiva el goteo de un grifo; que ciegan la mirada ante el bullicio de alrededor y la dejan fascinada ante la rendija de una persiana por la que se cuela en la habitación un rayo de luz en cuyos minúsculos hilillos de polvo bailan lentamente unos seres brillantes. De vez en cuando, durante una fracción de segundo en la que estaba despejada, me decía a mí misma que estaba en el mar, que tenía que dar solamente unos pasos para entrar en el agua y despertarme. Pero no me apresuraba. Recaía con una desolación voluptuosa y una culpabilidad satisfecha en una soñolencia de la que podía haber nacido.

Nada era más simple. Era suficiente que me despertara un día antes de la salida del sol para asistir a la solemne ceremonia de su aparición. Lo sabía. En los trances más definitivos, en todos los desmayos, en los comas más profundos existe un hilo de conciencia que se mantiene intacto con obstinación, una especie de juicio, no del espíritu, sino de la materia, una especie de astucia del cuerpo dirigida en contra de todo el universo hostil. Mi cuerpo podía despertar y sabía hacerlo, pero permanecía en el sueño como en una madriguera, como en una cámara de protección. ¿Qué peligro sentía mi cuerpo que mi mente no sabía penetrar? ¿Qué amenaza desde más allá de la frontera de lo racional alcanzaba la extremidad de mis capilares ordenándoles que se defendieran? Día tras día mi mano, consciente del engaño al que se prestaba, paraba el despertador, que sonaba a las cinco, mientras que mis ojos entreabiertos, atentos a las mentiras que decían,

murmuraban a mi espíritu aún aletargado que el cielo parecía estar cubierto y que de todas formas la salida del sol pasaría oculta e inadvertida. Mi cuerpo entero, que, sin embargo, conocía tan bien la euforia del despertar al alba, se quedaba inmóvil con perfidia hasta que mi alma, novicia y culpable ella misma de suspicacia, recaía en sí aparentando una reconciliación. Cuando, finalmente, me levanté un día, venciendo de forma automática la débil resistencia de mi cuerpo, cansado de tanto esperar, lo hice con un sentimiento difuso de tristeza, con el inexplicable presentimiento de que era tarde, tal vez demasiado tarde.

Era una mañana envuelta en esa luz morada, esa oscuridad azul diluida por los reflejos del sol que se encontraba aún en la otra orilla. El cielo sucio podía estar cubierto de nubes o sólo de los últimos miasmas de la noche. Hacía bastante frío. No me daba cuenta de si los ligeros escalofríos que de vez en cuando me recorrían se debían al aire fresco o sólo al gélido compás de espera que flotaba por los aires y que hacía que la frágil hierba temblara aunque no hubiera ni una brizna de viento. Las casas de varios pisos y sus toldos, con las terrazas cubiertas, y sus sombrillas, cerradas y adormecidas, desentonaban en aquella atmósfera sobrenatural —o demasiado terrenal para ellas y para su capacidad de entendimiento—, en aquella luz que presentaba un matiz cadavérico perteneciente más al sueño que a la vida. El mar estaba casi inmóvil, tan quieto que sus olas ligeramente agitadas al alcanzar la orilla parecían animadas por una fuerza ajena y milagrosa. Sobre la superficie plomiza y calma pasaba de vez en cuando, cada vez más a menudo, una saeta apenas perceptible, brillante, rojiza, tal vez un pensamiento, o sólo una impresión como una inquietud. El alba estaba cerca. Empecé de repente a correr por la orilla del agua hacia el norte, donde sabía que terminaban las casas y las tiendas de campaña, donde sabía que solamente estaba el campo abierto lleno de basuras y, un poco más abajo, la playa llena de los residuos del mar, algas y conchas, piedras lisas y agudas, medusas encalladas y trozos de madera podrida escupidos por naufragios olvidados. Eché a correr cada vez más rápido, con miedo de que la salida del sol me encontrara en esta playa arada y aplanada con cuidado, enriquecida de tanta arena ajena transportada con mucho esfuerzo en camiones. Corría como si tuviera miedo de que el sol me considerara la representante de aquellas ventanas cerradas y de aquellas paredes aislantes.

Había probablemente tres kilómetros de costa no habitada que, junto a la

basura de los hoteles que se alzaban antes y después de ella, conservaba algo del carácter salvaje y de la libertad propios de una orilla eterna. Era curioso lo libre que te podías sentir en aquel paisaje desolador, entre cajas de conservas vacías, algas secas y almejas que olían a ácido dentro de las conchas. Aquel caos no te obligaba a nada, ni siquiera a admirarlo, y te dejaba una indiferencia tierna, un abandono afable. Al aparecer, el sol descubría y restaba misterio a este panorama de alegre descomposición, revelándomelo en toda su fealdad benévola que me tranquilizaba y me proporcionaba un extraño sentimiento de seguridad. Con una velocidad sorprendente, en comparación con la extremadamente lenta degradación de la oscuridad que se había producido hasta entonces, y traicionado por el horizonte, que ya no estaba dispuesto a ocultarlo, el sol, presa de una impaciencia nerviosa, empezaba a ascender con una prisa visible, recuperando territorios que no parecían haberlo tentado hasta entonces. Primero salió un rojizo casquete sin brillo de sombras moradas; luego, un hemisferio rojo intenso que pretendía iluminar pero que conseguía sólo atormentarse, como una mirada demasiado potente para poder seguir mirando. Enseguida se transformó en un globo completo de forma suave e incierta, parecido a una piel hinchada por un líquido incapaz de extender uniformemente la membrana que lo contiene. Durante unos minutos hubo una lucha muda en la que el horizonte se obstinaba en mantener un pequeño punto de conexión con aquella esfera decidida a ascender hacia lo alto. En esa confrontación de fuerzas contrarias el horizonte se esforzaba arqueándose para retenerla en un último intento, mientras que la membrana redonda se alargaba a punto de romperse de tanta tensión. Cuando se desprendió, la fuerza de la inercia de su empeño fue tan grande que, liberada de la sujeción, la esfera empezó a dar vueltas de forma precipitada en el cielo, elevándose cada vez más segura en una trayectoria que antes sólo parecía intuir. Pero una nueva lucha, de otro tipo, más fragmentaria y más sutil, acababa de empezar. En el horizonte comenzaban a vislumbrarse cortinas delgadas de nubes, hasta hacía poco fundidas con el color ceniza general, que cruzaban con una especie de timidez impertinente el rostro de un sol que aún no estaba preparado para los insultos. No había ninguna duda de que era el sol, aunque su rostro pálido, más bien mezquino, se reflejaba en mí como un descubrimiento humillante, como una frustración. Sin protegerse y sin intentar defenderse siquiera, pasaba de una nube a otra, salía paciente por detrás de una cortina y se dejaba engullir rápidamente por otra como si jugara al escondite, un juego rojo y gris, sin nada enaltecedor y sin ninguna emoción

especial. Y, sin embargo, casi sin ninguna conexión con aquel embarazoso escarceo, el día aumentaba implacable y triunfante disimulando su origen y venciendo misteriosamente. En realidad, por entre almohadas de barro progresivamente más transparentes, la mejilla del sol emergía cada vez más y más resplandeciente, majestuosa, con arrugas finas dibujadas por nubes extravagantes, luego límpida, fuerte, cada vez más difícil de frenar y de soportar. Al principio, el ojo podía abarcar el sol sin dificultad, era sólo una bola coloreada en rojo cardenal, pero después, poco a poco, los colores se encendieron, se intensificaron hasta perder sus matices y convertirse en la luz universal. Hasta ese momento, en las pausas entre las desapariciones, el mar se dejaba inundar de repente por un rosa intenso que se apagaba inesperadamente y daba paso a un gris a su vez intensificado por la comparación. Todo se había vuelto líquido y se desarrollaba en un mismo estado sujeto a flujos incomprensibles que producían la atormentadora impresión de seguir unas leyes insondables. Una especie de rivalidad de los flujos de distintos colores parecía desenvolverse rítmicamente en la superficie también fluida del mar. La luz palpitaba como esos manantiales intermitentes cuyo caudal se interrumpe de manera rítmica y fluía semejante a un agua de color púrpura que fuera absorbida o expulsada alternativamente por un orificio gigante, invisible y silencioso de acuerdo a unas órdenes inaudibles. Después de cruzar este umbral, el sol ascendía bastante alto para poder reflejarse entero y nítido en el mar, que lo recogía y recibía enriqueciéndolo y aumentando su resplandor con sus aceites mágicos y curativos. En el aire el sol parecía borroso y enfermo, incoloro y lívido en comparación con su imagen en el agua. El ojo se resistía compasivo a uno, pero resultaba atravesado, vencido y fuera de combate por el otro. Sin embargo, existía en la extraña presencia de los dos soles algo malsano, algo que no podía durar. En su injusta desigualdad había algo peligroso, confuso y premonitorio. Sus destinos eran opuestos y su concordancia ilusoria. La verdad de uno negaba violentamente la del otro. No había un día con dos soles sino un momento de rivalidad salvaje en el que uno de ellos acabaría eliminado violentamente.

Y nunca iba a saber si el verdadero era el que había seguido con vida. Pero el resultado de su implacable competición no dependía de ellos. Cada uno evolucionaba según sus propias leyes. Cada uno seguía su propio destino. Mientras que el sol del cielo ascendía sereno, siempre más resplandeciente, aunque con mucho menos color, siempre más objetivo y triunfante sobre el mundo, el sol

del agua se descomponía lenta y maravillosamente en miles de matices líquidos distintos, temblorosos, cambiantes, subjetivos, uniéndose y separándose, mezclándose, intentando desprenderse y pereciendo porque no querían desaparecer los unos en los otros, muriendo separados y orgullosos, hermosos. El sol en el agua se apagaba poco a poco, tan bello y doloroso que al mirarlo los ojos se llenaban de una gran lágrima coloreada, llegada a este mundo para llorarle y reflejar sus colores. A través de ella veía cómo el mar altruista e incansable intentaba llevar a la orilla las últimas olas de sangre en un gesto piadoso y dolorido, y cómo borraba las huellas de la muerte en alta mar y dispersaba las pruebas del crimen. Yo estaba de parte del sol muerto.

El de arriba me resultaba indiferente. No entendía su seguridad. No entendía su deseo de iluminar todo con crueldad, la manera en la que arrancaba sin compasión las sombras dulces y misteriosas, dejando las cosas desnudas y sin protección, ridículas y peladas en una luz atroz. Mi heroico sol acuático había muerto porque se había negado a mezclar sus colores para que naciera este blanco impersonal e imperdonable, esta luz sin identidad ni sentimientos. ¿Cuánto tiempo duró la agonía y la ascensión, el simulacro de lucha en el que el sol venció todo lo que había en él de bello, enternecedor y vulnerable? ¿Una hora? ¿Una estación? ¿O tal vez menos? De todos modos, suficiente para que el mundo cambiara del todo en ese intervalo. Cuando me desperté de mi contemplación, la playa me pareció de repente ajena y hostil a mi alrededor, humillada porque yo veía toda su futilidad, su pobre estado salvaje construido de basura y desperdicios, sus tristes secretos que, desvelados, resultaban repugnantes. El calor cada vez más intenso fermentaba sin piedad la carne encendida de las conchas, las secreciones de las caracolas, que perdían su consistencia, y la sustancia fangosa de las algas ennegrecida por la maceración. Un hedor culpable y rencoroso se elevaba bajo el sol triunfante, que parecía orquestrar con sadismo esta podredumbre a la vez que sacaba destellos de las charcas formadas por la gelatina de las medusas y la arena manchada por las escamas de los peces muertos. Este hedor victorioso con aires de triunfador parecía elevarse al principio de aquella orilla de deplorable y ambigua selvaticueza. Nada más alejarme del supuesto epicentro de la pestilencia entendí que, al igual que el calor cada vez más insoportable, el olor llegaba también desde arriba, y que el sol metálico, al lanzar sobre el mundo olas transparentes de lava, anunciaba su flujo asesino apoderándose de forma repugnante de todo el ambiente e infestando el

aire. No debí despertarme, no debí desear esta exacerbación de los sentidos sublevados en mi contra. Me apresuraba a regresar a mí, a mi existencia soñolienta, pero avanzaba con dificultad, despegando con dificultad las suelas de la arena que se había vuelto adherente, viscosa, absorbente. Tuvo que transcurrir un tiempo relativamente largo, fue necesario que empezara a sentir que jadeaba y que mis fuerzas me abandonaban, para darme cuenta de que todo era al fin y al cabo extraño y anormal. Era evidente que el bochorno me agotaba y con cada nuevo movimiento me cubría con una membrana caliente y sudorosa, pero yo no era la única, la arena pegajosa cubierta de moho parecía sudar también allí donde el mar ya no podía alcanzarla. Mirando atrás, a través del aire vidrioso por el calor, vi la playa que había abandonado: era una extraña mescolanza de algas, medusas, conchas y basuras derretidas en una pasta única de color extraño, que brillaba levemente movida de manera casi imperceptible por un pulso secreto como una respiración. No entendía lo que había pasado ni lo que estaba sucediendo. Intentaba darme prisa y avanzaba lo más rápidamente que podía arrancando cada uno de mis pasos de esa mordedura blanda de la tierra parecida a una ventosa ardiente. Las suelas se me adherían a aquella desconocida sustancia pegajosa que parecía esconder la superficie de la tierra bajo una capa cada vez más espesa. Cuando me acerqué a las casas noté su superficie húmeda, llena de colores que titilaban al sol. Las hojas de los árboles parecían también untuosas, brillantes y pegadizas. El paisaje entero tenía un resplandor inmediato, peligroso y resbaladizo. La hierba parecía estar recién regada y era fina, anormalmente fina, una masa verde en la que ya no se distinguían las hojas y en la que, al pisar, dejé unas huellas nítidas que se deshicieron suavemente como en una masa. Cuando subí a mi habitación sentí que los pies se hundían despacio, casi imperceptible y deliciosamente en el cemento, y dejaban huellas verdes, restos de esa masa verde de hierba. Todo era demasiado nuevo e insospechado como para siquiera asustarme. Entré en mi cuarto feliz de regresar y de encontrarlo intacto, y deposité encima de la cama a ese ser liberado de mí misma, capaz de sumergirse en el sueño.

Pero sólo era una impresión. Me faltaba la indiferencia dulce y transparente, estaba demasiado llena de paisajes y sensaciones, ideas y presentimientos. En las suelas se estaba secando aquella masa adherente e inexplicable, llegada de quién sabe dónde, que me impedía olvidar el tiempo que había vivido. No estaba

preparada para el sueño; en vano me había imaginado que el camino hacia él quedaba siempre libre, que, con independencia de lo que hiciera, formaba parte de aquéllos que tienen el talento de dormir. Lo había abandonado al alba por la vida y no podía volver como si nada hubiera ocurrido. Me había atrevido a ir en su contra, a lamentarme del más milagroso de los regalos y a desear mi degradación y el envejecimiento a cambio de una *presencia* efímera y desconocida. Y ahora estaba presente. Los momentos pasaban a través de mí, sentía cómo se me depositaban en las células, en la piel, en el pelo. El sueño era un terreno alejado como un paraíso no entendido, casi olvidado. Me había desterrado yo misma, yo sola había abandonado el único refugio que me protegía del universo incomprensible y tentador. Sentía cómo el sol penetraba amenazante a través del ardiente tejado. Conocía otro territorio en el que podía desaparecer y volver a aparecer siempre que quisiera. El aire de mi habitación se volvió denso, casi visible y caliente, y emitía un ruido cortante al menor gesto y al más mínimo movimiento. Quise coger un libro de la estantería y mi mano se levantó con dificultad, como si se moviera en el agua, haciendo frente a una resistencia invisible pero evidente, una cierta adversidad nueva y obstinada de los elementos. El libro se negaba a desprenderse de los demás, y al intentar arrancarlo la mano se me quedó petrificada a medio camino; pegado a mis dedos, el libro tampoco se desprendió del estante y se extendió como una pasta elástica, alargándose como un chicle blando e informe de una materia viscosa. Tiraba fascinada de aquel trozo de plastilina caliente que perdía el color al estirarse. Tiraba de él sin cesar, con la curiosidad de un animal excitado y veía cómo las letras de la cubierta se expandían y ensanchaban, volvían a adelgazar hasta que sólo quedaba un rastro de ellas que se desvaneció también al final. Cuando me di cuenta de que las letras desaparecían definitivamente antes de que pudiera leerlas, se apoderó de mí el terror. Despavorida, empecé a devanar en un ovillo absurdo aquellos hilos blandos que había desplegado por la habitación y que unos minutos antes habían representado el pensamiento de alguien. Intentaba poner en su sitio aquella pelota deforme con la esperanza absurda de que al volver a su lugar inicial pudiera recobrar también la forma que había perdido de manera tan inexplicable. Pero, al empujar aquel trozo de materia entre los libros, los demás volúmenes, aún afianzados en sus dimensiones y ángulos, se dejaron comprimir de manera sobrenatural, empezaron a adelgazar y a crecer para dejar sitio a aquella bola que parecían reconocer. Este gesto de extraña solidaridad fue sólo el funesto comienzo de un fenómeno absurdo. El movimiento iniciado por la presión de mi

mano comenzaba a transmitirse de libro en libro, de estante en estante, como cuando una piedra arrojada al agua origina círculos que se propagan siempre más lejos. Así como aquellos círculos casi inmateriales, que representaban el mismo movimiento de la materia, se desvanecían al llegar a la orilla para crear otros círculos de sentido contrario, que aparentaban tener otra causa y otro centro que aquel golpe inicial del agua, de igual manera, una vez que las ondas chocaban contra la pared, creaban otros epicentros de los que nacían nuevos círculos que parecían propagarse de un modo cada vez más absurdo a través de la materia más y más incomprensible de los libros. Toda la biblioteca se había vuelto una masa pastosa sujeta a las leyes propias de los fluidos, y este paso brusco y amenazador de un estado a otro parecía suceder más bien en el sueño que en la vida que había elegido con tanta superficialidad y atrevimiento. Era espantoso precisamente porque era inexplicable. ¿Podría tratarse de una rebelión de la materia o del resultado normal de unas leyes que no conocía y que ni siquiera podía sospechar? Me asemejaba a aquel ridículo héroe de los cuentos de hadas, que abandona el reino de la eterna juventud y de la vida sin muerte, para volver a un mundo que había cambiado durante su ausencia y que ya no recordaba. ¿Qué era lo que yo ya no recordaba? ¿Había algo en mi memoria que pudiera descubrirse con un poco de suerte y que sirviera para resolver el desagradable enigma a mi alrededor? Sabía dónde podía buscar el bien y el mal y nunca me planteé qué sucedería si ya no los encontraba en su lugar. Por esto, tal vez, no los había buscado. Pero ahora los necesitaba. No podían desaparecer, no se podían mezclar antes de que supiera lo que estaba a punto de perder. No era posible que todos estos libros —sabía que era suficiente abrirlos para entenderlo todo— desaparecieran de repente antes de transmitirme lo que tenían que comunicarme...

La biblioteca empezó a fluir despacio sobre la alfombra, o mejor dicho *en* la alfombra. Al igual que una superficie serena de agua recibe en sí un afluente tranquilo, la alfombra recibía la lava líquida de la biblioteca y la hacía perderse suave y difusa en su propia pasta, que, casi sin dejar entrever ningún movimiento, subía despacio de nivel. Las olas de la cama crecían también lenta pero ininterrumpidamente, abrazándome como un felino, como un líquido un poco aceitoso, pero no pegajoso, que aún no estaba convencido de cubrirme. Una cierta timidez o circunspección lo hacía engurruñarse un poco en la proximidad de mi cuerpo y no sabía si sobrepasarme, de modo que la superficie gruesa y clara del

fluido se encabritaba y hacía burbujas para intentar evitarme. No convenía ponerlo demasiado a prueba. Mi desconcierto y desesperación eran tan poderosos que el miedo no conseguía atenazarme. Una curiosidad malévola, dirigida primero contra mí, me causaba una impaciencia enfermiza por saber lo que iba a suceder y por llegar a entender este mundo por lo menos en su modo de desaparecer.

Pero el mundo no desaparecía. Sólo cambiaba. Las calles aún no habían empezado a hacerlo. Estaban solamente un poco húmedas, como si hubiera llovido recientemente. A causa de la canícula el asfalto se había ablandado. Como cada año. Nadie parecía alarmarse por eso. Esperaba las consecuencias con una excitación dolorida. En menos de media hora las aceras se habían derretido tanto que los zapatos se hundían en el suelo y a veces se quedaban pegados. Era imposible pasar por alto el esfuerzo necesario para avanzar. Y, sin embargo, la gente seguía andando, atormentándose con la naturalidad con la que antes iba de paseo. Nada les parecía más normal. Las paredes de las casas empezaban a doblarse levemente, se combaban imperceptiblemente e inclinaban amenazantes sus aleros. Las columnas se curvaban y se dejaban caer, abatidas, hacia el suelo como sogas enmarañadas. En el intervalo de una hora el paisaje se había transformado y ningún ojo podía pretender no haber advertido el cambio. Claro que todos lo veían todo. Tal vez, incluso lo entendían. ¿Es que se encontraban demasiado agotados para asustarse, o bien lo que estaba sucediendo entraba dentro de sus cálculos y conocían de antemano el resultado? De todos modos, parecían poseídos por un frenesí extraño, inadecuado. Chapoteaban casi alegres e intentaban avanzar sin lograrlo, pero eso no los inquietaba. De vez en cuando se caían y se levantaban pegajosos, sucios, irreconocibles, pero con una especie de desconcertante orgullo por participar en aquel acontecimiento curioso. Era evidente que sabían acerca de él mucho más que yo. Finalmente, una cornisa demasiado inclinada sobre la acera se desprendió como una gran gota, una inmensa lágrima gruesa, opaca (¡veía cómo lloraba la materia!) y en su tremenda caída atrapó a dos personas cuyos cuerpos quedaron inmóviles y rígidos unos minutos antes de que la pasta gruesa del asfalto los cubriera del todo. Su desaparición se perdió en un alboroto irresponsable del gran coro de gritos emocionados que seguían, con el corazón en un puño, el momento palpitante de la caída de un edificio imponente con muchos pisos, que debió de ser la sede de la compañía de teléfonos. Se habían congregado a cientos y a miles, dejando

solamente el espacio necesario para mirar, sin pensar que podían acabar aplastados bajo la presión de las riadas de gente y esperaban con las pupilas dilatadas el desarrollo del espectáculo. El coloso de piedra y mármol perdía sus ángulos y cantos, suavizaba y redondeaba su forma en un fluir casi imperceptible. Las ventanas empezaron a perder la simetría, se inclinaban hacia uno y otro lado, arrastradas por la corriente escondida, rompiendo su alineamiento, juntándose y chocando unas con otras. A través de una ventana se veía un piso entero, ondulado como el interior de una armónica e inclinado hacia un lado, en el interior de un edificio que guardaba aún su línea vertical, aunque se volvía menos alto y más ancho minuto a minuto. No se produjo un derrumbe espectacular y brusco. Todo sucedió lenta y paulatinamente, como si de común acuerdo el enorme edificio se dejara caer, cada vez más ancho y más redondo. Se aplastó de buen grado y quedó como un cerro, como una loma sobre un enterramiento antiguo, blando como una joroba que iba absorbiéndose poco a poco, hasta que con una última respiración, como un suspiro, acabó engullida por el magma general. Un estruendo enloquecedor acompañó este espectáculo inimaginable, un estrépito de gritos y carcajadas, de notas agudas y, más que palabras, de sílabas sueltas. Guturales, modulados con dificultad por gargantas inmovilizadas, los sonidos parecían pegados entre sí y era cada vez más difícil diferenciarlos. Sentía que estaba pasando algo incluso más extraño y espantoso que el desmoronamiento de las paredes y la licuación de la calle. Aquellos sonidos, que no conseguía distinguir entre sí, no se deformaban por el estruendo, no se volvían incomprensibles por su superposición, sino que nacían así, absurdos e incomprensibles. Eran señales de una alegría desarticulada, signos de una descomposición. Casi sin esperanza concentraba toda mi atención para poder entender y discernir algo, pero cuando conseguía identificar dos sílabas, la tercera caía como una piedra y destruía el pobre significado que había inferido con desesperada benevolencia. Escuchaba y congregaba toda mi lucidez y voluntad para convencerme de que no era posible. Por supuesto que hacía calor, hacía un calor terrible, pero no podía ser que el lenguaje y el cerebro de esta gente se derritieran como las piedras, era imposible que se desarticularan las frases, que los pensamientos se alargaran y pendieran blandos; era incomprensible que ya no hubiera nadie a quien poder gritarle una advertencia que hasta hacía unos instantes yo ni pensaba que fuera a tocarme a mí transmitir. Una alegría demente orquestaba los gritos desatados de los transeúntes, que se precipitaban por todas partes y entre carcajadas señalaban con los brazos

extendidos los desastres, mientras buscaban sin cesar nuevas representaciones jamás vistas. No existía un espectáculo más total que el ofrecido por esta masa de criaturas que parecía inmune al dolor, al terror, incluso a la muerte, tan inconsciente que transformaba la desorientación en júbilo. Y, sin embargo, muchos de ellos morían, si es que no descubrían otra modalidad de existencia allí abajo, cubiertos por las olas informes de la materia. Desaparecían pura y llanamente sin rastro y, sin angustiarse, reían, y sus bocas abiertas se llenaban con el magma que penetraba por todas partes; se abrazaban, se juntaban, dejándose caer libremente con los espasmos del placer y de la histeria en aquel fluido cementerio colectivo. Por encima de ellos, durante un segundo, el fango formaba remolinos y círculos. Luego se calmaba definitivamente. ¿Qué monstruos nacerían en el otro mundo a partir de aquellas copulaciones sensibleras y repugnantes? ¿Qué tipo de criaturas adaptadas a aquel fango sin nombre, a aquella masa apocalíptica, aparecerían para poblarlo, como larvas capaces de esperar millones de años para producir una nueva fauna? ¿O una nueva especie humana?... Los últimos supervivientes se disolvían como fantasmas dispersados por la brisa de la mañana. Su pelo comenzó a fluir, las manos se alargaban hasta el infinito, la carne se desprendía de unos huesos que resistían un minuto más de pie, para disolverse luego también en el océano pegajoso. Era realmente un espectáculo que concentraba toda mi atención y anulaba todos mis sentidos, como si me tuviera suspendida de un hilo que podía romperse en cualquier momento. Probablemente la ciudad estaba construida sobre una pendiente, porque la materia derretida empezó a deslizarse como un gran río que avanzaba lentamente hacia no se sabe qué abismos, entre riberas no muy altas, y las antiguas casas, erosionadas y blandas, estaban dispuestas a ceder tácitamente. Así, avanzando casi a nado en este paisaje camino de la licuación, descubría el extraño emplazamiento de la ciudad, con calles que parecían cintas atadas a la cima de la colina de la catedral, y que ondeaban desde lo alto, hacia los barrios, con una libertad simétrica. La catedral todavía resistía sorprendentemente, aunque es cierto que con las cruces derretidas y las torres retorcidas de manera burlesca; de alguna manera, aún seguía siendo la portadora de unas formas extrañas y ridículas, aunque milagrosamente presentes en aquel desierto informe y casi sereno. Pero, evidentemente, no iba a durar mucho.

El cielo mismo empezó a deshacerse, licuado en azul, en trazos gruesos de color derramados sobre el paisaje. Como si respondiera a una señal bajo aquella

lluvia torrencial, la catedral, aún firme, empezó a sumergirse lentamente sin perder su relieve, descendiendo por una trampilla misteriosa activada, al parecer, por el peso del color azul que había revestido las cúpulas como una coraza extraordinaria. Tras este último y voluntario abandono, nada interrumpía la llanura infinita y pegajosa cuyo único habitante era yo. Creo que entonces empecé a llorar. No era un sufrimiento propiamente dicho lo que se oía en mis suspiros, cada vez menos controlados, y en las lágrimas que ya no me pertenecían. Era una liberación de los nervios crispados por el deseo de hacer algo, salvar algo, una relajación ilimitada, ahora cuando ya no había nada que salvar. Sentía una tristeza infinita por toda aquella belleza fantástica y sin significado.

El cielo se había acabado. Se había disuelto en la tierra. O, tal vez, solamente el color que lo escondía. En su lugar, por encima de mi cabeza, se veía un vacío inmenso, incoloro e ilimitado, un vacío que mi mente no era capaz de imaginar y en cuyo plasma vidrioso e interminable el sol flotaba como una yema de fuego. Se acercaba el ocaso. El final de un día que cambió el rostro del universo y que concluía tranquilo, con la serenidad del deber cumplido. Sobre la superficie de la materia, que corría exhausta, el sol apaciguado se reflejaba con sabiduría y era visible. Los colores que el día había fundido, aniquilado y mezclado a fin de obtener su terrible blancura, los hacían renacer las sombras; los separaban entre sí y los hacían existir de nuevo. La inmensa estepa fluida los dejaba jugar, correr, esconderse y revelarse sobre su piel perturbada solamente por la respiración de la tierra. Toda esta destilación de tonalidades alrededor del rostro del sol reflejado en la materia, alrededor de ese sol que se preparaba para morir desdoblándose con suavidad, me abrumaba con su belleza única y percedera. Lloraba y nadaba desesperada en aquella masa pegajosa y resplandeciente de colores, sin saber si podría llegar a alguna parte, si aún existía un lugar adonde pudiera ir. Pero comprendí finalmente que la materia derretida no me manchaba, y que los colores no se atrevían a alcanzarme, que ni me había vuelto loca ni había desaparecido precisamente a causa de la voluntad de la fuerza maléfica que había dirigido este episodio apocalíptico para el cual me habían elegido y predestinado como testigo. Yo existía para poder ver, existía para dar significado a este espectáculo. Era el espectador mantenido con vida para ensalzar las maravillas, el espectador que aplaude por el simple motivo de que se le ha mantenido vivo. Pero yo no quería aplaudir. No quería ser el testigo asombrado de aquellos cataclismos maravillosos

y repugnantes. Esa misma belleza infinita que había provocado que se me saltaran unas ridículas lágrimas de admiración, hacía que me retorciera de dolor y de rabia impotente. Mi única oportunidad consistía en volver la espalda a aquel espléndido espectáculo de belleza devastadora, no reconocerlo, alejarme, olvidarlo, romper con todos los sentimientos que me ataban a él, no admirarlo, no odiarlo, no dejarme fascinar, no aceptar la vida ofrecida con tanta crueldad, nadar en contra de esta fuerza incomprensible, en contra de mi cuerpo vivo que no podía escucharme, nadar, nadar. Nadaba con todas mis fuerzas sin saber adónde, en un último y definitivo gesto de rechazo. Nadaba con las últimas briznas de energía mientras se me cerraban los ojos —por los párpados aún penetraba una dulce tonalidad roja— y mi cuerpo sentía cómo se dejaba caer sin fuerza hacia las profundidades desconocidas de la materia.

Recobré el sentido en la misma playa. No había olvidado nada. Estaba oscureciendo. Las algas parecían negras y la basura revuelta tenía unos perfiles cargados de significado, misteriosos. El mar respiraba despacio, con cierto aire de culpabilidad, como si no quisiera llamar la atención, al tiempo que guardaba un secreto en su movimiento demasiado regular y previsible. El aire se teñía de colores y se condensaba en un azul intenso. Me encontraba boca arriba con los brazos abiertos y los músculos traspasados por un dolor ardiente que se extendía por las extremidades y parecía filtrarse en la tierra por la punta inerte de los dedos y la piel agrietada de los talones. Mi cabello, enredado en los trozos de conchas, lleno de arena y de caracolas minúsculas, se inflaba de vez en cuando con una ráfaga de viento como un mástil enredado en cuerdas deshilachadas, capaz aún de alzarse pero no de elevar el peso vivo que le acompaña. Ingrávida, mi cabeza, casi separada del cuerpo, reposaba con ternura sobre una caja cuadrada, medio inclinada y etiquetada con un rótulo indescifrable. Alguna ola más grande llegaba hasta mí, me lamía con peligroso respeto la mano y mojaba la punta de mis cabellos esparcidos depositándolos sobre una arena fina, casi invisible. Alguna que otra ola tocaba mi mejilla derritiendo la sal de las lágrimas, para filtrarse luego en la tierra con una complicidad sospechosa. Las estrellas empezaban a vislumbrarse escasas, frágiles y aún pálidas, como dispuestas a tirar la toalla y a retirarse. Estaba boca arriba con la cara vuelta hacia ellas mirando al vacío inmenso en el que goteaban su tímido refulgir. Sentía cómo la tierra, suspendida sobre el abismo, con sus mares y océanos agitados en sus cauces, giraba despacio, atemorizada y

vigilante. Estaba recién prendida de una playa colocada sobre un infinito que me atraía, y en cuyo abismo podía hundirme en cualquier instante para caer sin esperanza entre estas estrellas desconocidas. No tenía miedo, sabía que era una caída parecida a un vuelo, pero, sin querer, fascinada y a punto de emprender el camino hacia lo alto, mis dedos se clavaban con desesperación en la arena, las algas, la basura, el agua. Mis células, compuestas por los mismos elementos químicos que las moléculas de estos residuos, de estas piedras y plantas, se sentían solidarias con ellos y se negaban a seguirme... Mis células, enfermas de tanto cansancio y esfuerzo, estaban sumidas en el desánimo que en tiempos constituyó un estado del alma, y que ahora era como un plasma orgánico, una especie de humor de mi organismo lleno por entero de asco y rebeldía, pero demasiado agotado para poder expresarlas y liberarlas de los tejidos escondidos en que fermentaban. Yo no había olvidado nada. Mi asombro se decantaba, como unos posos siempre más espesos, con cada hora de aquella realidad inexplicable que se me deslizaba encima.

Cuando me levanté, la oscuridad se había vuelto compacta y el mar ya no se veía. Se oía solamente su flujo sensual, su respiración apasionada, casi excitante y algo espantosa. A pocos metros de la orilla irrumpía en la oscuridad una mancha blanca alargada, como una especie de isla de humo que se mecía levemente. ¿Qué nuevas y aberrantes sorpresas me esperaban? ¿Qué maravillas no deseadas se urdían en mi contra? Difícilmente conseguía distinguir algo, incluso al llegar muy cerca de este ser misterioso. Porque era un ser, un cuerpo alargado y ligeramente brillante que debía de deslumbrar durante el día, puesto que era capaz de mantener aquel resplandor opalescente y alucinante en las tinieblas que lo rodeaban. Era, claro está, una criatura, *una presencia*, aun cuando no sabía a qué reino pertenecía, algo sufriente y desesperado que, lejos de inspirarme miedo, me atraía; y que percibía con una afinidad extraña. De súbito, sentí que del conocimiento de aquel ser dependía un gran descubrimiento para mí, que, de pronto, yo dependía de esa forma aún insondable, de ese destino aún desconocido. Entonces salió, de repente, la luna con movimientos apresurados, como si se hubiera retrasado, iluminándolo y abarcándolo todo bruscamente en una única mirada de su gran ojo abierto sobre el mundo. Era una cría de delfín muerta, y yacía con una delicadeza infinita sobre la playa, con la piel blanca como el humo y la carne de color rosa y gris abierta ligeramente para enseñar los órganos colocados

cuidadosamente, como en un molde. Tenía un corte limpio a lo largo del cuerpo y probablemente había muerto hacía poco, puesto que las células mantenían aún la apariencia purificadora del dolor. Casi inefable, sin olor, mecida imperceptiblemente por el mar que la alcanzaba rítmicamente todavía no decidido a llevársela. Estaba a su lado y la miraba víctima de una postración serena e iluminadora. Era bella, más bella de lo que la vida puede ser jamás, e irradiaba suavemente esa mezcla ambigua de fascinación y repugnancia que la muerte produce. Se encontraba en la playa desierta, en la frontera entre la tierra y el agua; se mecía indecisa entre dos mundos que ahora sentía como extraños: estaba en la muerte, bella, con la espalda blanca vuelta hacia las olas que la habían expulsado, ofreciendo a la tierra desconocida la ofrenda suprema de sus entrañas hechas pedazos.

¿Qué cataclismos marinos determinaron a esa criatura del mar a preferirlos antes que los misterios terribles de la tierra? No lo sabría nunca, así como tampoco sabría si el mar en el que iba a suplantarla, o si la tierra en cuyas profundidades ella me iba a suplantar, serían igual de implacables con los extraños huéspedes que nosotros íbamos a ser. La luna había ascendido y marcaba con benevolencia una senda brillante, desde donde yo me encontraba, hasta ella: comprendía finalmente. El momento estaba cargado de una solemnidad límpida, casi musical. El cambio de rehenes fue simple, sin palabras, sin lágrimas. En lugar del delfín, expulsado por quién sabe qué rebelión misteriosa, el mar estaba dispuesto a recibirme a mí. No me oponía. Pisé la senda de agua y, tal como sospechaba, no me dejó hundirme, sino que se volvió densa bajo mis pasos. ¿Era una señal de amor o una nueva y terrible maravilla? Dejé de hacerme preguntas. De repente tuve una injustificada y propicia confianza en aquella razón incomprensible e ilimitada a la que me entregaba: sentía súbitamente cómo cada célula de mi cuerpo, ahora ligero, y cómo cada átomo de mi alma invisible se tranquilizaban, se ablandaban, perdían su orgullo y estaban dispuestos a entregarse como en sueños a un poder impenetrable. Después de mucho tiempo ya no me dolía nada y, por primera vez, ya no me asombraba. Andaba despacio, sin apresurarme y sin nervios. Me parecía que andaba sobre un espejo deslizante y suave al tacto. No pensaba en los insospechados, misteriosos y tal vez terribles abismos que, amansados, dejaban que los hollara y atravesara. Ya no me preguntaba a qué fantásticas representaciones servía de testigo. Me sentía bien, me sentía como en casa. Sin

darme cuenta mis labios esbozaban una sonrisa nueva, desconocida. Caminaba sobre la estela dibujada por la luna sobre el agua y el óleo flotante de luz bañaba mis suelas agrietadas que, a cada paso, producían un chapoteo leve e infantil. Que no me despierte, rezaba, un poco más, que no me despierte.

A medida que avanzaba, la luna se volvía cada vez más grande, insospechadamente grande. Una puerta. Me hubiera gustado correr, pero mis movimientos eran lentos, como si estuviera flotando, y cada segundo era una prolongada alegría. Que no me despierte, rezaba, un poco más, imploraba sonriendo, que no me despierte... Seguía escuchándome a mí misma mucho tiempo después de saber que ya no tenía miedo de despertar...

RECUERDOS DE INFANCIA (EL OTOÑO)

A diferencia de las demás estancias de la casa, aquella habitación siempre fría tenía un techo abovedado, anormalmente alto, sustentado sobre cuatro arcos severos, casi medievales, repetidos a la altura de las ventanas con absurdas ojivas delimitadas por las contraventanas de madera lacada en gris oscuro. Aunque tenía una gran estufa de azulejos verdosos con una abertura cuadrada, siempre protegida por una pesada puerta de hierro fundido con una decoración recargada, en aquella habitación no se había encendido nunca la calefacción. Con los años, su atmósfera se había estabilizado a un nivel casi glacial, muy poco influido por la temperatura exterior. Recuerdo que en invierno siempre la atravesaba corriendo, apresurándome a pegar la espalda congelada a la estufa de terracota ardiente de la habitación de al lado mientras que en verano, cuando estaba bajo el sol inclemente, buscaba con ingenuidad su frescor, que unos minutos más tarde me hacía estornudar y temblar. Pero, sobre todo, recuerdo las siestas de las tardes de agosto, cuando me mandaban a la gran cama sembrada de almohadas, después de haberme limpiado sin contemplaciones los churretos de zumo de frutas que me llegaban hasta los codos y el cuello, y la savia verde de la hierba que me coloreaba hasta las rodillas. Entonces, a medida que cesaba el llanto preceptivo, exigido por la dignidad del juego interrumpido, se iniciaba para mí un mundo extraño que yo percibía siempre con una emoción provocada en igual medida por el miedo y por el placer que me aguardaban. Sepultada en dunas de plumas bajo la bóveda fría y oscura de la habitación, me sentía suspendida, excluida del verano que se extendía deslumbrante e ilimitado más allá de las contraventanas. En la sombra se colaban dos rayos de luz paralelos a través de unas rendijas próximas que dividían la habitación milagrosamente en dos franjas iguales y que terminaban bruscamente en dos charcas temblorosas de luz en la pared de enfrente. Pero gracias a un prodigio —y esto daba una cierta dimensión mágica a este suceso— las dos manchas de luz coincidían exactamente con dos cuadros iguales, no muy grandes, situados simétricamente a los pies de la cama, y que los rayos de sol recortaban violentamente sobre la pared oscura, dándoles un relieve irreal y una precisión fantástica. Eran dos acuarelas enmarcadas por unas simples tiras delgadas de madera lacada en las que se representaban dos paisajes que se han fijado en mi

memoria, no como dos temas pictóricos probablemente mediocres (no sabré nunca quién era el autor de aquellos cartones que me iban a marcar para toda la vida), sino como dos paisajes que he recorrido, en los que he estado alguna vez, como dos escenarios arquetípicos de la vida a los que tengo que volver para reconocerlos. La primera acuarela representaba una orilla abrupta, aunque no rocosa; una ribera alta de arcilla seca casi petrificada, que conservaba de la tierra sólo un color intensamente amarillento y casi enfermizo; malsano era también el color del mar cercano, que se confundía casi con el color del cielo, un azul grisáceo casi blanco, distinto de éste solamente por una mancha realmente blanca —unas velas, o tal vez un pájaro en alta mar— que, por contraste, avivaba los colores apagados de alrededor. También gris y blanca, pero algo más sólida, una casita pobre vigilaba el horizonte desde la orilla de tierra. La segunda acuarela representaba una casa hecha de troncos, más bien un cobertizo marrón, vivo, vegetal, situado en el lindero de un camino de hojas amarillas, bordeado por una hilera sinuosa de chopos también amarillos, casi dorados, que se perdían en un cielo suave y lleno de luz, sin una gota de azul. Lo que hacía extrañas aquellas acuarelas y lo que daba lugar a aquel sentimiento atormentador que recuerdo tan bien, incluso ahora, era su total falta de sentido, la ausencia absoluta de sentimiento épico. Nada parecía haber sucedido ni estar sucediendo en aquellas casas deshabitadas, situadas en lugares donde nadie había puesto el pie y que, sin embargo, o tal vez por eso, generaban en la espectadora que era yo, una nostalgia aguda e insoportable que se manifestaba mediante un llanto confuso que acababa por adormecerme. Me quedaba dormida llevando conmigo al sueño los paisajes colgados en la pared. Los llenaba hasta más no poder con sucesos y quimeras que olvidaba nada más despertarme, algo aturdida, en una habitación en la que los rayos de sol que atravesaban las rendijas se habían apagado y junto con ellos había desaparecido también la pantalla a los pies de la cama diluida en el terror de la oscuridad. Gritaba para que me oyeran y me devolvieran al verano del exterior. Me lanzaba al juego infantil con un fervor provocado por un sentimiento de culpa por haberlo traicionado de una manera difícil de precisar. Hacía todo lo posible para ahuyentar aquellos dos paisajes sorprendentemente obsesivos y sus significados cargados de presagios que no llegaba a comprender.

Éste es un recuerdo de mi infancia.

Me es difícil decir cómo se relaciona este recuerdo con el suceso que voy a contar, pero existe una conexión: sé, sin saber por qué, que los orígenes de este acontecimiento se pierden en aquel recuerdo, que de la nostalgia desgarradora y sin objeto de aquellos cuadros de las paredes de mi infancia arrancan todas mis vidas contradictorias que se persiguen entre sí, una tras otra. De hecho, ¿qué otra prueba más convincente de la importancia central que tienen en mi destino aquellas dos acuarelas, que el hecho de que en las condiciones actuales en las que escribo estas líneas haya empezado a describir la situación, tal vez sin salida, en la que me encuentro, recurriendo a este recuerdo de mi infancia aparentemente insignificante y, en realidad, privado de cualquier dimensión épica? Todo se explica por mi convicción absurda de que, si consiguiera entender el sentido de aquella nostalgia sin esperanza de mi infancia, encontraría la solución al enigma que me obsesiona ahora. Es un mismo misterio con distintas manifestaciones en lugares sin importancia y a decenios de distancia.

La nevada que cayó antes de finales del mes de noviembre, lejos de señalar el final del otoño, le dio un resplandor nuevo, insospechado, y un encanto ambiguo y equívoco. Caminaba por los parques sin cansarme de contemplar las ramas aún llenas de hojas doradas flotando en el aire, sobre las que la nieve blanca, pesada y material, se había posado en un equilibrio precario. Había organizado mi horario de tal manera que pudiera ir a trabajar varios días seguidos solamente por las tardes, para tener así las mañanas libres y poder pasear libremente. La contemplación me provocaba, como siempre, una sensación de dicha tan aguda que era capaz de quedarme quieta delante de un paisaje durante mucho tiempo, convencida —aunque ninguna idea atravesaba mi mente, o tal vez, precisamente por eso— de que nunca había estado tan cerca de la sabiduría como en aquellos momentos vacíos de pensamiento.

Había algunos senderos tan completamente blancos que impedían la mirada y aniquilaban las formas. Al no existir las sombras, el volumen de las cosas no se percibía y lo blanco lo controlaba todo con una firmeza antinatural. Pero cada poco, como si de un pacto secreto entre las estaciones se tratara, la bóveda de hojas impedía que la nieve cayera al suelo, de modo que, suspendida e invisible, se acumulaba en las copas de los árboles para ofrecer un enternecedor arco de triunfo al otoño aún incólume. De hecho, fue así los primeros dos días. Luego, cuando las

calles se libraron de las montañas de nieve, es decir, cuando recobraron su miserable humedad fangosa, el humo dejó un velo fino y profanador por encima de la nieve de los parques. A la ida y vuelta del trabajo, pasaba por el célebre parque del centro de la ciudad, en el que el blanco estaba cada vez más marchito sobre las ramas, y pensaba que en el campo, fuera de las calles y de las casas, o incluso en la periferia, allí donde las calles y las casas no son ni tan poderosas ni tan totalitarias como aquí, la nieve tenía que estar aún fresca, y que el aire debía de tener ese olor de la ropa colgada cuando se hiela en las cuerdas. Por eso me alegré cuando me enteré de que tenía que sustituir a un compañero para traer un transporte de libros, responsabilidad de nuestra biblioteca, desde un depósito situado en algún lugar próximo al aeropuerto. Mi viaje no iba a durar más de diez o doce kilómetros, pero me ilusionaba como si de alguna aventura se tratara, sin sospechar que iba a vivir una. Estaba impaciente, con la fiebre típica de la víspera de los viajes de mi infancia. Salí con una furgoneta parecida a las que transportan pan, y que siempre me han parecido extrañas y misteriosas, a causa de ese cierre tan inexplicablemente hermético. Estaba sentada a la derecha del chófer, íbamos por la consabida avenida que conduce a los grandes estadios, pero tenía la sensación de que había entrado en otro mundo, en otra dirección que, por el momento, seguía paralela a la antigua carretera. Bastaba con que se produjera la más mínima inclinación, el más insignificante giro en la trayectoria, para alejarme de manera catastrófica y quién sabe si no definitiva.

Y eso es lo que ocurrió cuando, nada más pasar el puente, el coche giró a la derecha, y entró, de repente, a través del parque que corta la carretera internacional, en un arrabal antiguo, no sólo desconocido, sino también insospechado. Digo «insospechado», no porque hubiera fango y miseria, sino porque la miseria existente no tenía un aire contemporáneo; las casas parecían el resultado heroico de la resistencia de algunas improvisaciones ancestrales; los jardines tenían árboles antiguos, la ruina estaba cubierta de pátina y conservaba un cierto encanto. De hecho, de vez en cuando, entre los árboles se alzaba el tejado de una casa más grande, de algún comerciante de antaño, con estucos y adornos pretenciosos ridiculizados por el tiempo.

Pero mis esperanzas eran vanas. La nieve, que había caído con tanta intensidad los días pasados, había empezado a ensuciarse en los patios y en los

aleros, y se derretía hundida bajo las suelas y las ruedas de los coches. La decadencia del blanco creaba un marco adecuado para la decrepitud indiferente. En el verano —y sobre todo al comienzo del otoño— todo este abandono de lo vegetal y de la tierra debió de ser hermoso, pero ahora las ramas con las hojas mojadas por la nieve ensombrecían apenas las paredes desconchadas y los almacenes cubiertos por láminas rotas de cartón y alquitrán.

El depósito de libros ocupaba un patio inmenso lleno de malas hierbas que en otras estaciones debían de ser muy altas. Cerca de la valla, grandes matas de crisantemos —con las flores caídas en la nieve y en fase de putrefacción— recordaban que aún era otoño. Un perro del color de la nieve, en algún tiempo blanco, ahora deplorablemente fangoso y amarillento por su vejez, se agitaba atemorizado por mi presencia y ladraba con una furia que sólo igualaba su miedo. Era un edificio largo e irreal, de una arquitectura que no había visto jamás, de una altura uniforme, y en cuyos extremos se alzaban unos balcones de madera a los que se accedía mediante una escalera recubierta de tablas de madera y una balaustrada chirriante. En la planta baja, las paredes estaban horadadas por grandes ventanas cerradas con maderas ennegrecidas por la humedad, algunas de ellas clavadas de forma asimétrica, sin sentido casi, y por una oxidada puerta de metal que atravesaba un madero grueso fijado con un gran cerrojo de antes de la guerra. Arriba, en algún sitio, casi debajo del alero, un letrero de hojalata azul advertía de que se trataba de un depósito de libros. Y precisamente este signo banal, con letras conocidas e indicios administrativos, ponía de relieve lo absurdo de aquel edificio alargado, que parecía cualquier otra cosa menos la sede de una institución. De hecho, para completar la atmósfera, de por sí poco natural, del lugar, mientras daba la vuelta al edificio en busca de alguien, apartando las ramas que habían crecido hasta los muros y que trepaban sobre la pared, descubrí con asombro ollas descascarilladas en la nieve, platos rotos con bordes dorados medio hundidos en la tierra, cubos oxidados, botellas vacías, tarros de mermelada repletos de fango, toda una gama de accesorios domésticos que presuponían la existencia de un ajuar, de una vivienda, de una familia.

No, no había familia alguna. En la esquina de la casa me encontré de pronto —justo debajo de la escalera de madera que conducía al extraño balcón de arriba— delante de una puerta con cristales sucios por el rastro de las moscas de muchos

veranos, cubiertos por dentro con una cortina de crochet con mariposas, y manchada de grasa a la altura de la manilla. La puerta daba a un recibidor estrecho y alargado, en cuyo fondo se vislumbraba encima de una mesa una cocinilla de gas, sobre la que había un enorme balde con ropa humeante puesta a hervir. Llamé con fuerza a la puerta para que me pudieran oír desde una segunda habitación que ya me imaginaba en la parte izquierda, pero el único ser vivo parecía ser el agua en ebullición, que producía gemidos casi humanos entre la ropa. Bajé la manilla y, apenas iniciado el movimiento, la puerta se abrió hasta la pared, lo que permitió que una nube de vapores condensados con olor a lejía se precipitara hacia fuera.

Entré para llamar a la siguiente puerta y, dado que no contestaba nadie, apreté la segunda manilla, sin esperanza de encontrar a alguien, pero decidida, no obstante, a agotar todas las posibilidades de la pesquisa. La puerta cedió con la misma facilidad y se deslizó con un maullido casi animal, deteniéndose inesperadamente al dar quizás con un mueble colocado detrás. Se abrió, sin embargo, lo suficiente como para dejar al descubierto una estancia estrecha y baja, repleta de cosas a punto de caer unas encima de otras, antiguas y miserables, que olían a vejez, a penuria, a un lugar no aireado durante decenios. Encima de una cama con las sábanas revueltas, de color gris, se paseaba con la espalda arqueada y clavándome sus ojos malévolos un gato increíblemente delgado. Sobre una mesa cubierta con un encaje deshilachado se amontonaban, dispuestos de manera surrealista, un florero (recuerdo de Calimanesti) con flores de paja descoloridas y polvorientas, una sartén con misteriosos restos de comida, un cuscurro de pan seco, un paquete de cigarrros Plugar, una bobina de hilo negro con una aguja clavada perpendicularmente, en cuyo ojo ondeaba un hilo blanco de lana, un peine de hueso, un cepillo de ropa y un periódico; detrás de la puerta había un sillón inmenso, demasiado grande para aquel cuartucho, del que ocupaba casi la cuarta parte, tapizado en un color imposible de precisar, roído hasta los muelles, que sobresalían por aquí y por allá, y cubierto por montones de ropa rebujada y de mantas usadas; cerca del sillón, un armario con tres espejos ovalados montados sobre unas puertas que no querían cerrarse, tapaba el resto de la pared. En el fondo de la habitación, en una esquina, de espaldas a la ventana manchada por las huellas de las pasadas lluvias, del polvo y del hollín de los últimos años, había una anciana con un vestido amarillento, debajo del cual sobresalían los pantalones de un pijama, embutidos a la altura de los tobillos dentro de unas botas pesadas y

masculinas. Tenía la cintura atada por una cuerda que ceñía alrededor de su cuerpo plano una zamarra sin edad, cuya lana asomaba por los agujeros de las polillas. Unos mechones de pelo blanco emergían debajo del pañuelo, sobre el que llevaba una especie de gorro de una piel especial pero inidentificable. Lavaba inclinada sobre una artesa. Era una artesa redonda, de un tipo que yo no había visto jamás, compuesta al igual que un barril por muchas duelas recogidas por un círculo de hierro. Las tablas de madera que la componían encajaban tan finamente entre sí, blanqueadas por el agua y la lejía que habían escurrido por encima de ellas tantas veces, que parecía más bien una obra de arte irreal en un decorado que, sin embargo, resumía a la perfección.

—Buenos días, señora —dije más alto de lo debido, convencida de que ni aun así oíría—. Busco el depósito de libros...

—El depósito de libros está aquí —su voz era baja, como si hablara consigo misma, y tenía algo de vieja, pero parecía oír bien. Respiraba con dificultad, casi silbaba. Y como si hubiera querido prevenir mi asombro, hizo con la mano mojada, llena de arrugas hinchadas por la lejía, un gesto ambiguo, señalando una dirección imprecisa, tal vez delante de ella o, quizás, encima.

Me quedé confusa, con la mano sobre la manilla, sin saber si tenía que entrar en la habitación o encaminarme hacia aquella dirección tan difícil de descifrar sugerida por la vieja.

—He venido para hacerme cargo de unos libros —dije más bien como disculpa. E intenté precisar—: Busco al administrador. —La anciana asintió con la cabeza, sin extrañarse, de un modo que me incluía en su falta de perspectiva.

—Siéntate —me dijo, como si fuera una especie de conclusión a mis palabras y, precisamente por eso, de manera un tanto preocupante. Decidí retirar la mano de la manilla, que se había caldeado con mi contacto, y busqué con los ojos una silla en la que sentarme. Pero no había ninguna que no tuviera ropa, periódicos, tazas con cucharillas o barreños. Opté por sentarme en el borde de la cama, en una esquina en la que la sábana rebujada cerca de la pared descubría un tapiz antiguo, inesperadamente bello en la decrepitud de alrededor, y cuyos colores el tiempo había diluido en marrón y amarillo. Me senté. Después esperé. La anciana no me

miraba, y seguía lavando unas ropas indefinidas en la artesa llena de un agua de un gris intenso y, por supuesto, fría. Mientras esperaba, me fijé en las paredes. Estaban recargadas de unas fotografías grandes y retocadas en marcos alambicados, de iconos litografiados en colores vivos, de pequeñas fotos reunidas en un mismo marco o sujetas en las juntas de los marcos de las grandes, de tapices que representaban cestas con fruta y gatos, de platos de porcelana pintados de una manera un poco primitiva, con flores chillonas. Había, incluso, un icono muy bonito de madera, renegrido por el humo, de formas y colores casi apagados, y en el que sólo se intuía la cabeza de un santo bizantino enmarcado en los cuatro lados por pequeños cuadrados con escenas impenetrables y, por eso, fascinantes. Detrás de mí, dominando la cama con dos marcos de decoración casi idéntica, un hombre vestido con uniforme militar y gorro cilíndrico —¿de la época de la Primera Guerra Mundial?—, y con un bigote pequeño, en igual medida comercial y militar, quien, aunque bastante joven, tenía ya unas proporciones excesivamente impresionantes, apenas contenidas en el marco del cuadro; y una mujer más bien bella, con personalidad y aplomo, segura de sí misma, que miraba a los ojos del espectador con cierto desafío sensual que la hacía, incluso, más hermosa de lo que era, madura e inteligente. Encima de la anciana doblada sobre la artesa, en un retrato más grande y aún más recargado, con estucos dorados, la misma mujer con la espalda vuelta a medias hacia el espectador revelaba un perfil aguileño, casi desdeñoso, endulzado por una mirada ligeramente turbia, como provocada por una enfermedad o un deseo intenso. El busto erguido, visto de perfil, estaba cubierto en diagonal por una banda brillante parecida a las que suelen llevar las reinas y, tal vez, este detalle indumentario, o, quizás, sólo la nariz delgada y la boca arqueada e indiferente, daban a todo el cuerpo un aire imperial, casi impresionante.

—No creo que consigas encontrar al administrador —la anciana volvió un momento su perfil aguileño hacia mí, como si supiera que había estado mirando sus fotos. Tenía el mismo aire desafiante y, cosa rara, la misma sensualidad inteligente que la había librado de la banalidad en su juventud y que ahora no la dejaba hundirse en la vejez— No creo que consigas encontrar al administrador. Nadie ha logrado hacerlo hasta ahora —añadió de una manera tan natural que (dado que la locura estaba incomprensiblemente excluida de nuestra conversación) me transmitió la certidumbre de un misterio, aunque aún no su terror— La única solución es que lo esperes aquí. Baja bastante a menudo.

No me atreví a preguntar con qué frecuencia. Por otro lado, no me quedaba más remedio que esperar. A través de la ventana vi que el coche me había abandonado. Tal vez el chófer había aprovechado mi tardanza para hacer algún recado personal; tal vez se había ido simplemente. Al fin y al cabo, me sentía bastante bien en aquella estancia con aluviones de otros tiempos, con aquella anciana cuya indiferencia tranquila incitaba mi curiosidad. Sus manos tenían grietas hinchadas por el agua, y estaban blancas de tanto frotar, tumefactas hasta el punto de que me hacía daño mirarlas, como si el mero hecho de verlas fuera capaz de transmitirme el dolor de una carne casi en proceso de putrefacción.

—Podría ayudarla a lavar mientras estoy aquí —le dije, en contra de mi voluntad, es decir, sin que se me hubiera pasado antes por la mente ni por un instante la idea de ofrecerle mis servicios. De hecho, me arrepentí enseguida. Sin contestar, la vieja continuó agitando sus dedos hinchados en el agua de la artesa con un aire ofendido —o, tal vez, sólo me lo pareció a mí— como si no quisiera tomar nota de una metedura de pata. Con el abrigo puesto, yo seguía sentada en el borde de la cama. Tenía los dedos en el regazo; estaban fríos dentro de los guantes de piel y no tenía ningún deseo de sacarlos de sus túneles lanudos y meterlos en el agua fría y sucia de la ropa enredada entre sí, pero, inexplicablemente, continuaba oyendo mi propia voz, insistente, torpe, sin convicción.

—Debería dejarme que la ayude. Soy mucho más joven que usted y, de todos modos, no tengo nada que hacer. ¿Quién sabe cuándo va a venir el administrador? —me escuchaba a mí misma y me asombraba por la facilidad con la que había aceptado aquella espera indefinida.

—Sí, puede que el administrador se retrase —y la anciana, que finalmente había decidido dejar de lavar, se secó las manos con el pijama que colgaba bajo la zamarra y se sentó en el borde de una silla cerca de la estufa helada.

—¿Fumas? —me preguntó a la vez que me ofrecía el paquete de Plugar, y con gestos rebuscados, casi distinguidos, absurdos para sus manos martirizadas, encendió un cigarro. Inhaló el humo profundamente para luego liberarlo, cuando ya no me lo esperaba, en dos finas columnas, voluptuosas, que durante mucho tiempo guardaron su forma en el aire frío de la habitación—. Son buenos —

aseguró—, ligeros y vegetales —y la última palabra me sonó inadecuada e inesperada en el contexto—. Sí, el administrador podría retrasarse. ¿Qué edad tienes?

¿Por qué?, quise preguntar, como si la pregunta hubiera tenido alguna relación con el retraso del administrador. Le dije mi edad.

—Oh, pero pareces mucho, mucho más joven. No te hubiera echado más de veinte. Pareces mucho más joven —y me miraba de una manera extraña con una atención exacerbada—. A tu edad, el retraso del administrador no cuenta.

No, ahora ya no era tan sólo mi impresión. Era algo más que una intuición. La anciana relacionaba el retraso del administrador con mi edad, como si no se tratara de minutos y horas, sino de unidades de tiempo mucho más grandes, capaces de incrementar y determinar mi edad.

—No podré esperar mucho —dije, para poner las cosas en su sitio. En realidad, sólo tengo que recoger un paquete de libros asignado a nuestra biblioteca en virtud de un permiso especial. Me han dicho que están empaquetados y que sólo tengo que firmar la entrega. No entiendo qué relación pueda tener esto con...

Pero en aquel momento, encima de nosotras, justo encima de nosotras, se oyeron con extraordinaria claridad dos o tres pasos, dados casi con la intención de ser escuchados, y una voz pronunció solemnemente unas palabras. Aunque las emitió con mucha claridad, no logré entenderlas, quizá a causa del asombro o, tal vez, del tono de encantamiento, como si de un rito se tratara. Atravesaron por mi oído sin fijarse, dejando tras de sí sólo un río de oes un poco cantadas. Miré a la anciana. Me sonreía con un aire tranquilizador.

—Es el administrador. Desde que murió su mujer a menudo habla solo. Se aburre, el pobre. Se ha trasladado aquí arriba, a la sección de los libros con discursos oficiales para recibir a las personalidades.

—Bien, entonces en este caso no hay ningún problema. Sólo tiene que indicarme cómo puedo llegar arriba, para encontrar al administrador, recoger los libros y marcharme.

—Nadie ha logrado encontrar al administrador. Te vas a perder, no vas a saber salir de entre los libros. Te vas a morir de hambre y frío en medio de ellos. No puedo ayudarte, hace muchos años que me jubilé. Apenas me tengo en pie, ya no conozco los caminos y, además, tengo mucho que lavar —recordó bruscamente y volvió de repente a la artesa y me dio la espalda. En ese mismo momento oí un chirrido metálico prolongado y vi cómo la pequeña puerta de la estufa de terracota se abría y, después de un largo segundo de espera, el gato (sólo ahora me daba cuenta de que había desaparecido) salió escuchimizado y a paso lento, con un aire maléfico.

Me sobresalté, sacudida por una sensación de profundo desagrado, de terror o quizá sólo de disgusto, provocado no tanto por el animal esmirriado y malvado, sino por toda aquella atmósfera que él parecía encarnar. Me hacía daño mirarlo. Volví la cabeza hacia la ventana, me quedé de piedra. A través de la sucia ventana se veía un maravilloso huerto de membrillos, cuyos globos dorados e imperfectos temblaban al sol. Claro que era otoño, pero un otoño luminoso y cálido que no existía ya en realidad, así como el huerto tampoco podía existir. ¿Hacia dónde, a qué mundo seductor, misterioso y, acaso, amenazador podía dar la sucia ventana de la anciana? Había dado la vuelta alrededor del depósito de libros y sabía que en sus alrededores había solamente un erial en descomposición y medio helado en aquel final de otoño. ¿De dónde había surgido aquel huerto amarillo con sus largas filas de membrillos, tan cargados que amenazaban con romperse y que alcanzaban la tierra con la punta de sus ramas en un gesto de humildad y plenitud? La tierra era también amarilla, tapizada por hierba medio seca y hojas oscuras, parecidas a la piel, pero recubiertas con una especie de polvillo brillante. El paisaje entero tenía algo tan seductor y sereno, un aire casi mágico, que, dejándome llevar por el impulso de un fuerte deseo y sin pedir permiso a la anciana, intenté abrir la ventana. Busqué agitada el pestillo, de cuya existencia parecía que dependía yo misma, pero la ventana, por muy extraño que parezca, no tenía pestillo. No había ninguna posibilidad de abrirla. Era sólo un ojo de cristal enmarcado en madera y fijado para siempre en el yeso. Al otro lado, el huerto parecía no solamente intangible, sino también insultante con su calor prohibido y, quizás, inexistente, con todos sus frutos luminosos y, tal vez, venenosos.

Era demasiado. Me había dejado llevar por la atmósfera de la habitación, por

aquella anciana harapienta de perfil imperial, por sus historias absurdas, cuando probablemente sólo tenía que subir unas escaleras para llegar a la administración y enseñar una mera autorización para concluir, así, de la manera más simple, mi misión. Me levanté y salí sin que la vieja girara ni un milímetro su cabeza, acompañada sólo por el maullido burlón y, sin embargo, compasivo —¿por qué esta impresión?—, del gato. Parecía que fuera hacía menos frío y el aire era claro y agradable de respirar. Otra vez di la vuelta al edificio sin descubrir, claro está, ningún huerto dorado. Miré por la ventana de la vieja, que curiosamente parecía poder abrirse desde fuera, y a través de la cual la anciana y el gato permanecían en las mismas posturas en las que los había dejado, como si se hubieran quedado petrificados después de mi salida. Pero ya no me interesaba lo que les pudiera pasar. Estaba furiosa conmigo misma por el tiempo perdido, y me dispuse a iniciar la subida por la escalera chirriante de madera que llevaba al endeble balcón de arriba. Mientras subía miré el reloj y me di cuenta de que habían transcurrido más de tres horas desde que acepté, como una estúpida, las sórdidas fatalidades de la vieja en la promiscua habitación de abajo. Era difícil de explicar tanta estupidez y, precisamente porque nadie me pedía una justificación, estaba furiosa conmigo misma; quería terminar cuanto antes aquel insignificante episodio inadmisiblemente largo. De momento seguía ascendiendo. Remontaba ya desde hacía algunos minutos aquella escalera que desde abajo me había parecido mucho más corta y que seguro que iba a acabar de recorrer pronto, aun cuando, de una manera bastante irritante e angustiada, se diría que era mucho más larga de lo que había pensado, de modo que a los que parecían ser ya los últimos escalones se les añadían otros y otros. No me asusté, claro está, pero no podía negar que era bastante raro. Cuando finalmente conseguí poner el pie en el rellano minúsculo que había delante de la puerta y lanzar una mirada triunfante hacia abajo, el jardín me pareció muy lejano, como en el extremo invertido de unos anteojos, con los detalles apenas descifrables e inciertos. Y no en balde me había quedado casi sin aliento. Pero eso era normal. Lo que era difícil de explicar era por qué desde abajo me había parecido que la escalera tenía solamente diez o veinte peldaños. Claro que ello también podía haber sido una ilusión óptica, o simplemente se trataba de mi tan conocida falta de atención, de manera que, al ponerme nerviosa, había mirado con premura y me había llevado una falsa impresión. De todos modos, no era motivo para pararme y perder el tiempo, aunque solamente ahora me daba cuenta de que una escalera tan larga suponía un edificio alto, y a mí aquel

extraño edificio me había parecido más bien bajo. Por fortuna, la puerta, tal como me imaginaba, estaba abierta, así que sin pensarlo más la empujé y entré en el interior. En aquel preciso instante tuve que detenerme en el umbral, sujetándome bien con las manos al marco de la puerta. En el mismísimo segundo en que pasé al interior, todo el andamiaje que había dejado atrás, compuesto por tablas de madera podridas y ennegrecidas por el tiempo, lanzó un profundo crujido, parecido a un largo gemido de liberación, y se derrumbó simplemente, como si se tratara del cumplimiento mágico de un plazo fijo. Después de unos largos minutos se escuchó el ruido casi exuberante del estallido contra el suelo, un golpe tremendo, que se propagó rápidamente por los alrededores, seguido de un silencio incluso más intenso que el anterior. Estaba agarrada a los bordes de un vano, a una altura imposible de calcular, y todo lo que podía hacer era desplazarme lentamente hacia el interior evitando mirar hacia abajo y cerrando con cuidado, y sin esperanza, la puerta detrás de mí.

Al principio no tuve que tomar ninguna decisión. Me encontraba al comienzo de un pasillo estrecho con las paredes cubiertas de libros, o, simplemente, en el estrecho espacio entre dos estanterías altas hasta el techo. Todo lo que podía hacer era caminar a lo largo del pasillo hasta hallar algo, una habitación, una persona u otro pasillo. Por el momento avanzaba con dificultad, agarrándome al lomo de algún libro que sobresalía o a la cabeza de algún clavo. No obstante, me movía bastante rápidamente, apurada por poner fin a lo que había empezado a parecer una aventura y sin preguntarme cómo iba a acabar. Creo que me daba prisa más bien por el miedo incipiente, y aún no confesado, que me iba penetrando, no tanto debido a lo extraño de la situación, tal vez sin salida, en la que me encontraba, sino a causa de la oscuridad, que se volvía cada vez más densa, sin llegar a ser total, a medida que me alejaba de la puerta. Aquí y allá, en el espacio libre entre dos libros insuficientemente apretados o entre dos tejas que no ajustaban bien o entre dos maderas separadas del suelo, penetraba algún rayo delicado y polvoriento de luz que, aunque me permitía continuar el camino, no hacía más que aumentar el misterio hacia cuyo corazón probablemente estaba avanzando. No pasaba nada, aunque había caminado más de media hora. No podía siquiera leer los títulos y los autores de los lomos de los libros. En la semioscuridad casi nebulosa provocada por el polvo que dormitaba inmóvil, sólo de cuando en cuando conseguía descifrar los débiles reflejos de las letras doradas.

Si hubiera tenido un pequeño foco de luz que me hubiera permitido leer, no habría podido decir que el lugar fuera antipático. Todo lo contrario. A pesar de aquella acumulación de cosas y de polvo, persistía algo agradable, difícil de definir, algo —un olor o tal vez solamente una impresión— que provenía de otro tiempo conocido. Sí, creo que era el olor. El olor de libros viejos, con las cubiertas perfumadas por los encolados de otros tiempos y el polvo que había penetrado en las páginas, en la textura misma del papel amarillento, hasta hacerlo terriblemente frágil. Provenía de los recuerdos, de algún sitio tan lejano que había tenido tiempo de decantarse y de llegar al presente solamente como un sueño irreal y agradable, y cuyo único defecto era que se había acabado para siempre. Era un olor de la infancia, el olor del desván de nuestra casa, al que se subía por una escalera estrecha de tablas pequeñas de madera apoyada en la despensa, entre sacos de patatas y cajas de zanahorias enterradas en la arena, y que se sujetaba por arriba, en el borde de un cuadrado de madera que había que levantar por un lado, como si fuera la tapa de una caja, para poder entrar en el desván dando un paso grande y algo arriesgado para mí en aquel entonces. Lo que más me sorprendía era el olor: aquel olor a libros olvidados del mundo en el aire cerrado, recalentado por el sol sobre las tejas, el olor a misterios bien escondidos que esperan con voluptuosidad su revelación. Sí, era justo aquel olor, el olor de los libros, aunque lo que primero descubrí no eran los libros. Justo encima de la entrada había unos listones largos apoyados en tres vigas, de los que colgaban trozos de tocino, jamones redondos de color marrón y huesos descarnados puestos a secar después de haber pasado por el exorcismo del ahumado. Según la estación del año todos estos restos animales se volvían apetecibles o rancios, derritiéndose lentamente en sucias lágrimas de grasa. También, dependiendo de la estación del año, en paralelo a los listones de madera, se tendían largos alambres de los que pendían, en un equilibrio bastante precario, grandes racimos de uva tardía recogidos de la viña, junto con las hojas enroscadas, amarillas y quebradizas, y con los tallos derechos, mojados en parafina. Era extraño; solamente en ese momento me di cuenta de lo extraño que era que todos aquellos manjares con aromas diversos, y, por supuesto, intensamente perfumados, no hubieran dejado ninguna huella en mi memoria olfativa. Todo lo que recuerdo es el olor de los libros, poderoso y omnipresente, que lo invadía todo. Para descubrir los libros tenía que dar algunos pasos en el interior del desván, atravesar con mi cuerpo los rayos del sol, casi materiales y palpables en el aire lleno de polvo, que penetraban a través de las tejas, sustituidas, aquí y allá, por

pequeñas claraboyas. Luego estaban los libros. No había estanterías. Se hallaban colocados simplemente en largas filas, puestas unas encima de otras, de modo que si sacabas uno de la base se derrumbaba el edificio entero. No creo que tuviera más de cuatro o cinco años cuando asistí a su construcción. Mi padre los transportó todos en un cesto grande de ropa que llevó con mucho esfuerzo a la despensa, hasta dejarlo justo a los pies de la escalera. Luego subió al desván, y desde allí bajaba con cuidado, atada a una soga gruesa, una cesta más pequeña que mi madre solía utilizar para la compra. Mi sitio estaba abajo, cerca de la cesta grande, donde a una señal de mi padre empezaba a cargar con mucho entusiasmo aquel extraño ascensor que él levantaba con cuidado, descargaba y luego bajaba de nuevo hacia mí. Recuerdo lo importante que me sentía, y lo feliz que subí al desván, nada más finalizar el transporte, cuando sólo nos quedaba colocar aquellos libros. Después, cuando terminamos, mi padre puso por todas partes trampas para ratones, algo que me pareció un poco exagerado —siempre me han caído bien los ratoncitos grises, con esa piel que yo me imaginaba suave al tacto, y esos ojos vivos como cabecillas de alfiler animadas—, pero mi padre estaba demasiado serio y callado para atreverme a intervenir, y sólo me quedaba esperar que no apareciera ninguna víctima (solamente había visto ratoncillos en los libros con ilustraciones) y que, por lo tanto, la maquinaria agresora permaneciera clemente e inútil. Y creo que eso fue lo que sucedió; no recuerdo haber visto nunca ningún ratoncillo durante los cientos de horas que pasé en el desván en los años siguientes, y ya no sé en qué momento quitamos las trampas de sus inútiles posiciones estratégicas y las apilamos en un hueco debajo de una viga.

¿Cuánto tiempo había transcurrido desde que empecé a avanzar a lo largo de aquel pasillo de libros desconocidos que olían igual que los libros de mi infancia? Hasta que no me sentí cansada y me senté a la altura de una rendija más grande a través de la cual se veía un cielo azul y límpido de verano, no me di cuenta de que todo aquel recorrido no había tenido ningún sentido. Había escuchado los pasos del administrador justo encima de la habitación de la anciana —de eso estaba segura— y había subido por la escalera precisamente cerca de su puerta. Por lógica, cuanto más me distanciara del punto inicial al que había llegado después de ascender por la escalera, tanto más me alejaría de la posibilidad de encontrar al misterioso personaje. Por lo tanto, no me quedaba más remedio que volver, aunque la perspectiva de recorrer otra vez el túnel de libros no me

entusiasma. De hecho, tampoco la posibilidad de seguir avanzando parecía reservarme sorpresas muy agradables. Así que di la vuelta sin saber muy bien para qué me iba a servir este regreso, excepto, claro está, para llegar de nuevo a la puerta por la que había entrado hacía más de una hora, y más allá de la cual sólo estaba el vacío —o puede ser que fuera mucho más de una hora y que hubiera perdido ese sentido tan relativo del tiempo—. Por supuesto, podía utilizar el tiempo, por lo demás inútil, de este recorrido, para preguntarme de dónde venía la luz, aquellas franjas delgadas de luz que penetraban por las tablas del suelo; porque no era una luz artificial y tampoco la claridad amansada proveniente de algún interior, era una luz casi radiante, que entraba desde fuera, de esto estaba segura. Parecía que el pasillo no estaba construido encima de la habitación miserable y oscura de la anciana, sino que flotaba en el aire, en el cielo. ¿Pero qué lógica podría haber en una secuencia de sucesos tan absurdos en los que lamentaba con todas mis fuerzas haberme metido? A aquella hora podría haber estado en la biblioteca, sentada en mi mesa, cerca de la estufa, embutida con otras cuatro compañeras en la pequeña habitación en la que las lámparas de la oficina ardían todo el día, y donde en ocasiones se hablaba de recetas culinarias ingeniosas y económicas y del coste de las clases particulares para preparar a los hijos para las pruebas de acceso a la universidad. Pero, de manera extraña, la perspectiva de mi vida habitual no aumentó mi temor ante la situación irreal y peligrosa en la que me encontraba, sino que me sumió en una indiferencia agradable. Delante de mí empezaba a verse el marco luminoso de una puerta mal encajada en los goznes, cuyas hendiduras se proyectaban en el aire, y en el mismo momento me pregunté si la luz que penetraba por los espacios entre los libros, aquella luz escondida detrás de ellos y que irrumpía bruscamente a través de una grieta estrecha era de la misma naturaleza, si venía también desde fuera. Y de ser así, ¿de qué manera existía yo allí en aquel espacio estrecho rodeado por todas partes de cielo? Era extraño que la luz que penetraba entre los libros tuviera otros matices, que fuera más amarillenta, más blanda que la del lado de la puerta; no sólo tenía otra procedencia, sino que estaba formada por otra sustancia. ¡Dios mío! Y, de repente —justo cuando supe lo que podía hacer para salir de mi universo paradójico—, me vino la idea, tan simple, de desplazar algunos libros para ver lo que había al otro lado.

¿Qué libros saqué? ¿Fue uno sólo? ¿Fueron más? Y, sobre todo, ¿tenían

alguna relación con lo que se escondía detrás de ellos? Me habría gustado leerlos, al menos los títulos, para poder hacerme una idea acerca del mundo en el que me hallaba. Estaba en un huerto de membrillos. ¿Cómo había llegado hasta allí? ¿Me había deslizado a través del estrecho estante por el espacio vacío dejado por los libros caídos? No lo sabía, y tampoco veía a mis espaldas, como hubiera sido normal, un fondo repleto de páginas de la biblioteca. ¡Pero qué manía de buscar siempre lo normal en un mundo resbaladizo, que a cada instante olvidaba el aspecto que había tenido hasta entonces! Estaba en un huerto de membrillos. En un huerto que conocía, en el que había estado antes, del que me habían hablado o sobre el que había leído algo en algún momento. Probablemente se trataba del huerto que había visto a través de la ventana de la anciana, pero al mismo tiempo lo conocía de otro lugar relacionado más bien con mi vida pasada que con la imagen sorprendente vislumbrada a través de un sucio cristal. Esta conexión más antigua explicaba, de hecho, la emoción que había sentido delante de la ventana. ¿Pero qué importancia podía tener todo esto? Me encontraba en un huerto no muy grande y, en todo caso, alargado —me era difícil decir de dónde procedía esta impresión, ya que no veía de ningún modo los límites—, una franja de tierra más bien estrecha y prolongada que subía suavemente por una colina muy leve pero suficientemente alta, ya que desde su cima —allí donde el huerto no era más que un ángulo agudo marcado simplemente por una morera otoñal casi seca— se podía ver una gran región límpida y embriagadora con otras colinas, cubiertas por árboles esparcidos de manera desigual, amarillentos o coloreados de manera variada por la estación. Era otoño, en este sentido no cabía duda alguna; un otoño dorado, del color de la miel de acacia, con las hojas tan amarillas que parecían generadoras de luz, hasta el punto de que daban ganas de cerrar los ojos en un gesto instintivo y, tal vez, exagerado de autoprotección. No me refiero a las hojas de los membrillos, que, en una extraña obstinación que resulta casi desagradable, guardan hasta el invierno su color verde oscuro cubierto por un polvillo denso, como una piel vegetal plateada. Eran tal como las conocía desde mi infancia, perfumada por filas de frutas colocadas en el borde de los armarios, que tapaban otra fila de tarros de mermelada adornados por una faldilla corta del celofán atado fuertemente y fruncido alrededor. Las hojas de los membrillos eran ahora también verdinegras, elásticas, indultadas por el tiempo, y formaban un contraste sofisticado con los frutos que escondían con negligencia, aquellos imperfectos globos de oro, del tamaño de la cabeza de un recién nacido, que colgaban

milagrosamente de las delgadas ramas dobladas hacia la tierra, unidos a ellas por unos increíbles y casi inexistentes rabos de madera verde. La tierra estaba cubierta por una hierba rojiza, seca —transformada ahora en un heno fino que olía al sol del mediodía—, parecida a una alfombra extendida y tejida homogéneamente por miles de hilos delgados y multicolores, sobre la que los frutos caídos aparecían de otra forma, menos brillantes pero más cálidos que en la oscuridad boscosa de las ramas, casi más animales. No había auténticos animales; la época de los pequeños insectos había pasado, las mariposas habían desaparecido hacía tiempo, los pájaros habían emigrado. Era aquella estación suspendida, casi sin final, cuando la luz y el calor adquieren matices infinitamente suaves, cuando en cualquier momento puede empezar a llover, a lloviznar, a nevar —lo avanzado de la estación permitiría todo tipo de inclemencias—, cuando el aire continúa siendo cálido y luminoso, el cielo adquiere inflexiones amarillas, las aristas se dulcifican, los ángulos se ablandan, la luz se posa como un polen caliente sobre las cosas, dejándonos con el alma en vilo, en un suspense lleno de encanto, sumidos en una serenidad capaz de cualquier cosa.

Con un ruido corto y seco, un membrillo se desprende de la rama y cae con todo su peso, casi peligrosamente, al suelo. En su caída roza uno de mis hombros y tengo que mover ligeramente el brazo para calmar el dolor de la articulación. Pero el hombro dolorido huele consolador e infantil a membrillo. Me inclino y lo recojo del suelo. También él se ha hecho daño en la caída. Tiene una mejilla un poco abierta y una herida llena de tierra. Me lo acerco a la nariz e inspiro profundamente, como en un rito. ¿De qué conozco todos estos gestos? ¿Cuándo los he realizado antes? ¿Dónde los he leído? Siento que no los hago instintivamente, sino que repito una escena preexistente, establecida de antemano. Por todo esto ya he pasado antes, alguien lo ha vivido ya. ¿Cuándo? ¿Y por qué? Poco me importa. Me echo boca arriba en la hierba seca con los ojos cerrados, con el oído vuelto hacia mí; conservo solamente el olor vivo, la inspiración rítmica del aire perfumado. En algún lugar lejano existe un pasillo estrecho de libros que huele como el desván de mi infancia; más allá hay una sórdida estancia llena de vahos de lejía, habitada por un gato viejo y una anciana de mal augurio; y más allá aún, un coche con un chófer impaciente esperando en el lodo de un barrio de antes de la guerra; más lejos todavía está la habitación oscura de la biblioteca con lámparas de mesa encendidas en pleno día; y más y más lejos mi habitación con el olor absurdo de papel

quemado; y más y más y más lejos... capas y capas cada vez más irreales, cada vez más difíciles de recordar y siempre más ajenas, que representan para un improbable ojo exterior el misterio perfumado de este huerto desconocido, situado en el centro incomprendido y encantador de mi existencia. Si abro los ojos, descubro encima de mí, en un equilibrio estático e inexplicable, las ramas delgadas, las hojas oscuras y los frutos casi redondos de un color amarillo violento, todo perdido en un único plano, un poco borroso por la sombra del polvillo de plata, como en un tapiz antiguo de valor inestimable.

¿Qué podía interrumpir mi vuelo casi imposible de contar? ¿Qué podía hacerme volver a otros mundos menos bellos y menos terrenales? Porque lo que sentía allí, tendida en la hierba seca y rojiza, bajo las bóvedas de los membrillos que intentaban enterrarme con sus ramas, era que pertenecía a la tierra, que había crecido definitivamente en ella, en sus mezclas impuras, capaces de destilar unos aromas y colores tan puros. El calor que mi cuerpo relajado acumulaba dentro de sí pertenecía a la tierra, y el frío que sentía ascender de lo profundo era también un producto suyo, y esta paz del alma y esta serenidad de los sentidos, todo en mí, era hondamente terrenal y estaba, precisamente por eso, cerca del milagro. Sentía cómo la savia pasaba desde la tierra hacia mí; probablemente mi espalda germinaba como las semillas arrojadas en el surco, y la imaginaba con placer adornada de innumerables hilos sensibles que avanzaban entre terrones para extraer el alimento que luego difundirían con pericia por un cuerpo destinado a crecer y endurecerse. El hecho de que esta comunión con la tierra implicara de alguna forma —por cierto, bastante confusa— también la idea de la muerte, ni me asustaba ni me desagradaba. En la naturaleza la muerte y la vida son tan interdependientes, y sobre todo tan reversibles, que ambas son igualmente voluptuosas y seductoras.

Pero resulta que el olor de los membrillos empezaba a mezclarse con un aroma nuevo, incluso más íntimo y evocador. En algún lugar, probablemente no lejano, alguien quemaba las hojas secas del otoño para abonar la tierra del año siguiente. El humo se levantaba en columnas delgadas, crecía rápidamente hacia arriba como una planta encantada y, de repente, se esparcía por grandes superficies con ese olor punzante y nostálgico de las hojas secas quemadas, de las ramitas muertas abrazadas por las llamas. Me hubiera sido difícil decir qué había

de hermoso y agradable en aquel aroma penetrante, atrevido como una caricia, aquel olor sin duda a quemado, a humo, a ascuas efímeras, pero que escondía algo mucho más difícil de definir, algo, tal vez, sensual: la sensualidad difusa y no formulada aún de la pubertad, casi dolorosa, con un dolor sin objeto, universal e inconsolable, como son solamente los dolores de la infancia. Así pues, el olor de los membrillos empezaba a mezclarse con este aroma complejo y ambiguo, y en el tránsito repentino de un reino a otro, expulsada súbitamente de la paz vegetal del mediodía, empecé a olfatear como un animal intranquilo, preparada para responder a unas llamadas despóticas y confusas. ¿Qué es lo que me recordaba el bálsamo de humo de las huertas? De la masa amorfa de los acontecimientos olvidados, se despertaba en mí un recuerdo agudo, inesperado, casi violento, todavía sin nombre y a punto de estallar sin contemplaciones. El olor a hojas secas quemadas en las huertas...

Curiosamente, es una escena en el interior de la estancia siempre fría que, a diferencia de las restantes habitaciones, tenía el techo abovedado y unas contraventanas de madera gruesa lacada en gris. Mi padre cierra las contraventanas con un cuidado lleno de recelo. En contra de lo habitual, en la imponente estufa de terracota con bajorrelieves arde un fuego vivo, y a través de la puerta abierta se ven las llamas bailando en una especie de histeria alegre. Cerca de la estufa unos trozos de leña esperan su turno para unirse a las ascuas, y el cesto de la leña está repleto de libros revueltos sin ton ni son, amontonados unos sobre otros. No entiendo lo que está pasando, pero siento que en casa reina una atmósfera tensa de malos presentimientos. De vez en cuando, mi madre, a la que oigo moverse en la otra habitación, mete la cabeza por la puerta, arroja una mirada inquieta sin buscar nada en particular, una mirada que primero pasa por encima de mí sin verme. Luego me dice que me vaya a otra parte, pero en un tono tan inusual en ella, casi distraído y sin firmeza, que tardo en obedecerla.

—Déjala —dice mi padre, y precisamente esta intervención para que me quede en la habitación fría, con el fuego de una alegría desmedida, me hace suponer que algo grave, tal vez irremediable, está pasando. No me doy cuenta de qué se trata. Mi padre está sentado cerca de la estufa en una silla pequeña, encogido y sin hacer otra cosa que mirar las llamas que crepitan ruidosas. Revuelve en raras ocasiones las brasas con un atizador alargado. Se ha pasado toda

la mañana solo en el desván y no me ha dejado estar con él.

—Hace frío —me ha dicho—, no es un sitio para niños —y su tono firme y raro, carente de su dulzura habitual, me obliga a desistir, ofendida. No hace nada de frío, ese año disfrutamos de un otoño benévolo y, aunque las hojas ya han caído, las ramas vacías y limpias tienen un aire alegre y seductor al sol. Me subo al tilo grande del jardín, cuya copa frondosa era en verano un verdadero reino que nunca acababa de explorar y que ahora, al perder el follaje, se me revela emocionante e inédito, desprovisto de protección y delicado, aunque inflexible y más poderoso de lo que suponía. De hecho, me ha ofendido no solamente el tono desconocido de mi padre, sino también la manera en la que deja caer la trampa de madera tras él, prohibiéndome la entrada a un mundo al que me parecía tener derecho. Desde que participé en el traslado de la biblioteca al desván, desde que tomé parte activa en el acarreo de los libros, sentía una nueva forma de solidaridad con él, me había parecido que éramos cómplices, que habíamos convenido algo — bastante misterioso e incomprensible, pero al mismo tiempo suficientemente claro como para sentir que se trataba de un misterio — que nos pertenecía y nos unía. Me paso la tarde saltando de rama en rama sin ganas de jugar, pero con una especie de ensañamiento incansable, y vigilo la puerta de la despensa para sorprender el momento en que descienda del desván.

Baja tarde, cuando casi ha oscurecido, con un pesado cesto de leña colmado de libros. Salto para ayudarlo, y me deja llenar mis brazos con los cinco o seis volúmenes de formato más grande que los demás, que se encuentran encima de la pila en un equilibrio inestable, y a punto de caerse a la más leve inclinación. Llevo los libros a la fría habitación. Luego, para mi gran sorpresa, mi padre empieza a preparar el fuego en silencio.

Lleva más de una hora acurrucado cerca de la puertecita abierta de la estufa, mirando fijamente las llamas y las brasas, absorto en una idea que yo no logro adivinar. Su barba, no muy larga, negra, con dos rayas casi ornamentales a uno y otro lado de la boca, que la prolongan con un gesto irreal de tristeza, adquiere a la luz de las llamas reflejos plateados que no había visto antes. De tanto mirar las brasas, se le han enrojecido los ojos y parece que están a punto de llenársele de lágrimas. De repente, se sobresalta, me mira casi interrogante, como despertando

de un sueño, y con un movimiento brusco toma un libro y quiere tirarlo al fuego. El gesto, casi completo, se detiene en el último momento, y mi padre abre el libro y empieza a hojearlo desorientado y abatido, sin saber por dónde empezar y qué hacer con él. Luego rompe la primera página, la del título, y la tira al fuego, y el papel antiguo se retuerce como las hojas de un árbol en llamas. A continuación lee, lee sin respiro, y cuando termina la página la rompe y la tira al fuego, lee como si quisiera aprender de memoria todo lo que ya no puede guardar. Las páginas sacrificadas una tras otra mantienen la llamarada siempre luminosa y juguetona. ¡Pero no quema todas las páginas! Algunas no las toca, y quedan aisladas en una encuadernación debilitada por la mutilación; vuelve una vez más sobre ellas y luego las deja, contento de poder guardar algo. De algunos libros arranca sólo cinco o seis páginas y las echa a las llamas, colocando el volumen con un victorioso cuidado al lado. De algunos libros quedan solamente unas decenas de páginas que sobresalen de un lomo que ahora es ya demasiado ancho, deplorable y deformado. Me gustaría saber de todo corazón qué es lo que está pasando, qué es lo que obliga a mi padre a quemar estos libros que ama tanto, después de haberlos guardado en el desván y haberlos protegido de los ratones; pero no sé cómo preguntárselo. En su cara se lee tal desesperación que cualquier comunicación con él me parecería una impiedad y una impertinencia. De hecho, tampoco estoy segura de que pudiera entenderlo. Por primera vez en mi vida —¡y cuántas veces no sentiría lo mismo tiempo después!— tengo la sensación de que me encuentro delante de un fenómeno que supera mi capacidad de entendimiento, y que solamente me queda el recurso de registrarlo. Mi padre sigue leyendo y rompiendo páginas que se retuercen en las brasas, contorsionándose como si estuvieran vivas y sufrieran. Una lámina de un papel más grueso y rígido, que representa a Mihai Viteazu entrando a caballo en Alba Iulia, tarda en arder, se mantiene erguida con una tensión extraña que hace que el caballo blanco se encabrite y que el penacho del gorro del vaivoda, inclinado de lado, brille triunfante durante unos intensos momentos antes de retorcerse bruscamente y lanzarse con un salto de guerrero en la llama. (Años más tarde, la imagen de Mihai Viteazu en llamas se fundió en mi mente de manera confusa y significativa con la de un icono sobre cristal de San Jorge lanzándose naif con su caballo sobre el dragón que salía de las llamaradas del infierno.) La habitación se llena de un olor a papel quemado, pero también a hojas y raíces, a tierra, un olor que es el mismo del otoño, que, lejos de resultar desagradable, aunque lleva en sí todas las sugerencias de la muerte y de la

desaparición, te hace participar en este ritual impuro de un modo sensual y casi placentero. (No pretendo decir que estos pensamientos y estas sensaciones que estoy contando fueran las de la niña que yo era en aquel entonces, pero pertenecen de todas formas a la escena descrita, que se inscribe en los cimientos de mi devenir y en la base de mi capacidad de entendimiento posterior, y que se ha ido enriqueciendo constantemente con otros significados, al igual que una bola de nieve que crece en su continuo rodar hacia la nada.) Dios mío, esto no es lo que siente mi padre, mientras sigue en la misma postura con el cuerpo inmóvil, inclinado y recogido sobre sí mismo. Las lágrimas se deslizan sin parar por sus mejillas, resbalando hacia la barba como hacia una tierra deseosa de absorberlas. Arranca las hojas de los libros y llora, parece no darse cuenta de ello, parece concentrarse solamente en sus movimientos casi automáticos, en esa lectura acelerada y desesperanzada, para intentar separar, según quién sabe qué criterios absurdos e incomprensibles, las páginas que pueden ser absueltas de las que están destinadas a perecer (pero no a la desaparición definitiva porque él, al leerlas, intenta memorizarlas, guardarlas en la sustancia equívoca y milagrosa de su memoria). Está tan concentrado, que incluso el dolor de sus rasgos, deformados por un rictus casi insoportable, y las lágrimas, que fluyen como un río inevitable y continuo por sus mejillas, parecen ajenos a su atención, a su preocupación concentrada hasta la exasperación. Cerca de él, el montón de libros salvados ha crecido visiblemente hasta transformarse en una colina informe, mientras que la cesta de la leña, casi vacía, guarda en el fondo unos cuantos folletos que mi padre coge y, después de leer los títulos, tira sin pena, casi liberado, con la alegría de haber terminado. Las brasas producen una última llamarada exuberante, después se calman, escondidas bajo la ceniza fina e inmaterial —como las alas de una mariposa— de los últimos papeles, petrificados en aquella engañosa y maravillosa arquitectura de la muerte. Envejecido como no lo había visto nunca, muerto de cansancio, mi padre se levanta, recoge el montón de libros desgarrados, lo tira al cesto, que esta vez levanta sin esfuerzo, y sale de la habitación. Sé que los vuelve a subir al desván, pero ya no hay en mí ningún deseo de seguirle, ni rastro de ofensa. Sus ojos, ahora secos, han buscado los míos por un segundo, y el mensaje que me han transmitido, aunque aún incomprensible, ha sido definitivo.

En el momento en que mi padre salió de la habitación, todas aquellas sensaciones de las últimas horas, que me habían hecho crecer sin saberlo, y que

probablemente me expulsaron para siempre de la infancia, me hicieron irrumpir en un llanto prolongado, infantil, en un grito sin fin, fundido con el olor a papel quemado de la habitación fría de nuevo, debajo de aquellos dos paisajes irrelevantes, caídos de repente en la prehistoria, pero que dejaban en el presente una estela enriquecida de inquietudes absurdas.

Éste es el episodio que el olor de hojas secas y quemadas en las huertas colgantes del depósito de libros rescató del olvido con una sensación aguda de dolor. ¡Qué absurdo y cansino era todo! El sentido de este acontecimiento, tan impenetrable entonces, lo entendía con exactitud ahora, cuando incluso le prestaba sensaciones y complementos que no tenía, pero que derivaban de manera lógica de su significado. Vivía una aventura irreal e incomprensible que no sé cuándo llegaré a entender, en un tiempo que aún no me imagino, del que no puedo estar segura, pero que seguramente participará, a su vez, en otra concatenación hermética de acontecimientos a la espera de ser descifrados en otro futuro irremediable. Hacía cada vez más frío, y me sentía agotada por un cansancio nacido de mis recuerdos. Mis pies se volvían más pesados y no estaban convencidos de la necesidad de seguir avanzando. No obstante, anduve bastante por un lado en que los árboles parecían más densos y quizá escondían un edificio; en definitiva, por un sitio en que el horizonte no se veía, porque lo ocultaba un obstáculo que podía constituir, quién sabe, una salvación.

Sólo era una valla. Una valla alta y compacta que quizás marcaba el punto final, no solamente de la huerta, sino también de la aventura. Por supuesto que tenía que traspasarla, continuar firme mi camino y, acaso, mi destino, y descubrir todo lo que se puede descubrir acerca de este mundo del que no sabía muy bien si existía o si me pertenecía. La valla era demasiado alta para poder saltar por encima de ella, incluso demasiado alta para poder ver algo al otro lado. Estaba formada por tablas de madera gruesa, sin lijar, apretadas entre sí, pintadas con alquitrán de un marrón negruzco, y era más alta que yo. La única solución consistía en subirme en un membrillo y deslizarme por una rama hacia el borde, de otro modo inaccesible, de la valla. Trepé con una facilidad que ya no creía posible y con un placer que ya no recordaba, pero que no había olvidado. Fue suficiente llegar a una rama más gruesa en el centro de la copa de fruta y hojas, hasta el punto de percibir sólo los finos rayos de sol que entraban a través de la rendija de una rama, para

volver a ver mi escondrijo de hojas en el tilo inclinado hacia un lado, con su tronco casi paralelo a la tierra, en el patio alargado de mi infancia. Era un patio grande y, sobre todo, alargado, rectangular, sin flores ni adornos, y sin cuidados especiales. Era bastante impersonal, con habitantes variopintos. Algunos de ellos vivían en un edificio al que se accedía por unas escaleras, y que se extendía varias decenas de metros a lo largo de la calle; otros lo hacían en la casita baja del fondo, más bien cuadrada y casi escondida durante el verano por unos grandes parterres de margaritas. En una de las esquinas del patio, cerca de una casucha de madera vieja cubierta por láminas de cartón alquitranado, que resguardaban una especie de garaje de bicicletas estropeadas, pertenecientes al taller identificado por un letrero en la puerta, vivía una perra con sus sucesivas camadas de cachorros, que, después de alegrarnos durante meses con el espectáculo extraordinario de su infancia enternecedora y explosiva, se repartían, cada uno según la suerte que le tocaba, como guardianes de las viñas alejadas de la colina o para espantar ratones en las casas de los alrededores. Durante años, mi ambición consistió en enseñar a los perros asustados a subirse a mi reino entre las ramas, visitado solamente por los gatos antipáticos que se atusaban los bigotes y pasaban de largo, desdeñosos, sobre la punta de sus elegantes garras. El hecho de no conseguirlo no me descorazonaba, sino que aumentaba agradablemente mi soledad, enriquecida por el sentimiento de abandono y, tal vez, también, por la conciencia de mi unicidad. Del mundo exterior me quedaban solamente los libros. Los cogía, uno a uno, del desván y los leía sin pausa y con un fervor que era incluso más apasionado cuando no los entendía completamente. Me quedaba horas enteras con las piernas enroscadas alrededor de una rama y con la espalda apoyada en otra, en un equilibrio increíble, devorando las páginas que se relacionaban milagrosamente entre sí a pesar del abismo de las hojas quemadas. Los personajes que acababan de nacer se enamoraban de repente y morían de viejos. Relatos a los que les faltaban decenios enteros construían sus argumentos para una conclusión que les había sido arrancada. Sabía que decenas y cientos de hojas faltaban de las secuencias de páginas que estaba leyendo, pero curiosamente nunca pensé en ello, no recuerdo haber lamentado ningún vacío en aquellas historias. Acepté la fatalidad impenetrable sin quejarme, sin hacerme preguntas, y lo que leía, ahora me daba cuenta de ello, eran unos libros que me pertenecían más a mí que a sus autores. No sabré nunca si habrían sido más bellos de otro modo. Si más tarde los he leído enteros, no los he reconocido. A casi todos les faltaba la primera hoja con el título.

De cuando en cuando, al leer un libro me parecía reconocer alguna frase, algún personaje, pero tal vez era solamente una impresión, y me abstenía de indagar demasiado.

Tal como los había leído, tal como lograron llegar hasta mí, así tenían que permanecer en mi memoria mis primeros libros, los primeros que leí y escribí al mismo tiempo.

Como ya me imaginaba, al otro lado de la valla encontré el paisaje de la acuarela. No me doy cuenta de por qué he escrito «como ya me imaginaba». Sé solamente que avancé con precaución por la rama más fuerte del membrillo hasta conseguir sujetarme en el extremo de la valla al que quería llegar, y en aquella incómoda y ridícula posición, con las manos agarradas al borde superior de las tablas de madera, con las puntas de los pies apenas apoyadas en la rama de abajo, miré más allá. Y vi el paisaje. Creo que he dicho «como ya me imaginaba» porque, aunque lo normal hubiera sido que me asombrara, no sentía nada, como si supiera de antemano que iba a ser así. No lo sabía, pero esperaba encontrarme cualquier cosa. Miraba con avidez y casi me divertía la meticulosidad de la reproducción: la casa con las vigas color café, el camino amarillo, los chopos. Y pensé que, tal vez, la finalidad de toda esta historia era traerme aquí. Era evidente que se trataba de una invitación. Sólo me quedaba hacer un último esfuerzo, sujetarme con la fuerza de mis brazos y saltar al otro lado.

Caí en un montón de hojas que produjeron un crujido seco pero hospitalario. Tengo que decir que me sentí de repente en casa, las hojas que se me habían pegado en el pelo y en la ropa aumentaban la sensación de familiaridad. Sin embargo, hacía más frío que del otro lado de la valla. La estación estaba más avanzada. O, tal vez, era sólo que el día se estaba acabando. Me dirigí con naturalidad hacia la casa: sabía que me pertenecía o que, en todo caso, no estaba habitada por otros. La puerta estaba cerrada, pero la llave se encontraba, cómo no, en el alféizar. Como ya me imaginaba (de nuevo esta premeditación falsa e involuntaria), era una llave antigua, con complicados adornos de hierro fundido y mucho más grande de lo necesario. La giré sin esfuerzo en la cerradura como si no lo hiciera por primera vez.

El interior era sencillo —una mesa de madera con una banquetta, una cama con algunas pieles, un horno—. Aunque todo estaba cubierto de mucho polvo, se veía que en algún tiempo lejano una mano humana lo había colocado todo. Cerca del horno, a lo largo de la pared, en el lugar donde se guardaba la leña, los libros se alzaban tal como los había visto colocados en el desván. Estaban llenos de polvo, pero completos. Eran los libros de mi padre antes de que ardieran.

Empecé a limpiar como si estuviera en mi casa, como si fuera a vivir allí durante algún tiempo. Recogí un poco de leña seca en los alrededores de la casa y encendí el fuego. Oscurecía; encendí un quinqué, con espejo redondo detrás del tubo de cristal, que estaba colgado de la viga. Se estaba a gusto. Es curioso que no tuviera hambre, pero sí tenía sueño. Sentía en mi interior el día tan complejo que había vivido, pesado como un incesante e inexplicable fluir de años. Me eché en la cama dura, con un olor rancio a madera seca y a pieles, y pensé que probablemente me quedaría dormida enseguida. Y creo que así sucedió. Me desperté sobresaltada —probablemente poco tiempo después, ya que las brasas de la chimenea estaban aún vivas— al oír unos pasos alrededor de la casa. Pero no me asusté. Podía ser el administrador, o mi padre, o alguna otra criatura que no perteneciera a este mundo. ¿A este mundo? ¿A cuál de ellos? ¿A qué mundo pertenecía yo misma? Me era muy difícil pensar, tenía mucho sueño. Acaso por la mañana podía despenarme en el pasillo oscuro del depósito de libros, o en la sórdida habitación de la anciana, o en mi cuarto, con su eterno y misterioso olor a quemado, o —¿y por qué no?— en la tarde de verano de mi infancia, con los ojos clavados en las dos acarelas al pie de la cama. Así como podía levantarme en la misma cama en la que me había quedado dormida mecida por el olor campesino de las pieles polvorientas y de la madera seca, muriéndome de hambre y leyendo los auténticos libros de mi padre. No me extrañaba, sólo tenía sueño y me era difícil elegir cuál era la peor y la mejor de estas posibilidades.

POSTFACIO

Hacia una nueva poética de lo fantástico

y del arte de recordar:

Las cuatro estaciones de Ana Blandiana

Poeta, ensayista y novelista de excepción, icono de la resistencia ante la dictadura, Ana Blandiana (nacida en 1942, Timisoara) es en la actualidad una de las escritoras rumanas más internacionales, con cuarenta y seis volúmenes de poesía y prosa traducidos a veintitrés lenguas. Y el lugar que ocupa en la literatura rumana es comparable al de Anna Ajmátova o Vaclav Havel en la literatura rusa o checa. Figura legendaria, Blandiana constituye, al igual que ellos, un símbolo de valentía e integridad moral ante un poder arbitrario.

Publicado en 1977, después de ser rechazado por la censura por sus «tendencias antisociales», *Las cuatro estaciones* es el primer libro de prosa fantástica de Blandiana, y ve la luz el mismo año que su sexto libro de poemas, *El sueño del sueño*. Ambos títulos marcan un proceso de profundización y condensación de su expresión artística. Su obra en prosa continuará con el volumen de cuentos *Proyectos de pasado* (1982; *Periférica*, 2008) y la novela *El cajón de los aplausos* (1992).

La prosa narrativa de Blandiana, al igual que su poesía y sus ensayos, es de factura meditativa, lírica y subjetiva, y presenta elementos oníricos y surrealistas que abren interrogantes acerca del significado y la interpretación de la historia. Al igual que la lírica, la prosa fantástica «no crea personajes y situaciones, sino universos y milagros en los que el mundo real se disuelve para volver a recomponerse en las líneas de fuerza de un nuevo y revelador campo magnético». Lo fantástico «borra los contornos de la realidad a fin de revelar unos misterios

espléndidos y no-figurativos». La tensión de esta prosa surge del conflicto «entre lo visto y lo invisible, lo dicho y lo indecible, lo posible y lo imposible, entre lo que se amolda a las formas fijas de la realidad y lo que palpita solamente en las zonas libres de la imaginación».⁴

Por su brevedad, intensidad y tensión, el relato corto es el lugar privilegiado de lo fantástico. Su lenguaje, parecido al de la poesía, se basa en la polisemia, la concentración, la paradoja, la ambigüedad, las connotaciones y el juego de las sugerencias latentes.

Los relatos de Blandiana se inscriben en la nutrida tradición fantástica de la literatura rumana inaugurada por Mihai Eminescu con *Sarmanul Dionis* (1873), en el romanticismo tardío, y enriquecida a lo largo del siglo XX por la contribución de otros escritores como I. L. Caragiale, Gala Galaction, Cezar Petrescu, Urmuz, Max Blecher, Vasile Voiculescu, A. E. Bakonsky o Mircea Eliade, por mencionar sólo a algunos de los más representativos. Estos autores entablan un diálogo con la tradición mitológica y folclórica rumana y las distintas modalidades de lo fantástico de la tradición occidental. Inscribiéndose en la línea trazada por Poe, Kafka y Borges, influenciada por el realismo mágico de Márquez o Cortázar, Blandiana sigue la tradición inaugurada por Mijaíl Bulgákov en *El maestro y Margarita*: recurre a la convención de lo fantástico para denunciar, de manera encubierta, la dimensión grotesca de la existencia en un estado totalitario. Nuestra autora explora la capacidad subversiva de lo fantástico y revitaliza mediante esta estrategia literaria la tradición de la literatura rumana.

Mucho más que cualquier otro género literario, lo fantástico cuestiona la noción de realidad, y tematiza el carácter ilusorio de algunas «verdades» impuestas por la cultura dominante. Al igual que el realismo mágico, lo fantástico se escuda detrás de la metáfora para criticar las estructuras de poder, al tiempo que cuestiona la validez de una ideología que deforma la vida y la realidad. Como observa Rosemary Jackson, la literatura fantástica refleja el desajuste entre el mundo oficial y el real, y expresa lo no dicho y lo no visto de la cultura dominante.⁵ Categoría evanescente y liminar, lo fantástico habla de zonas oscuras, inciertas, de territorios que ni la razón ni la ciencia pueden explicar. A veces, estas realidades innombrables tienen que ver con los agujeros de la historia. Los relatos

de Blandiana, al igual que su poesía, apuntan hacia dimensiones de lo indecible donde todo se sugiere. Su lenguaje metafórico se debate entre lo dicho y lo no dicho, y cuenta con la complicidad del lector para la reconstrucción del significado.

Lo fantástico erosiona las certezas del positivismo materialista y se rebela contra una concepción del mundo que elimina la subjetividad, lo sobrenatural, lo portentoso y lo intuitivo de sus postulados. Descansa en el choque entre lo natural y lo sobrenatural, lo inexplicable o lo inadmisibile. Nacido en parte de «la mala conciencia del positivismo del siglo XIX» (Todorov), lo fantástico se caracteriza por una «intrusión brutal del misterio en el marco de la vida real» (Castex). Supone una «ruptura» o «irrupción de lo inadmisibile en el seno inalterable de la realidad cotidiana» (Caillois), «un asalto» del mundo de lo conocido por lo «inexplicable» (Vax) o una «vacilación entre una explicación natural y una sobrenatural de los hechos narrados» (Todorov).⁶

En sus cuentos, Blandiana avanza una definición reconciliadora de lo fantástico que excluye la noción de ruptura: «lo fantástico no se opone a lo real; es sólo su representación más llena de significados. Al fin y al cabo, imaginar significa recordar» («La primavera», *Spaima*). La autora alude a interferencias, zonas superpuestas, acontecimientos que revelan «sus sombras fantásticas» y franjas en las que «la realidad fluye en los moldes de lo fantástico» mientras que éste se filtra en los pliegues de lo cotidiano para revelar los significados profundos de lo real. En su obra, la realidad es la base de lo fantástico, que nace de una realidad que se vuelve absurda.

Pero estos relatos pertenecen tanto a la literatura fantástica como a la literatura de testimonio. La narrativa de Blandiana combina el tono confesional de un diario de evocación realista con las incursiones de una imaginación visionaria. La dimensión onírica e introspectiva de *Las cuatro estaciones* no está exenta de inflexiones históricas y sociales, que adquirirán una relevancia mucho mayor en su segundo libro de prosa fantástica, *Proyectos de pasado*. Estas primeras narraciones invitan más bien a consideraciones alegóricas acerca de las fuerzas que anegan el ser humano y mutilan su existencia. Si la parábola de «La capilla con mariposas» denuncia los efectos de una fascinación utópica que falsifica los valores espirituales y degrada al individuo a la condición de un insecto volador, y «Queridos

espantapájaros» es una inocente súplica que incita a la insurrección de la conciencia, dirigida a todos aquellos que están al servicio de las fuerzas de represión, «La ciudad derretida» refleja la visión apocalíptica de un mundo quemado por un tórrido sol rojo, emblema de un nuevo orden y de una nueva ideología cuya ausencia de coordenadas morales conduce al ocaso de una civilización y al fin del mundo. De todos ellos, «Recuerdos de infancia» es el relato que más dibuja la crónica sutil de una época. La quema de libros emprendida por el padre de la narradora evoca la represión de los años cincuenta del gobierno comunista de Gheorghe Gheorghiu-Dej (1948-1965), cuando la posesión de determinados libros o, simplemente, su lectura podían constituir, en opinión del régimen, acciones subversivas en contra del orden social que eran castigadas con penas de cárcel.

Los relatos de *Las cuatro estaciones* (1977), al igual que *Proyectos de pasado* (1982), forman un todo y pertenecen al género de los así llamados «ciclos» (Forrest Ingram), «secuencias» (Luscher) o «relatos compuestos» (Lundén)⁷. La especificidad genérica de los relatos compuestos consiste en las estrategias textuales, las interrelaciones, las estructuras, los temas y símbolos recurrentes que unen los cuentos individuales.

Como el lector ya habrá apreciado, el motivo unificador de *Las cuatro estaciones* está en el título que asocia los relatos a la sucesión de las estaciones, siendo cada cuento al mismo tiempo una parábola de una estación. En su conjunto, las cuatro narraciones recomponen un espacio afectivo e imaginario de cuatro grandes sueños o visiones oníricas que intentan una re-configuración imaginaria de la realidad, lo que está en consonancia con los poemas de Blandiana, que también versan sobre los ciclos vitales y la vida que se regenera periódicamente.

El ciclo de las estaciones no se origina con la primavera ni acaba con el invierno, como sería de esperar. Blandiana rompe esta progresión consabida. El primer cuento comienza en el invierno con el espacio de la muerte. La serie finaliza en otoño, símbolo de la caída. Los relatos adquieren la estructura de una iniciación que revela la estructura profunda de la realidad.

Escritos siempre en primera persona, la heroína principal asume

invariablemente el papel de testigo de un acontecimiento extraño, casi irreal, que nace de una realidad absurda, como un *flâneur* que vagara sin rumbo por la ciudad, los parques o la playa en busca de algo desconocido. Dicho personaje alberga el presentimiento de que algo insólito, inusual y extraño está a punto de ocurrir. Penetra el espacio misterioso de lo fantástico, de un sueño o de una pesadilla, que lo llevará a un despertar ante los significados profundos de la realidad y de la historia inmediata... La tensión de los relatos descansa en la posible sensación de culpabilidad de la protagonista ante una interpretación simplificada de lo real que no explica su complejidad.

El sentido simbólico de estos relatos es de naturaleza moral. Su tema común es la agresión de la conciencia y de los valores éticos por una fuerza impura, promiscua y ambigua que mancilla y confina la autenticidad de la vida. La inquietud nace del temor ante una invasión insidiosa de algo que, bajo el aspecto de unas apariencias seductoras y bellas, ataca la integridad y autenticidad del ser. En los cuatro textos la protagonista se perfila como una voz solitaria que intenta desesperadamente exorcizar el miedo y despertar las conciencias aletargadas de los demás ante los peligros de la tragedia colectiva. Tal vez, esa dimisión moral generalizada y la falta de solidaridad es lo que más intensifica la atmósfera de irrealidad de estos cuentos.

Al final de «La capilla con mariposas» el gato de la protagonista la recibe con una mariposa viscosa atrapada en sus garras, la prueba palpable del avance continuo de este poder maléfico. Si el perfume es un símbolo asociado a la pureza o a una presencia espiritual, el hedor, en cambio, remite a la putrefacción y a una tierra baldía asolada por una plaga. En la tragedia griega la pestilencia surge a raíz de un crimen que quiebra la ley y el orden del mundo, destruye el tejido social y se propaga como una epidemia hasta que el héroe restablece la ley. En la Biblia, el hedor se relaciona con una pestilencia que, al igual que en la literatura del Santo Grial, en los círculos del *Infierno* de Dante o las ciénagas de John Bunyan (*El progreso del peregrino*, 1678), simboliza una degradación moral ligada a la mentira y la falsedad.

«Queridos espantapájaros» se perfila como la aventura iniciática de una protagonista que quiere captar el momento preciso de la «milagrosa

transformación de la primavera» en una ciudad moderna en la que el hormigón ha usurpado el espacio de la naturaleza. La protagonista correrá, finalmente, hacia el campo como hacia una «salvación». Al igual que en el famoso poema de Walt Whitman *Hojas de hierba*, el olor intenso no domesticado de ésta «es la misma esencia de la libertad». La llamada de la naturaleza hacia los campos ilimitados se traduce en un llamamiento hacia la libertad. Pero ese estallido exuberante de energías vitales se ve coartado por un «ejército de espantapájaros» que domina la llanura «con los brazos abiertos en este gesto tan ambiguo de abrazar o maldecir». Con su naturaleza esperpéntica, los espantapájaros son una alegoría de todas las fuerzas de represión que someten al individuo: representaciones esperpénticas de todos aquellos que al aceptar sojuzgar al otro han renunciado a su propia humanidad.

«La ciudad derretida» es la dramatización de una visión apocalíptica. Bajo el calor de un tórrido sol de verano, el mundo se disuelve en una masa viscosa de brillantes colores. La narradora es la única superviviente elegida para dejar testimonio del fin del mundo. El sol «asesino» lanza «sobre el mundo olas transparentes de lava», se apodera de la vida e infesta el ambiente con una «pestilencia» que procede de lo alto. Su victoria supone la instauración de «un hedor culpable y rencoroso». En la iconografía comunista, el sol o la rueda roja son emblemas de la nueva ideología que anuncia en la propaganda oficial el «futuro radiante» de una nueva era. Basta con recordar los libros *El sol de los muertos* de Iván Chméliov, *La rueda roja* de Alexandr Soljenitsyn, o la película de Nikita Mijálkov *Quemado por el sol*.

Los libros son el tema central del último cuento de este ciclo, «Recuerdos de infancia», un relato que gira en torno a la destrucción de una biblioteca. La protagonista ha recibido el encargo de recoger unos volúmenes, en un depósito de libros prohibidos de las afueras de Bucarest, para la biblioteca en que trabaja. Durante el viaje tiene el presentimiento de entrar «en otro mundo», que le hará revivir un recuerdo sublimado de su infancia. El relato evoca varios elementos autobiográficos e históricos anunciados en el título. En el período 1975-77, Blandiana, al igual que la narradora del relato, trabajó como bibliotecaria, y la escena en la que ayuda al padre a quemar los libros cita recuerdos reales de la infancia de la autora (el padre de Ana Blandiana, un sacerdote licenciado en

derecho y teología, fue arrestado en varias ocasiones por motivos irrisorios).

Destruir tus propios libros no era un acto aislado en los años 50. Por increíble que parezca hoy en día, la posesión de una biblioteca o la simple lectura de algunos libros podía constituir a los ojos de las autoridades comunistas un acto que podía desestabilizar el orden socialista, y que se saldaba con penas de cárcel. A la primera ola de terror (1948-1953), que persiguió la destrucción y eliminación de la élite política y económica (anterior a la Segunda Guerra Mundial), siguieron en 1958 los arrestos masivos de intelectuales, estudiantes, sacerdotes y profesores universitarios, acusados de sabotaje, actividades subversivas, conversaciones hostiles, misticismo o de rechazar el materialismo dialéctico. En prevención de posibles registros de la policía, la gente destruía por iniciativa propia sus libros.

En «Recuerdos de infancia», uno de los volúmenes destruidos por las llamas es un libro de historia con la imagen de Mihai Viteazu, el *voievod* emblemático de la historia de Rumania, que liberó y unificó los principados en 1601. En este cuento, el salto a la irrealidad viene provocado por la incursión de la protagonista en ese depósito de libros prohibidos y almacén del pensamiento arrestado.

Los finales de los relatos de Blandiana son abiertos y enigmáticos. Transmiten la sensación de haber recibido un mensaje importante cuyo significado se escapa, y obligan al lector a volver de nuevo sobre el texto para descifrarlo. A pesar de ser una especie de espejo del totalitarismo⁸, la obra de Blandiana tiene un mensaje esperanzador por su profunda fe en la belleza, la bondad y la verdad como caminos de redención. «Queridos espantapájaros» transmite la confianza de que la vida y el amor se sobrepone al mal incluso en el alma de los verdugos. En «La ciudad derretida» el final apocalíptico queda redimido por la compasión ante la belleza. Y en «Recuerdos de infancia» el pasado mutilado por la tragedia de la historia perdura intacto, ya que la verdad y los valores espirituales resultan indemnes.⁹

Notas a pie de página

¹ El leu era la moneda de Rumanía, (N. de los T.)

² *Baclava* es un pastel hecho de finas capas de masa de agua y harina, nueces y miel. *Sarailie* es un pastel con los mismos ingredientes pero con forma enrollada, (N. de los T.)

³ Modelo de Renault 1100 fabricado en Rumania que recibió el nombre de la histórica provincia del Imperio Romano que constituye gran parte de la Rumania actual, (N. de los T.)

⁴ Ana Blandiana, *Spaima de literatura*, Bucarest: Humanitas, 2006, p 118.

⁵ Rosemary Jackson, *Fantasy: The Literature of Subversion*, Londres: Routledge, 1981.

⁶ Tzvetan Todorov, *Introduction a la littérature fantastique*, París: Seuil, 1970; P. G. Castex, *Le compte fantastique en France*, París: José Corti, 1951; Roger Caillois, *Au coeur du fantastique*, París: Gallimard, 1965; Louis Vax, *L'art et la littérature fantastiques*, París: Presses Universitaires, 1960.

⁷ Forrest Ingram, *Representative Short Story Cycles of the Twentieth Century: Studies in a Literary Genre*. The Hague: Mouton, 1971; Robert Luscher, «The Short Story Sequence: An Open Book», *Short Story Theory at a Crossroads*, ed. Susan Lohafer, Baton Rouge: Louisiana State University Press, 1989, pp. 148-67; Rolf Lundén, *The United Stories of America: Studies in the Short Story Composite*, Amsterdam: Rodopi, 1999.

⁸ Monica Papazu, «Oglinda totalitarismului în opera Anei Blandiana», *Cultura*, Año V, n° 42 y 43 (297), jueves 28 octubre, jueves 4 de noviembre, 2010, pp. 16-17.

⁹ La multitud de lecturas que propone cada texto de Ana Blandiana es fascinante. Ese «espacio de cuatro grandes sueños», onírico, al que nos referíamos puede ser *leído* también, yendo un poco más allá, como un ambiente «alucinógeno», como si aquello que la protagonista viviera fueran alucinaciones. De ahí el *leitmotiv* constante del «viaje»: la protagonista siempre es una mujer que «está en camino».

Encajaría ahí esa curiosa mística de la materialidad fluyente o metamórfica del mundo que se desarrolla en cuatro ámbitos de flujo o metamorfismo. Los

cuatro están presentes en cada relato pero de manera jerárquicamente distinta. Son: el espacio, las presencias, el tiempo y la memoria.

El espacio místico-metamórfico es la iglesia del invierno. Las presencias místicas-metamórficas son el ángel y las cabezas de los niños de la primavera (enfrentadas a los espantapájaros; lo contrario de una presencia fluyente, mística, son momias inertes). El tiempo místico-metamórfico está presente en los libros y materias blandas y derretidas (en algo recuerda los relojes blandos de Dalí) del verano. Y la memoria en el otoño: que incluye tanto la memoria individual, de la niña, como la memoria histórico-cultural, de los libros, la biblioteca, etcétera.

Así pues, el lector «se encontraría» ante una composición de relatos y no sólo ante narraciones compuestas en un volumen; ante relatos que representan aspectos místico-históricos de la realidad, y no tan sólo ante narraciones de hechos. Trataríamos más de estados psicóticos, alucinatorios, que de «absurdo».